

CIENCIA FICCIÓN



VOLUMEN EXTRAORDINARIO **ePUB**

La aparición del presente volumen, vigesimoquinto de la serie de ciencia ficción, viene a refrendar el éxito sin precedentes de esta colección. La calidad y agudeza de los relatos que hemos venido ofreciendo son, sin duda, las claves de este hecho.

Hoy, grandes maestros como Asimov, Sturgeon, Ellison y Dick, entre otros, nos presentan las narraciones que escribieron para la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* en ocasión de su 25 aniversario, en octubre de 1974.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 25

(Volumen extraordinario)

ePub r1.0
viejo_oso 31.12.13

Título original: *Ciencia ficción. Selección 25* (Volumen extraordinario)

VV. AA., 1976

Traducción: Fernando Corripio

Portada: Juan Ventura

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *25 Aniversario*, Carlo Frabetti.

Mantequilla azul (Blue Butter), Theodore Sturgeon, 1974.

Tam, mudo y sin gloria (Mute Inglorious Tam), Frederik Pohl & C. M. Kornbluth, 1974.

El visitante (The Visitor), Poul Anderson, 1974.

A la deriva ante los islotes de Langerhans: Latitud 38° 54' N, longitud 77° 00' 13" O (Adrift Just of the Islets of Langerhans: Lattitude 38° 54' N, Longitude 77° 00' 13" W), Harlan Ellison, 1974.

Nada como el asesinato (Nothing Like Murder), Isaac Asimov, 1974.

En los férreos años (In Iron Years), Gordon R. Dickson, 1974.

Las diecisiete vírgenes (The Seventeen Virgins), Jack Vance, 1974.

Las prepersonas (The Pre-Persons), Philip K. Dick, 1974.

PRESENTACIÓN

25 Aniversario

En octubre de 1974, con motivo de su 25 aniversario, la revista *Fantasy and Science Fiction* editó un número especial, para el que solicitó la colaboración de sus firmas más destacadas y representativas.

Dicho número, prácticamente íntegro, es el que ofrecemos hoy a nuestros lectores en esta antología, doblemente conmemorativa, por tanto: del 25 aniversario de *F&SF* y de la 25 de nuestras selecciones, publicadas sin interrupción desde hace más de cinco años, y refrendadas por la acogida más favorable jamás dispensada por el público de habla hispana a una colección del género.

Y nada más adecuado, dadas las circunstancias, que reproducir unos párrafos del editorial de Edward L. Ferman —actual director de *F&SF*— correspondiente al susodicho número de octubre de 1974:

Las cosas cambian en la SF^[1]. Ningún editor puede permanecer ajeno a dichos cambios, y esperamos haber reflejado los más importantes en las páginas de F&SF. Ahora bien, en este aniversario parece adecuado subrayar algunas sólidas líneas de continuidad; y ante todo el hecho de que F&SF se ha venido publicando regularmente durante 25 años (281 números), bajo cinco directores distintos, sin apartarse del objetivo inicial, expresado en el número uno, de ofrecer «lo mejor en el campo de la literatura imaginativa».

En segundo lugar, quisiera expresar mi gratitud a los colaboradores de este número especial. Todos ellos llevan escribiendo SF desde hace al menos dieciocho años. Todos ellos desarrollan en la actualidad actividades más lucrativas que escribir para revistas de SF... lo que no les ha impedido acudir a esta cita con entusiasmo y con su habitual maestría.

Y creo que es algo más que la mera lealtad o el sentimentalismo lo que ha inducido a estos escritores (y a una docena más como ellos, si hubiera habido sitio para todos) a colaborar en este número; creo que el hecho refleja la difundida convicción de que el relato y la novela corta son los mejores vehículos para la SF...

Guiados por la misma convicción, esperamos seguir ofreciendo a nuestros lectores estas selecciones de relatos y novelas cortas, en un intento de dar una visión lo más amplia y satisfactoria posible de «lo mejor en el campo de la literatura imaginativa».

CARLO FRABETTI

MANTEQUILLA AZUL

Theodore Sturgeon

Cuando en octubre de 1949 apareció el primer número de Fantasy & Science Fiction, la firma de Theodore Sturgeon figuraba en él. Es el único de los autores incluidos en este número conmemorativo que también colaboró en el número uno, así que nada más lógico que abrir esta selección especial con su inquietante relato sobre la Extrapolación Final.

No había oído nada semejante en mucho tiempo. Me acerqué a su laboratorio y golpeé en la puerta: *bip, bip, bam, bam*.

—¡Eh, pasa!

Era la voz de Stromberg, que añadió mi nombre.

Hacía treinta y ocho años que conocía a Stromberg y, a pesar de ello, aquel reconocimiento instantáneo de mi forma de golpear a la puerta, aquel inmediato *¡Eh, pasa!*, era algo de lo que me sentía muy orgulloso. No sé cómo me habré ganado semejante distinción. Por un tercero me enteré cierta vez de que a Stromberg le gustaba mi compañía porque podía hablar conmigo acerca de cualquier cosa, de todo aquello que mantenía ocupado aquel gran cerebro suyo: física, química, pintura, música, electrónica, poesía, cocina, amor, política, filosofía, humor. Aquella tercera persona estaba equivocada. Stromberg podría hablarme *a mí* de todos esos asuntos. No *conmigo*. Nadie podía hablar con él de esas cosas. De todas esas cosas.

De modo que crucé la puerta y pasé por la oscura oficina del laboratorio hasta llegar a éste, con sus filas de frascos de Miller, sus recipientes, las increíblemente hermosas vidrieras, la hilera de computadoras con sus luces indicadoras y sus cuadrantes luminosos, rojos, anaranjados, verdes y blancos; el gran tablero de control situado encima del banco de electrónica con sus filas de herramientas, las brillantes cajas negras, y los manojos de cables, como minúsculas serpientes.

A través de una puerta interior pude ver una parte del laboratorio de química y biología, donde entre el rumor de los visores luminosos, el relucir del vidrio causaba una impresión sedante. Al otro lado de la pared posterior, donde yo no alcanzaba a ver ahora, sabía que se encontraban unas cajas con

instrumental quirúrgico, un fregadero con válvulas automáticas, una mesa de examen de acero inoxidable, microscopios, microtornos, dos centrifugadoras, un autoclave y otra pila.

Dos paredes, desde el suelo hasta el techo, estaban cubiertas de vitrinas de cristal con productos químicos. Cruzando otra puerta más alejada, sabía yo que se llegaba a una biblioteca con su propia computadora terminal para la localización de un determinado libro, y para recurrir a fuentes exteriores.

El laboratorio principal, donde yo me encontraba, se hallaba iluminado únicamente por un rayo de luz amarillenta. Este procedía de la puerta abierta de una pequeña estancia en la cual Stromberg tenía sólo su catre, su cafetera y un refulgente cono de luz fluorescente «diurna» que pendía del techo. En un pequeño taburete situado bajo la luz estaba sentado Stromberg a medio vestir —sólo cubierta la parte superior del cuerpo—, con las piernas separadas, orientada una al sur y la otra al oeste, en tanto que se untaba abundantemente la zona púbica con una pomada densa de color azul grisáceo. Me dedicó una sonrisa.

—No es nada alarmante —manifestó, mientras continuaba con su tarea.

No respondí, sino que aguardé a que concluyese lo que estaba haciendo. A continuación se limpió los dedos con una serie de trapos, ajustó de nuevo la tapa del frasco de la pomada, y tras aplicar varios trozos de gasa en la zona afectada donde se adhirieron firmemente, se puso en pie. Le seguí hasta la habitación del catre y la tetera, y Stromberg me dijo sonriendo:

—En realidad, no necesitaba haber dicho eso de que no había que alarmarse. Al menos, no debía habértelo dicho a ti. Tú posees la virtud, ¿nunca te lo dijeron?, de aceptar las cosas como vienen. No te dedicas a hacer juicios ni especulaciones de tipo moral o social acerca de lo que hace la gente. Tan sólo lo aceptas, y te limitas a esperar. Eso es algo elogiabile.

Se dirigió al pequeño cuarto de aseo que había en una esquina y se lavó las manos minuciosamente, como un cirujano. Me dijo luego:

—Haz café.

Poco después, estaba hecho. Lo vertí en grandes tazas de loza, y añadí al mío miel y leche, mientras que el de él quedó en café puro.

Pude haber criticado sus manifestaciones. Lo cierto es que yo tenía tantos

prejuicios y hacía tantas especulaciones morales como cualquier otra persona, o más aún. Lo que Stromberg no podía saber era que yo no quería ni podía aplicarle eso a él; nunca lo habría hecho. Así diré, como ejemplo, que cuando Stromberg salió del baño con sólo una camisa de polo y con su prominencia masculina sobresaliendo entre un montón de gasas pringadas de pomada gris, no me pareció ridículo. Stromberg nunca parecía ridículo, al menos para mí.

De un cajón de la pared extrajo un par de pantalones blancos de boxeador y una fina bata blanca. Se puso ambos y se calzó los pies con unas zapatillas. Luego sacó de otro cajón una gran bolsa de plástico, la abrió de un golpe y me la entregó. Despojó por completo el catre de sus ropas, enrolló el colchón de espuma plástica junto con las sábanas y la manta, y mientras yo conservaba abierta la bolsa, él introdujo todo el bulto dentro.

Retorcí la boca de la bolsa para cerrarla, salió chancleteando de la estancia y en seguida volvió con una gran etiqueta blanca donde se podía leer: CONTAMINADO.

—Ve a lavarte las manos —me dijo, arrastrando el saco hacia la habitación exterior, y luego añadió—: No es nada mortal.

Tras decirme estas palabras tranquilizadoras, me encaminé hacia el cuarto de aseo. En el baño había algunas inscripciones, no muchas:

«NADA ES TOTALMENTE ABSOLUTO.»

« $E=MC^2$ puede ser, después de todo, un fenómeno local.

»*Albert Einstein*»

«Una respuesta no tiene por qué ser necesariamente la única.

»*Charles Fort*.»

«ME REVIENTAS LOS SESOS Y YO SORBO LOS TUYOS.»

Al salir del baño le dije:

—Joey se ha roto el pulgar.

—¿Roto? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Con qué? ¿Acaso...?

Yo alcé las manos tratando de aplacarle. Stromberg era capaz de hablar a veces como una ametralladora.

—Se trata de una fractura limpia y simple. Se la produjo hace tres semanas y no ha tenido complicaciones. Metió el pulgar a través de los radios de la polea de su torno de joyero.

—¿Por qué no le coloca un protector?

—Ya lo tiene. Lo quitó para enseñar a otro chico por qué tenía un protector.

La tensión pareció fluir de los hombros y el cuello de Stromberg y comprimió las comisuras de su boca. Alzó la mano izquierda y agitó el dedo meñique. Al flexionarlo vi que estaba un poco desviado en la segunda articulación. Nunca había notado eso anteriormente.

—Yo hice exactamente lo mismo cuando tenía su edad —declaró—. ¿Cómo está..., cómo está Curie?

—Perfectamente. Comienza a darse cuenta de que ser una chica no es lo mismo que ser un muchacho.

Le gustó eso. Ya sabía yo que iba a gustarle. Me guiñó un ojo y bromeando me dijo suavemente:

—¿Un chauvinismo incipiente?

—Mío, no de ella. Nunca de ella.

Nos encaminamos al laboratorio principal, donde Stromberg recogió el ungüento y las gasas que habla dejado junto al taburete. Un hombre ordenado. Al fin lo preguntó. Tenía que hacerlo:

—¿Y Mitty?

—Bastante bien, bastante bien. Se llevó a los chicos hasta Arrowhead durante una semana. Consiguió su nuevo vestido verde.

—Bueno, pero ¿es feliz?

Tuve que aguardar un rato, antes de poder responder a aquello.

—Más que feliz —asegué con cautela.

—Es de imaginar —dijo, asintiendo una y otra vez—. No hay más sitio para ir que hacia arriba. Iré..., iré por allí pronto, para verlos.

—Buena idea.

Me echó una mirada especial, de las suyas. Le obliga a uno a parpadear,

cuando lo hace. Los rayos láser no necesitan dispositivo de mira.

—Tú los ves bastante a menudo —aseguró.

—Hum.

Lo cierto es que los veía casi a diario y también muchas noches, pero no había necesidad de decirlo.

—Eso es bueno.

Se quedó quieto un momento y luego hizo uno de sus gestos característicos, alzando las manos y dejándolas luego caer hasta golpearse los muslos. Como si quisiera cambiar de tema, se dirigió hacia la puerta del despacho y accionó los interruptores de la pared. Unas luces provistas de pantalla que había sobre los bancos más alejados parpadearon, mientras que el hiriente cono de luz del techo se apagó. Así resultaba mucho más agradable.

—Todo forma parte del todo —aseguró.

—¿Quién dijo eso? —pregunté, pues tuve la certeza de que se trataba de una cita.

—El cantante Donovan. También el I Ching, el oráculo por las entrañas de carnero, y yo.

—Está bien —dije, y aguardé.

—Para medir un círculo, se puede comenzar por cualquier parte.

Sabía a quién estaba aludiendo. Se refería a Charles Fort.

Al fin había hallado Stromberg un punto para empezar. Y era cierto. Bien pudo comenzar por cualquier lugar. Conocía a aquel hombre; había estado con él anteriormente. Tenía la virtud de empujar a algunas personas más allá de los límites de la paciencia, debido a la forma con que iba de un tema a otro, aunque lo hiciese con autoridad. La gente pretendía que se etiquetara todo claramente, como el unguento del frasco; querían saber antes de tiempo lo que había dentro, el material que contenía, y para qué servía. Pero con Stromberg había que aguardar mientras él hacía un ladrillo y lo dejaba a un lado; mientras cortaba una viga y la dejaba a un lado; mientras forjaba los clavos, preparaba el alquitrán para el techo, y colocaba los canalones y los marcos de puertas y ventanas. Cuando todo eso estaba hecho, quedaba una estructura completa. Podía uno tener confianza de que así iba a ser.

—Algunas personas están dotadas —o más bien «afectadas»— por una escala de tiempo distinta a la de la demás gente —prosiguió—. No creen en el tiempo biográfico. Aludo a *mi* era, a las cosas que ocurrieron desde que yo nací. Tampoco creen en el tiempo histórico, el mísero tictac del tiempo —agregó chasqueando los dedos— desde que comenzamos a escribir nuestras aventuras y las mentiras acerca de nuestras aventuras. Ellos creen en el tiempo geológico, en el tiempo astronómico, en el tiempo cosmológico. Estoy hablando de los idiotas que se dejan enredar por la ciencia ficción, que la leen, que la escriben. De algunos científicos, algunos filósofos.

—Algunos místicos —dije, y me pesó haberle interrumpido, conociéndole como le conocía.

No obstante, casi admitió mi punto de vista.

—Tal vez. Tal vez, aunque prefiero creer que muchos de ellos, y muchos compositores y pintores, y los teólogos, todos de un espectro más amplio, despegan en ángulo recto de lo que yo considero como el camino directo de las cosas, el avance desde la causa al efecto. No lo sé con exactitud. Tal vez eso les proporcione una perspectiva tan importante como la del pensamiento cosmológico temporal. No lo sé. No lo sé. No son intransigentes, sino que hacen sitio a cualquiera. Se trata de un amplio Universo.

Nos sentamos. Stromberg se sentó ayudándose con las manos, apoyando una posadera después de la otra.

—Tratan endemoniadamente de no pelearse —explicó—. De todos modos, la gente con una mentalidad como esa suele ser considerada poco menos que inhumana. Fría, insensible, carente de algo... No es así, no. Es tan sólo que los contratos matrimoniales, y la caballería, y el que se informe o no a la iglesia, o se lleve el hueso distintivo de la propia tribu en la nariz, todo ello no influye demasiado en la separación geológica de los continentes ni en el nacimiento y la muerte de las estrellas.

»Puedes amarla y acariciarle los pies, y tratar de conseguir entradas para el estreno, a fin de hacerla feliz; pero ¿cómo vas a reconocer que ella, y tú, y todos vuestros esfuerzos y pensamientos no son más que trivialidades? Sobre todo, cuando no puedes decírselo a ella. No, nunca, nunca.

—Ah —musité.

Me lanzó una mirada y agregó:

—Creí haber oído abrirse una puerta.

—En efecto —manifesté—. Nunca me di cuenta de eso. Más aún, *ella* nunca lo supo, ni lo sabe ahora. Cree que ha fracasado contigo de un modo u otro. Se ha tomado en serio lo de los periódicos: «Premio Nobel en las carreras.» «El doctor Stromberg ha sido visto en Hollywood bien acompañado.» «El doctor Stromberg en prisión temporal tras una riña en el puerto.» Ella cree que fue la causa de todo eso, de un modo u otro.

—Pues no ha sido así —dijo Stromberg; luego señaló con la diestra hacia la computadora de la pared y agregó—: Esa fue la causa. La gran extrapolación. Eh, antes empecé a hablarte de algo. Tu hermana pequeña.

Asentí con la cabeza. El asunto aún me producía un nudo en el estómago.

—Se precipitó contra el cristal de una puerta —dije—. Del rostro, las manos, los brazos y las piernas le salían veinte chorros de sangre.

—Horrible —admitió—. Pero cuando hubieron concluido las primeras curas y ya estuvo en camino de recuperarse, ¿qué fue lo que siguió trastornándote?

Lo recordé.

—Lo que pudo hacer ella para merecer eso —declaré.

—Cierto. Y creo que entonces te dije que «lo malo», «lo bueno» y el «merecer algo» pertenecen a otra escala, a otro país y otro lenguaje distintos de la secuencia de causa y efecto que resultan de toda esa sangre de virgen.

—Fue un consuelo —aseguré.

—Desde luego. Por desgracia, no hay forma de aplicar el mismo bálsamo a mi mujer, sin ofenderla.

Entonces dije, con prudencia:

—Es algo repentino. Cierta día, un familiar. Al siguiente, las cartas de banqueros y abogados, un amplio acuerdo, y al día siguiente comienzan los titulares de los periódicos. Resulta demasiado fácil achacarlo a una fantasía de la edad madura, a la paranoia de la juventud que se extingue. Algo tuvo que ocurrir.

Stromberg asintió y, tras golpearse con el puño la cabeza, volvió a ponerse la mano bajo la nalga derecha.

—Todo el asunto residía ahí. Estaba ahí desde hacía mucho tiempo. Pero aquel día las luces se encendieron para *mí*.

Terminó de hablar mientras señalaba de nuevo con la cabeza hacia las computadoras.

Me limité a esperar hasta que Stromberg llegó, a tomar interiormente alguna decisión y comenzó a hablar. Me dijo:

—Escucha esto:

*Ella te hiere, como lo haría una rosa,
no siempre, como cabría esperar, con sus espinas.
La rosa te hiere siempre con su flor.*

—*Escalofrío*.

—En efecto, *escalofrío*. Harry Martinson, un sueco, fue quien lo escribió. Escalofrío también para el *Pasacalle y fuga en mi menor*, de Bach; para el último movimiento de la Novena Sinfonía de Beethoven, para un planeador, para Nureyev, para Gagarin, que dijo «soy un águila». Escalofrío asimismo para la estructura de las catedrales góticas, y para Ellington, y para Dylan Thomas. *Escalofrío*, si tú quieres, para el *pons asinorum* y la uña del meñique de tu primer hijo.

»Pero ¿por qué increíble arrogancia achacamos trascendencia a cualquiera de esas cosas? Importancia para nosotros, desde luego, cuyos hechos nos resultan naturales. Pero ¿y para un piojo? ¿Qué tiene que ver la trascendencia humana con un piojo, sino que algunos de los humanos se sienten inquietos al ser picados por él?

»¿Y por qué engreída idea llegamos a creer con seguridad que un piojo no tiene sus Shakespeares ni sus Mozarts? Nadie ha pensado nunca en eso, nadie. Toleramos el piojo mientras no pensamos en él, incluso porque a veces creemos que no existe. Pero cuando tenemos certeza de su presencia, entonces lo embadurnamos con mantequilla azul, sin preocuparnos de que los piojos puedan sufrir el equivalente, para ellos, de “Una ciudad rosa y roja, antigua como la mitad del tiempo.”

Stromberg se inclinó hacia adelante y prosiguió hablando con terrible intensidad.

—Pues bien —manifestó—; te diré lo que vi cuando las luces se

encendieron, cuando la computadora me leyó la extrapolación final. Todos somos piojos sobre la Tierra, vida que vive de la vida, hasta llegar a la bacteria, que vive de la substancia de la Tierra misma. Hasta ahora la Tierra no se ha dado cuenta, ni le ha importado. Pero ahora lo sabe, y le importa. No como una entidad consciente, desde luego; no pretendo hacerte creer lo de *Cuando la Tierra gimió*. Causas encadenadas: un raro accidente de nuestra atmósfera y sus componentes especiales produjeron vida, y ahora la vida se ha puesto lo bastante de manifiesto como para trastornar el equilibrio natural.

—Ecológicamente... —comencé a decir.

—Maldición, no voy a darte más de ese moderno y popular rollo acerca de la ecología y la conservación de la Naturaleza. No hay conservación que pueda hacer nada; ya nos encontramos en la pendiente. La muerte de los océanos y la pérdida de la atmósfera respirable no suponen el fin del planeta. Este, en sí, no va a morir hasta que transcurran varios miles de millones de años más.

»La Tierra, a su modo, siempre nos ha combatido de una forma pasiva. La lucha por la existencia, por la vida, siempre ha sido lucha porque por propia naturaleza el planeta no nos quiere. Lo mismo nos pasa a nosotros con el piojo. Todo lo más, podemos soportarlo mientras no nos pique. Pues bien, hemos picado a la Tierra, y como no hemos respondido ante un par de rascados, ante una plaga o un terremoto, entonces ha llegado el momento de la mantequilla azul.

»Ahora volvemos hacia atrás, recorriendo todo el camino hasta el metano y el amoníaco, al ácido sulfúrico, al vapor de agua, y al hidrógeno de la atmósfera. Regresamos a las lluvias de cincuenta años y a una Tierra sin la protección de una capa de ozono. No será exactamente la atmósfera primitiva, pero será algo muy semejante, al menos en lo que concierne a la vida terrestre. No será una minucia, como la Era Glacial. Será, claramente, un retroceso hasta antes del principio.

»*Lo será*. No estoy fantaseando. No estoy especulando. Será así. De modo que, sabiendo eso, me contemplé a mí mismo: Cincuenta y un años, austero, digno de confianza. No bebo, no peleo, no juego, no voy a buscar mujeres a los bares, nunca patiné, ni esquíé y nunca comí callos ni cous-cous.

Por eso ahora voy a vivir de verdad hasta que me muera; voy a sentir, voy a ser. Tengo dinero y salud hasta ahora. ¡Y por Dios, que voy a hacer uso de ambos!

Durante algún tiempo no me fue posible hablar. Cuando pude hacerlo, hice una seña hacia las computadoras Y le pregunté:

—Entonces, ¿realmente no hay esperanzas?

Se echó a reír en voz alta.

—¿Esperanzas? ¡Claro que las hay! ¡Por propia naturaleza, la Tierra está condenada a tener parásitos!

Se liberó una mano y se dio unos golpecitos en el escroto, mientras decía:

—Durante aquel diluvio de unguento mercurial —un remedio anticuado, pero eficaz—, entre los gritos de muerte de la civilización parásita, escuché la voz de una ladilla, anciano filósofo, que decía: «Tened esperanza, amigos míos, tened esperanza. Sólo están preparando el camino para una nueva generación de ladillas.» No hay duda de que estaba en lo cierto, y sólo deseo, en bien del futuro de esos parásitos, que el nuevo y limpio ambiente origine una ladilla que no produzca picores.

Me puse en pie, me marché, y fui a buscar a la señora Stromberg para contarle lo que pasaba, si podía.

TAM, MUDO Y SIN GLORIA

Frederick Pohl & C. M. Kornbluth

A propósito de este relato, nos cuenta el propio Pohl: «Durante años he deseado escribir una narración acerca de un escritor de SF que no podía serlo por haber nacido en una época en que dicho género era imposible. El otro día comprendí que ese relato podía muy bien encajar en el marco de un fragmento incompleto de Cyril...»

Se refiere, claro está, al malogrado Cyril Kornbluth, que formó con Fred Pohl el más importante tándem de la SF de todos los tiempos.

Un sábado de verano por la tarde, poco antes del toque del Ángelus, Tam de Wealdway se enderezó sobre los surcos de su arada tierra del Campo Viejo y estiró las crujientes articulaciones.

Era un hombre pequeño y de tez morena, de sangre sajona casi pura. Propiamente hablando, su nombre era sólo el de Tam. No había necesidad de una mayor identificación, pues jamás se alejaría una sola milla de la vecindad que le vio nacer. Pero en ocasiones se daba a sí mismo un apellido —uno arrogante, más complicado que su sencilla existencia—, y que habría sido causa de que sus amos normandos le azotaran, de haberlo sabido.

Había estado desmenuzando terrones en el campo durante quince horas, interrumpido tan sólo por los toques de las horas canónicas que llegaban desde la rechoncha y minúscula iglesia, y un bocado de pan y queso fresco que tomó al mediodía.

No resultaba para él demasiado fácil descansar y desperezarse, y tampoco era conveniente hacerlo. Un hombre podía perder su tierra si la labraba mal, y Tam había estado cerca, muy cerca de que ello ocurriese. Pero es que había momentos en que los pensamientos le rondaban la cabeza haciéndole olvidar el monótono golpe del azadón. Entonces se quedaba como en trance, mirando hacia el castillo de Lymeford, o hacia el río, o hacia nada en particular, mientras inventaba fantásticos sucesos e imposibles circunstancias.

Esa era otra de las fantasías de Tam, y la más peligrosa, si hubiera sido conocida. Lo menos que podía procurarle era un bofetón de algún hombre de armas. Lo más, una muerte particularmente desagradable.

Como Salisbury, en Sussex, era tierra llana, sus grandes mansiones no se hallaban colgadas espectacularmente sobre los despeñaderos, a semejanza de los castillos de los barones bandidos de las orillas del Rin, o las sombrías fortalezas de los nobles escoceses. Aquellas casas estaban destinadas a desempeñar su papel, en una época en que aún no se habían concebido los palacios ni las catedrales.

En el año de 1303, el castillo de Lymeford era una deslucida construcción de piedra. Albergaba a sir y a lady Robert Bowen —que a veces pronunciaban Bohun, Beauhun, o Beauhaunt—, así como al conjunto de sus servidores y hombres de armas, todos reunidos con gran incomodidad. No les parecía así a ellos en particular, pues tenían delante las moradas de sus súbditos sajones, para comprobar lo que podía ser la miseria.

El castillo pretendía guardar el puente tendido sobre el río Lyme, un lugar clave en el camino que llevaba desde Portsmouth a Londres. Desempeñaba su misión con eficacia. Guillermo de Normandía, que había tomado por asalto Inglaterra un par de siglos antes, no deseaba que le sorprendiesen a él del mismo modo en otra ocasión. Por ello entregó el castillo de Lymeford al padre del tatarabuelo de sir Robert, con la condición de que lo defendiese y defendiera Londres, asimismo, de una invasión que pudiese llegar por dicho camino desde el mar.

Aquel primer Bowen fue propietario de algo más que unas piedras. Era necesario alimentar a la gente de la fortaleza. Sin embargo, el castellano y su esposa, así como su servidumbre y sus hombres armados, no podían dedicarse a arar los campos y a ordeñar las vacas. El fundador del linaje de sir Robert resolvió el problema de suministrar alimento al castillo rodeándolo de un centenar de derrotados soldados sajones, con sus collares de hierro en torno al cuello.

Los puso a trabajar en la dura tarea de despejar de bosques las tierras que rodeaban el castillo. Después de arrancar troncos y de arar desde el alba a la puesta del sol, los esclavos quedaban en libertad para recoger ramas y barro, con lo cual se hicieron unas míseras chozas para dormir.

Durante el primer año, a fin de celebrar la cosecha, y para asegurarse un continuo suministro de esclavos, el castellano condujo a sus gentes de armas en una incursión hasta la propia ciudad de Salisbury. Llevaron de regreso a Lymeford, a fuerza de latigazos, a un centenar de muchachas y mujeres sajonas. Después de elegir las que les convenían, dejaron el resto para los esclavos. Entonces el capellán leyó un apresurado oficio matrimonial ante los mugrientos y encadenados esclavos sajones y las llorosas mujeres de Salisbury.

Como los esclavos varones procedían de Northumbria, en tanto que las mujeres eran de Sussex, no podían entenderse, al desconocer los respectivos dialectos. Pero eso no tenía importancia. Las chozas fueron agrandadas y mediado el verano siguiente hubo otra cosecha, ésta de criaturas.

El transcurso de los dos siglos había cambiado las cosas muy poco. Un Bowen —o Beauhaunt— aún guardaba el camino de Portsmouth a Londres, y se jactaba de su sangre normanda. Los sajones seguían arando la tierra para él, y si ya no llevaban collares de hierro y no recibían el nombre de esclavos, en cambio se los veía a menudo colgar de las horcas del patio del castillo, en cuanto cometían una sola de las numerosas ofensas contra la autoridad.

En Runnymede, muchos años antes, el rey Juan había firmado la Carta Magna, sancionando una especie de ley para proteger a sus barones de actos arbitrarios; pero nadie pensó en extender aquellos derechos a los siervos. Estos podían morir por casi todo o por casi nada: por tratar de abandonar las tierras del amo, en busca de campos más verdes; por dejar de entregar en el castillo las fanegas de grano que les correspondían, y los mejores corderos, terneras, y muchachas; por atreverse a poner en tela de juicio, de un modo u otro, la divina ley que hacía de una clase de hombres los dominadores, y de otra clase los dominados. A este tipo de ofensa se inclinaba Tam, y como su padre le había dicho el día antes de morir, eso podía costarle en alguna oportunidad lo que ningún hombre puede pagar, y que sin embargo, todos pagan.

Tam jamás había oído hablar de la Carta Magna, y a pesar de ello en

ocasiones pensaba que el mundo llegaría a ser alguna vez de un modo tal que un hombre como él mismo pudiera ser dueño de las cosas que utilizaba, y fuera así por derecho propio, y no simplemente porque otro hombre con una espada no quisiera quitárselas.

Otro caso; el de Alys, su mujer. A Tam no le importaba demasiado que los hombres de armas se hubieran acostado con ella antes que él lo hubiese hecho. Pero aquella misma noche había dormido mal pensando por qué nadie juzgó oportuno consultarle acerca de la mujer con la que el sacerdote le unió aquel día.

Sin embargo, en su mayor parte Tam pensaba en asuntos más agradables y fantásticos. Cuando los halconeros se hallaban cerca, a veces echaba una furtiva mirada al halcón que se lanzaba sobre una paloma, y pensaba que el hombre podría volar sólo con tener alas y valor para moverlas. En los momentos en que iba con retraso transportando la cosecha del castellano al granero, maldecía a los lentos bueyes e imaginaba un carro que movería él solo sus ruedas.

Si la corriente del río Lyme, durante las crecidas, podía transportar un árbol más grande que una casa a una velocidad superior a la de un hombre corriendo, ¿por qué no podía utilizarse esa energía para mover un arado? ¿Por qué había que plantar cinco semillas de maíz para que sólo creciese una? ¿Por qué no se desarrollaban las cinco, para hacerles a ellos cinco veces más gordos?

Había observado también el pueblo donde residía, y se preguntaba la razón de que fuera tan pobre, pequeño y mísero. Y ese pensamiento ni siquiera se le había ocurrido al propio sir Robert.

En el año de 1303, Lymeford tenía el siguiente aspecto:

El río Lyme pasaba bajo la nueva estructura de piedra que era el cuarto puente de Lymeford, y corría hacia el sur para desembocar en el Canal de la Mancha. Por su orilla occidental se extendía el límite de los densos bosques de robles ingleses. La orilla derecha, en cambio, constituía el borde del gran claro.

El castillo de Lymeford, situado no lejos del puente, dominaba la carretera que se curvaba hacia el nordeste, en dirección a Londres. Por la

extensión del claro, la carretera no sólo era un camino real, sino también la calle del pueblo de Lymeford. A una distancia prudencial del castillo comenzaban las chozas, más grandes o más pequeñas según la prosperidad de sus ocupantes. La carretera se ensanchaba un poco hacia la parte media del claro, y allí, a la derecha, se asentaba la iglesia de la población.

El templo estaba construido en piedra, y eso era cuanto se podía decir de él. Toda su riqueza debía provenir del poblado, y allí no había mucho de donde poder sacar provecho. No obstante, había que enviar peniques de plata al obispo, quien a su vez los mandaba a Roma. El párroco de Lymeford era un italiano que nunca había visto al obispo, ni había hablado con él, y al que fue concedida la residencia en Lymeford por un cardenal que era igualmente italiano y que por consiguiente no hubiera podido describir el país ni por aproximación.

Aquello no tenía nada de extraño, y el italiano recogía los peniques de plata mientras sus feligreses, en su mayoría sajones y normandos, le suministraban de cuando en cuando algo de cerveza, pescado seco, y a veces alguna ternera. Era un hombre adusto, que pudiera haber sido temible de haber dispuesto de un campo de acción más extenso que Lymeford.

Al otro lado de la calle, frente a la iglesia, estaba El Prado, un campo triste y pisoteado donde se realizaban las prácticas obligatorias con arcos y picas, y en las que debían tomar parte todos los varones físicamente aptos de Lymeford. Esto se hacía cada cuatro semanas, con excepción de la época más cruda del invierno y cuando sir Robert consideraba que la siembra o la cosecha tenían más importancia que la defensa de su castillo.

Sus siervos lucharían de todos modos cuando él se lo ordenase, y entonces derrocharían sus vidas con la alegría del hombre que realiza el único despilfarro que le está permitido. Pero el combate era sólo ocasional, en tanto que los campos y las cosechas eran una posesión para siempre.

El castellano dirigía los cultivos con notable destreza. En Lymeford imperaba un sistema de tres campos. Estaba el Campo Viejo, al este del camino, y que era la primera tierra que cultivaron los esclavos, hacía doscientos años. Luego estaba el Campo Nuevo, junto a la carretera, y separado del antiguo por un sendero que iba a los bosques y se llamaba el

Wealdway. Este se dirigía hacia el sudeste desde El Prado hasta el bosque de robles situado en el borde del claro.

Allí se encontraba el Campo Arado, el último cuya tierra se despejó y plantó, y que en su mayor parte se extendía al sur del camino y del castillo. Desde el costado izquierdo de la carretera hasta el río, El Prado se extendía a lo largo de varias hectáreas. El Prado era mantenido en común por todos los habitantes del pueblo. Cualquiera de ellos podía dejar que sus vacas u ovejas pacieran allí. Los campos de labor, en cambio, estaban divididos en largas y estrechas fajas, cada una de ellas trabajada por un siervo que debía defenderla con los puños o las hoces contra la mínima intrusión ajena.

En 1303 los Campos Nuevo y Viejo estaban dedicados al cultivo, mientras que en el Campo Arado la tierra descansaba. Al año siguiente serían el Campo Nuevo y el Campo Arado los cultivados, y descansaría el Campo Viejo.

Mientras el Ángelus repicaba en la agrietada campana de la iglesia, Tam se irguió con la cabeza inclinada. Era de imaginar que estaba orando. En cierto modo lo estaba, con el impenetrable latín deslizándose por su cerebro reiteradamente; pero también se hallaba gratamente ocupado imaginando lo rolliza que se pondría su hija si pudieran cultivar los tres campos todos los años sin destruir el terreno. Luego pensó en el jarro de cerveza aromática que le estaría aguardando en su choza, a su regreso.

Cuando cesó el tañido del Ángelus, el saludo de su vecino hizo que se esfumasen sus sueños.

Irritado, Tam se echó al hombro el azadón y avanzó por el Wealdway, sendero trazado por dos siglos de rastros de pies desnudos de villanos.

El vecino de Tam, llamado Hud, coincidió con él. En aquel bastardo dialecto de MidlandSussex, que era lo que se hablaba en Lymeford, Hud dijo:

—Vaya, éste ha sido un largo día.

—Todos los días son largos en verano.

—Estabas soñando de nuevo. Te he visto.

Tam no respondió. Tenía precaución con Hud. Este era tan pequeño y atezado como él mismo, pero delgado y nervioso, en vez de fornido. Tam sabía que él era así de robusto porque lo era también su padre, Robin, quien

lo heredó de su madre, Joan, quien lo obtuvo a su vez de algún soldado durante la noche de bodas que pasó en el castillo.

Hud estaba siempre hablando, preguntando, indagando cosas nuevas. Pero cuando Tam, varios años más joven, se atrevió a comunicarle sus indomables pensamientos, Hud corrió en seguida a contárselo al sacerdote.

—¿No vendrán los competidores en esta época del año? —preguntó Hud.

—Puede que vengan.

—Vaya, sería una gran cosa que llegasen mañana. Y que después de la misa organizaran su competición en El Prado, y apareciesen el rey de Inglaterra, el capitán Slasher y el Campeón Turco, todos con sus ropajes de los colores del crepúsculo. ¡Y además San Jorge, con su armadura de plata!

Tam lanzó un gruñido y dijo:

—No es plata. No podría serlo. Si fuera plata los bandoleros del Weald no les dejarían llegar hasta aquí.

El nervioso hombrecillo respondió:

—Bueno, no dije que fuera plata. Quise decir que *parecía* plata.

Tam sintió que la ira le dominaba y ahogaba el regusto de sus fantasías, y de la cerveza aromática que esperaba hallar en su casa.

—Hablas como un necio —dijo, irritado.

—Como un necio, ¿verdad? ¿Y quién es el que siempre está soñando al sol?

—¡Por las tripas de Dios, cállate! —gritó Tam, y apretó los dientes; pero ya había pronunciado esas palabras.

Rara vez juraba. Tenía que haberse mordido la lengua antes de haber hablado así. Ahora debería hacer confesión de blasfemia, y el padre Bloughram, que tenía aspecto delgado y macilento últimamente, le pediría como penitencia cierta cantidad de cereal, en lugar de mandarle algunas oraciones.

Hud se echó hacia atrás, mirándole asombrado, y Tam masculló algo, asegurando que no había querido decir eso. Luego, se desvió del camino para dirigirse a su cabaña.

Esta se hallaba atestada y llena del humo de su hogar abierto. Había un orificio en el techo por donde salía algo de humo. Tam apoyó la azada contra

la pared de adobe y se dejó caer sobre el montón de harapos que había en la esquina, y que era el lecho de los tres miembros de la familia. Entonces dijo gruñendo a su mujer:

—Cerveza.

Su mente estaba ocupada con Hud, y la cólera no le abandonaba. Poco a poco se aplacó su ira y los pensamientos positivos afloraron de nuevo. ¿Por qué no tendría una cama más blanda y una cabaña más grande? ¿Por qué no una chimenea que no diese humo, como la que su abuelo, cuando volvió de Tierra Santa con una cicatriz que llevó hasta la tumba, le dijo que usaban los sarracenos?

Y con el pensamiento de una clase de vida diferente, llegó el pensamiento de la cerveza. Alcanzaba a imaginar ya el sabor de la bebida, que limpiaba el polvo de su garganta; el amargor de la cebada tostada, la dulzura del hinojo que le daba su aroma.

—Cerveza —pidió de nuevo, y entonces se dio cuenta de que su mujer estaba andando de puntillas por la choza.

—Tam —le dijo ella con aire aprensivo—, Joanie Brewer ha enfermado de diarreas.

Las cejas del hombre se juntaron como nubes de tormenta.

—¿No hay cerveza? —preguntó.

—Está con diarreas, y toda la cebada del Campo Viejo de nada vale, porque ella no puede hacer cerveza. Traté de conseguir un poco de la mujer de Hud, pero no tiene bastante para él. Me lo enseñó...

Tam se puso en pie y de un revés envió a su mujer trastabillando hasta la esquina opuesta de la choza.

—¿Acaso no había cerveza ayer? —gritó—. ¡Dios te perdone por ser la mujerzuela inservible que eres! ¡Que el Hombre de los Cuernos y toda su pandilla se lleven a la mísera desgraciada que no es capaz de hacer cerveza para un marido que se deja las tripas en el campo desde que sale el sol hasta que se pone!

La mujer se puso en pie trabajosamente, y él la envió a otro rincón de un nuevo golpe.

Un instante después, Tam sintió un crujido en la espalda y cayó de bruces

sobre el suelo de tierra. Otro porrazo le dio en las piernas mientras rodaba, y al mirar hacia arriba vio el rostro iracundo de su hija Kate, que alzaba una vez más en alto el azadón.

La muchacha no golpeó por tercera vez, pero permaneció en actitud amenazadora.

—¿Quieres dejarla en paz? —exclamó Kate.

—¡Sí, engendro del infierno! —gritó Tam desde el suelo, y añadió—: Te gustaría que dijera que no, ¿verdad? De ese modo podrías romperle los sesos al viejo necio que te dio un nombre y un hogar.

Llorando, Alys protestó:

—No digas eso, marido mío. Ella es tu hija; soy una buena mujer y no tengo nada negro en mi corazón.

Tam se puso en pie y se sacudió la tierra de sus calzones de cuero y de la camisa.

—No hablemos más de ello —manifestó—. Pero es muy duro que un hombre no pueda tomar su cerveza.

—Pedazo de jabalí —añadió Kate, sin suavizar el tono—, si no hubiese venido del Prado con la vaca, podrías haber matado a madre.

—Eso no, hija —repuso Tam, inquieto, pues conocía el temperamento de ella—. Hablemos de otras cosas.

Desdeñosamente, Kate depositó el azadón que había empuñado hasta aquel momento, mientras que Alys se ponía en pie, sollozando, e iba a remover las gachas de guisantes en el hogar. De pronto el humo y el calor que reinaba en la choza se hicieron insoportables para Tam, que murmurando algo salió fuera a respirar el aire fresco de la noche.

Era ya noche del todo, y por extraño que pareciese las estrellas no lucían muy claras. El abuelo de Tam que estuvo en las Cruzadas le había contado acerca de las noches de cielo brillante en las montañas situadas más allá de Acre, con tales estrellas que un hombre podía ver claramente el rostro de un individuo, y diferenciar a un amigo de un enemigo a una distancia de un tiro de arco.

En Inglaterra no había nada como eso, pero, no obstante, Tam pudo divisar la Osa Mayor, que se desvanecía hacia el poniente, y Casiopea, que la perseguía desde el este. Su abuelo había intentado enseñarle los nombres árabes de algunas de las estrellas más brillantes, pero el hombre murió cuando Tam tenía diez años, y muchos de los recuerdos se habían ya disipado.

¿Cuáles eran, por ejemplo, aquellas dos tan brillantes y tan juntas? ¿Algo así como los mellizos? Mellizos eran, desde luego, pensó Tam contemplando Géminis. Le hubiese gustado haber prestado mayor atención al viejo, que fue esclavo de los sarracenos durante nueve años, hasta que una afortunada incursión capturó la caravana donde él iba, y le puso en libertad.

Un rumor lejano de ladridos llegó a sus oídos. Tam supo en seguida lo que eso significaba. Una zorra y su cría en los campos. Las aves acudían a los sembrados por la noche a robar semillas, y las raposas iban allí a capturar aves. Aquella noche sin duda habían hallado algo demasiado grande para tratar de cogerlo. Un lobo, quizá, pensó Tam, aunque no era muy corriente que éstos se acercasen a las chozas de los hombres con buen tiempo. Había muchos lobos en el bosque de sir Robert, que se nutrían de gordos venados. Y sin embargo, a un hombre le costaba la vida si cazaba a uno de esos últimos.

Tam permaneció allí, reflexionando sobre las curiosas circunstancias que hacían que el venado fuera sólo a parar a la mesa de sir Robert, y las gachas de guisantes sólo a la suya. También pensó en las luminarias del cielo, hasta que se dio cuenta de que Alys debía de haberse recuperado de su pena, y estaría ahora comiendo sin él.

Después de la cena, Alys se escabulló hasta la cabaña de la mujer de Hud para hablar con ella de la brutalidad de los maridos, mientras que Kate se sentó sobre un leño para cogerse los rizos del pelo.

Tam se echó sobre los harapos y la observó detenidamente. A los quince años, o los que tuviese, era una muchacha indómita. ¿Cómo podía ser que aquella criatura que balbuceaba y jugaba con el pito que le había hecho su

padre, se hubiese vuelto una desconocida?

Evidentemente, no era un partido fácil. La faja de terreno de Tam limitaba con la de Edwy en el Campo Arado, y Edwy tenía un hijo en edad de casarse. ¿Qué podía ser más razonable, sino que Kate y él se casaran? Pero la chica hablaba mal del aspecto del otro. Cierto que el muchacho no era una hermosura; pero ¿qué importaba eso? Cuando, como padre que era, rechazó aquella disculpa, ella amenazó con escapar, sencillamente, lo cual podía traerles la ruina y tal vez la horca a los padres. Y no se dejaba pegar, sino que desde hacía tiempo respondía con patadas —y con doloroso tino—, y mordía y arañaba como un demonio del Infierno.

Se sintió dolorido ante aquel pensamiento. Cierto es que Alys era una mujer honesta; pero había muchos otros modos de que le endilgasen a uno el hijo de otro. Un momento de descuido cuando no se miraba la cuna, por ejemplo. Era terrible pensar eso, pero a veces no había más remedio que hacerlo. Todo el mundo sabía que a la Gente Vieja le gustaba sobre todo robar la criatura de alguien y colocar en la cuna, en su lugar, uno de sus propios críos. Alys y él dejaron tazones de leche fuera de la choza cuando la niña era pequeña, y en los días festivos ponían cerveza, en vez de leche. También hicieron que Kate llevase algún colgante de hierro, porque la Gente Vieja odiaba ese metal. Pero a pesar de todo...

Tam encendió un candil con sebo de cordero, en lo que quedaba del fuego. Alys siempre tenía algo que decir acerca de lo despilfarrador que era él, pero ahora sentía ganas de hablar y deseaba ver el rostro de Kate.

—Niña —dijo—, el próximo domingo vendrán los competidores al Prado, y después de la misa iremos a verles actuar. ¡Vaya, si hasta San Jorge parece que lleva entonces una armadura toda de plata!

La muchacha siguió arreglándose el pelo sin decir nada ni mirarle.

Él se agitó incómodo en su lecho y añadió:

—Voy a contarte un cuento, niña.

—Cuéntaselo al borracho de tu amigo —contestó ella, desdeñosamente—. Ya os he escuchado a los dos, a Hud y a ti, contaros mentiras mientras estabais llenos de cerveza.

—No será esa clase de historia, Kate. Sino una que nunca he contado a

nadie.

Ella no contestó, pero al menos volvió el rostro hacia Tam, el cual, animado, comenzó diciendo:

—Esta es la historia de un hombre que era dueño de una carreta grande y pesada, que se movía sin bueyes, y...

—¿Con qué la movía, entonces, con cabras?

—Con nada, niña. La carreta se movía sola. Era...

Se interrumpió como buscando una inspiración, y no tardó en hallarla.

—Era un regalo de la Gente Vieja —prosiguió—. El hombre colocó en el carromato comida, pescado seco y barriles de agua, y viajó en él hasta una de esas estrellas brillantes que ves justamente encima de la iglesia. Viajó muchas jornadas, niña. Cuando llegó allí...

—¿Qué carretera conduce hasta una estrella, hombre?

—No era una carretera, Kate. Aquel carromato iba por el aire, como una nube. Entonces...

—Las nubes no pueden llevar barriles de agua —aseguró la muchacha—. Estás hablando como el chiflado del hijo de Edwy, que dice haber visto al demonio en un nabo.

—¿Quieres escucharme, Kate? —dijo él, perdiendo la paciencia—. Esto es sólo una historia. El caso es que cuando el hombre llegó a...

—¡Historia! ¡Lo que es eso es una estúpida mentira!

—Ni es mentira ni es verdad —replicó él—. Es un relato que te estoy contando.

—Las historias tienen que tener un poco de sentido —afirmó Kate, resueltamente—. Olvídate de tus sueños, padre. Todo Lymeford habla de ello. Incluso en el castillo hacen comentarios acerca de Tam, el loco soñador.

—¿Loco yo? —gritó el hombre, tendiendo el brazo hacia el azadón.

Pero la muchacha fue más rápida que él, y ya tenía la herramienta en las manos. Tam intentó quitársela, y ambos lucharon fieramente, hasta que el hombre oyó a su mujer lamentándose a la entrada de la choza, adonde había llegado corriendo al escuchar el ruido. Y al mirar Tam hacia atrás, Kate dispuso de espacio suficiente para emplear el azadón, y esta vez le dio con fuerza en la cabeza, y él no vio más que tinieblas.

Por la mañana Tam se encontraba bastante mejor, y Kate, actuando sabiamente, no se hallaba a la vista. Conforme fue transcurriendo el día, su ira fue desvaneciéndose.

Alys se aseguró de que hubiese cerveza aquella noche y las siguientes. Los sueños que la bebida procuraron al hombre no fueron iguales que los que tan penosamente había tratado de explicar con palabras. Durante el resto de su vida, a veces volvió a tener algunos de esos sueños, maravillosos sueños que de haber tenido él la habilidad necesaria para contarlos, y sobre todo el auditorio, habrían sido recordados por un centenar de generaciones. Pero no tenía nada de eso. Sólo tenía cerveza.

EL VISITANTE

Poul Anderson

Los que asocien el nombre de Poul Anderson con aparatosas hazañas espaciales o abstrusas especulaciones en la línea de la hard science fiction más «dura», quedarán sorprendidos (gratamente, espero) por este cautivador y patético relato sobre el viejo tema —tan caro a Lovecraft— de la aventura onírica.

Mientras avanzábamos en el coche entre prados y árboles, Ferrier me hizo una advertencia.

—No te asustes de su aspecto —me dijo.

—Nada me has dicho de él —repuse.

—He tenido mis razones. Este puede ser un experimento que no logremos controlar debidamente, pero al menos vamos a hacer todo lo posible para dominar las variables más peligrosas.

Tamborileó un momento con los dedos sobre el volante, y añadió:

—Te diré algo: es un hombre importante en su actividad, corretaje de bolsa e inversión de valores.

—Ah, entonces debe de ser socio de... Vaya, he tenido negocios con ellos, en ciertas ocasiones; pero nunca llegué a visitarlos.

—Él no ve a su clientela, y tampoco a muchas personas. Su labor se aplica más bien a la gestión. Correo, teléfono, teletipo. Y lee mucho.

—¿Por qué no nos entrevistamos en su oficina?

—No puedo explicar ese punto.

Ferrier estacionó el coche, y salimos del mismo.

El hospital se hallaba bastante lejos de la ciudad. Era un bloque metálico y con cristales, alto, de pulcra apariencia, que daba la impresión de encajar de algún modo en la campiña de Ohio. Esta parecía desfilarse a ambos lados de la carretera siempre verde, verde, verde, interrumpida tan sólo aquí y allá por una casa de blanca fachada, un granero rojo, un campo de azules flores de lino, moteado de cabezas de ganado, montones de madera, vallados, y postes telefónicos. Un viento cálido susurraba entre los abedules y hacía estremecer sus hojas. Traía un aroma a macizos de rosas, donde las abejas zumbaban.

Mientras me guiaba por las escaleras exteriores, hasta la entrada principal, Ferrier me dijo:

—Vaya, aquí le tenemos.

Un hombre ataviado con un traje marrón, gastado y pasado de moda, estaba esperándonos en lo alto de la escalinata.

No fui capaz de ocultar mi asombro, y era evidente que él estaba acostumbrado a esa reacción, pues me estrechó la mano con naturalidad. Me fue imposible leer la expresión de su rostro. Los cirujanos debían de haber empleado mucho tiempo y destreza en aquel semblante, pero a pesar de todo sólo pudieron disimular las cicatrices y rellenar los huecos, sin restaurar aquella completa ruina. El tejido de cicatrización nunca puede llegar a tener un aspecto realmente humano. El pelo sí lo tenía, unos ligeros mechones grises que se agitaban bajo la brisa. Y lo mismo ocurría con sus ojos, que eran azules tras los cristales de las gafas. Me dio la impresión de que aquellos ojos estaban como atrapados, pero quizá sólo fuera mi imaginación.

Cuando Ferrier me hubo presentado, el hombre de las cicatrices en la cara dijo:

—He dispuesto una habitación donde podamos hablar.

Advirtió en mí cierta sorpresa, y su tono se hizo más conciliador.

—Soy bastante conocido por aquí —declaró, y su mirada fue hasta Ferrier; entonces añadió—: No me ha revelado todo el asunto, Carl; pero... teniendo en cuenta el lugar...

La tensión de mi amigo aumentaba por momentos.

—Por favor, déjeme llevar este asunto a mi modo —declaró.

Una vez que hubimos entrado, el recepcionista sonrió a nuestro guía. El interior del edificio era fresco, aséptico, y estaba en penumbra. Al otro lado del vestíbulo vi a una persona que llevaba unas flores. Tomamos un ascensor que nos condujo hasta el piso más alto.

Allí estaban las oficinas, una de las cuales ocupamos. Ferrier tomó asiento tras un escritorio, y el hombre de las cicatrices y yo lo hicimos delante de él. Aunque nos rodeaban los ficheros metálicos, una ventana situada a espaldas de Ferrier permanecía abierta para que la brisa veraniega entrase en la estancia.

Desde aquella altura yo alcanzaba a divisar la vieja carretera, en la actualidad tan sólo un pintoresco camino secundario. De cuando en cuando algún coche lanzaba hacia mí sus destellos.

Ferrier se aplicó a la tarea de llenar su pipa. Yo miré hacia otro lado. El hombre de las cicatrices aguardó. Sin duda estaba acostumbrado a hacerlo.

—Bien —comenzó Ferrier—. Les pido disculpas, señores, por tanto misterio. Espero que cuando conozcan los hechos convendrán conmigo en que era necesario. Verán, no deseo infundirles prejuicios o... fantasías. Estamos tratando un asunto extraordinariamente delicado.

Lanzó una risita contenida, y añadió:

—O tal vez no sea nada. Nada puedo prometer, ni siquiera a mí mismo. Los fenómenos parapsicológicos, en el mejor de los casos son... huidizos.

—Sé que usted ha hecho de ellos una especie de entretenimiento — declaró el hombre de las cicatrices—. Tampoco yo sé mucho más al respecto.

Ferrier frunció el ceño. Dio unas chupadas a su pipa, y manifestó:

—Yo no lo llamaría un entretenimiento. ¿Acaso la investigación sería sólo puede ser realizada por una organización? Estoy convencido de que en ello hay involucrada, bueno... una realidad. Pero los datos concretos son condenadamente difíciles de obtener.

Movió la cabeza hacia mí y añadió:

—Si mi amigo aquí presente no hubiera participado en uno de mis proyectos, quizá no se realizaría el experimento. Habría parecido tan sólo un sueño más.

Algo extraño recorrió mi espina dorsal.

—Probablemente eso fue todo —dije en voz baja.

Aquella negación de rostro se volvió hacia mí, con ojos inquisitivos. De pronto sus manos aferraron con fuerza los brazos de la silla, como se hace cuando el médico advierte que se va a experimentar un dolor. No sé por qué, pero mi voz sonó extraña.

—No me jacto de una sensibilidad especial —dije—, ni de leer las mentes, ni de adivinar las cartas; nada de eso tiene que ver conmigo. Sin embargo, a menudo suelo tener sueños bastante detallados, y... coherentes. Carl me dijo que los describiera en un magnetófono en cuanto me despertara,

antes de que se me olvidasen. Está tratando de comprobar la teoría de Dunne, según la cual los sueños pueden predecir el futuro.

Entonces quise bromear un poco y añadí:

—No he tenido esa suerte hasta ahora, porque en tal caso sería rico. De todas formas, cuando él se enteró de un sueño que tuve hace algunas noches...

El hombre de las cicatrices se estremeció.

—Y usted pensó en mí, Carl —dijo.

Las arrugas se ahondaron en torno a la boca de Ferrier, que me dijo:

—Adelante, cuéntale tu historia.

Tras esto lanzó una explosiva bocanada de humo.

Procuré serenarme, y hablé con premura:

—Bien, el caso es que estuve solo en casa durante varios días. Mi esposa se llevó a la niña a visitar a la abuela. No lo niego, Carl me ha interesado en este asunto. No creo en ello realmente, pero admito con él que las pruebas justifican investigar más allá y sugieren ámbitos insospechados. Así pues, me encontraba en el lecho, adormeciéndome con la lectura de un libro... uno de Berdyaev, para ser más exacto, pues había estado leyendo a Lenau antes y es brutal, triste y aberrante, tanto que no es extraño que haya muerto demente... Es decir, que este último libro no es aconsejable para dormir. ¿Habrá él influido, no obstante, en lo más hondo de mi mente?

Me encontraba en un vacío que me estremecía. Faltaba allí color; no era un sitio cálido ni frío. A través de aquel ámbito me llegaba un sonido uniforme, una especie de zumbido o aullido suave, no estoy seguro. Apesadumbrado sin razón alguna, avancé, aunque no había nada bajo mis pies, ni hacia adelante ni hacia atrás; no había ningún propósito en mi desplazamiento, excepto que no podía llorar.

Entonces llegaron los monstruos. Sus ojos se fundieron y resbalaron por las oscilantes cabezas como lentas lágrimas, mientras la materia burbujeaba desde el interior para renovar aquella mirada. Chapoteaban como si flotasen, pues no tenían huesos. Se movían a mi alrededor y sus labios esbozaban

sonrisas burlonas.

Yo no temía un ataque, pero el horror me dominaba al pensar que podía ser perseguido eternamente por aquellos seres monstruosos y su miseria. Porque ahora sé que la naturaleza del Infierno reside en lo que se perpetúa. Me adelanté pesadamente y ellos me rodearon murmurando y sollozando, mientras el monótono ruido era lo único que imperaba en la nada, y el tiempo no existía, porque nada de aquello cambiaba.

El tiempo nació de nuevo con una voz y un destello de luz. Ambos eran débiles. Ella tenía apenas seis años, según me pareció; es decir, la edad de mi hija. Su cabello castaño estaba recogido en coletas atadas con lazos rojos, y por su forma contenida de andar también me recordaba a Alice. Era más delgada —enjuta, pensé—, y más pulcra que mi hija; llevaba un vestido blanco almidonado, calcetines blancos y zapatos relucientes. No tenía ningún rastro de suciedad en las rodillas ni en el rostro. Pero el enorme oso de felpa que rodeaba con sus brazos presentaba un aspecto confortadoramente ajado.

Creí divisar fantasmales caminos y árboles detrás de ella, pero no estaba seguro. La sombría sensación aún me dominaba.

Ella se detuvo. Sus ojos se agrandaron más y más. Eran del color de la niebla temprana. Los monstruos se agitaron. Entonces la oí gritar:

—¡Eh, señor!

Era una voz débil, pero de entonación dulce. Yo avancé a través del zumbido vacío.

—¡Oh, señor!

Los deformes seres abrían la boca hacia ella. No querían abandonarme, pues me provocaban espanto. La niña dejó caer su osito y les señaló diciendo:

—¡Marchaos, yo lo quiero!

Golpeó con el pie en el suelo, pero sólo respondió el silencio. Sentí el desafío de los monstruos.

—Muy bien —dijo ella, amenazante—; ¡Edward, haz que se marchen!

El oso se alzó sobre sus patas traseras y avanzó pesadamente hacia donde yo estaba. Era sólo un oso de juguete, con la felpa desgastada en algunas partes a causa del manoseo. Tenía en el vientre un desgarrón que le habían cosido cuidadosamente.

Nunca imaginé que estuviera vivo, lo mismo que la niña y que yo. Ella se lo ordenó. Entonces el oso se apoderó de un gran martillo, que empuñó con su zarpa sin dedos, y se convirtió en un héroe que rescataba personas.

Los monstruos se bambolearon como pegados al suelo. No se atrevieron a resistir. Cuando el oso se acercó más, huyeron gritando despavoridos. Sus gritos terminaron por extinguirse. Nos quedamos en medio de un rumor grato, y de una bruma que relucía bajo los rayos del sol.

—¡Señor, señor, señor! —clamó la niña, mientras se acercaba corriendo, con los brazos abiertos.

Yo me incliné para recibirla. Se abalanzó hacia mí como un tumulto, con alegría explosiva. Nos abrazamos, y yo la alcé del suelo, muy alto, hice como que la dejaba caer, la cogí otra vez, arriba y abajo, mientras su risa sonaba como una campanilla.

Por fin, ya sin aliento, la deposité de nuevo en el suelo. Ella recogió su oso y se lo puso bajo el brazo, por lo que los pies del animal de juguete se arrastraron por el piso. Con su mano libre aferró la mía.

—Me alegra mucho que estés aquí. Gracias, gracias —dijo—. ¿Puedes quedarte?

—No lo sé —repuse—. ¿Estás sola?

—Sí, excepto Edward y...

No concluyó la frase. Imaginé que tendría en mente a los monstruos, y no quería hablar de ellos.

—¿Cómo te llamas, querida?

—Judy.

—¿Sabes?, en casa tengo una niña que se parece mucho a ti. Se llama Alice.

Judy permaneció en silencio un rato bastante largo. Al fin musitó:

—¿No podría venir a jugar conmigo?

Mi garganta se negó a responder.

Pero Judy no se mostró perezosa, y dijo en seguida:

—Bueno, yo no te esperaba, y has venido.

La dicha volvía a encenderse en ella, y se transmitía también a mí mismo. ¿Podía ser acaso mi presencia tan grata? Ahora me sentía en paz, como si

todas las ratas del miedo que llevamos dentro cada uno de nosotros hubieran huido de mí.

—Ven a mi casa —me invitó tímidamente, aunque parecía una orden regia.

Echamos a andar. Las patas de Edward iban dando tumbos detrás de nosotros. Se disipó la bruma y nos encontramos en un camino entre setos bajos. Por todas partes se extendían colinas de un verde que hubiera servido de modelo para pintar esmeraldas. Allí pacían las vacas y galopaban los caballos a lo largo de anchurosas distancias.

Más cerca, las aves aleteaban y refulgía su plumaje: un petirrojo, un mirlo, un ruiseñor que picoteaba en una rama, un colibrí que brillaba como una joya en medio de unos abejorros, junto a una madreSelva. El aire estaba saturado de aromas, del fragante olor de los animales. Por arriba se extendía un enorme cielo azul donde vagaban las nubes.

Aquél no era mi mundo. Los colores resultaban demasiado intensos y brillantes, y una persona podía sentirse ahogada por los aromas. Pájaros, abejas, mariposas, libélulas, todo aquello parecía gigantesco, mientras que el ganado vacuno y los caballos semejaban en cierto modo inalcanzables en su lejanía, siempre paciando o galopando. Las nubes eran como verdaderos castillos o navíos de vela. Y sin embargo, había allí realidad, además de colorido. Si no me sentía en mi tierra, al menos me sentía muy bien recibido.

Oh, infinitamente bien recibido.

Judy charlaba; no, cantaba.

—Te enseñaré mi jardín, y mis libros, y mi casa toda entera. Y también dónde vive Hoo Boy. ¿Me empujarás en el columpio? No puedo hacerlo yo sola. Trato de que me empuje Edward, y él me dice: «Alto, alto hacia el cielo vuela Judy, y no sé por qué», como solía decirme papá. Pero es sólo de mentira, como cuando juego con mis muñecas o mis animales del arca de Noé y les hago hablar. ¿Querrás jugar conmigo?

—No sé si seré capaz de seguirte —dije.

Ella volvió a mostrarse alegre y dio unos saltos breves. Luego añadió:

—Cenaremos en la sala de estar, si sabes encender el fuego. Yo no debo hacerlo, pues recuerdo lo que me decía papá, que no usará más que la

cocinilla. Haré la cena para los dos. ¿Te gusta el té? Hay aquí muchas clases. No tienes más que mirar y decirme qué clase te gusta. Haré bizcochos y les pondremos mantequilla y jarabe de arce, como hace la abuela. Y nos sentaremos ante el fuego y contaremos cuentos, ¿verdad?

Y así seguía y seguía hablando.

El camino era ahora una calle bordeada de viejos olmos. Pero estaba desierta, salvo por la alegría de los rayos del sol. Y las casas tenían un aspecto plano, como si no hubiese nada detrás de sus fachadas. El viento murmuraba entre las hojas. Llegamos a una verja cuya puerta emitió un chirrido cuando la abrió Judy.

El césped que había más allá de la verja era bastante real, abstracción hecha de las increíbles malvas, las vivaces rosas y los pensamientos de los setos. Lo mismo ocurría con la casa. Tenía desconchados de pintura y cortinas ajadas, como sucede con muchos edificios. En cambio, las casas vecinas eran impecables. Parecía un remanente de fin de siglo, con sus torrecillas, salientes y adornos recargados. El porche era una fresca caverna que resonaba bajo mis pies. Un aldabón de bronce, con cara de gnomo, me sonrió al ir a entrar.

Judy señaló hacia él y dijo:

—Yo le llamo Billy Bungalow, porque hace «bun» cuando se golpea con él en la puerta. ¿Quieres golpear? Papá siempre lo hacía, y armaba mucho más ruido que yo. Por favor, ha estado esperando mucho tiempo.

«También yo», pensó sin duda la niña, pero no lo dijo.

Yo di unos golpes satisfactorios. Ella palmoteo llena de gozo. Mis oídos volvieron a percibir el silencio, tras aquel breve ruido.

—¿De verdad que vives sola, ojos claros? —pregunté a la niña.

—Algo así —me respondió, adoptando de pronto un aire solemne.

—¿Ni siquiera tienes un animalito casero?

—Teníamos una gata que se llamaba «Elizabeth», pero se murió... íbamos a conseguir otra.

—¿Ibais? —inquirí alzando las cejas.

—Papá, mamá y yo. ¡Y ahora, vamos adentro! —dijo accionando el picaporte.

En la entrada, una ventana de Tiffany proyectaba un arco iris sobre el piso de madera dura. Un perchero y un paragüero flanqueaban un armario empotrado, frente a un gran reloj de pie que rompió en triunfales campanadas en el instante en que entrábamos. En aquel momento eran las seis en punto de una tarde de otoño.

Hacia el frente se extendía una escalera. A la derecha y la izquierda, unas puertas comunicaban con una sala convertida en cuarto de costura, y con un salón de estar en el que pude ver al pasar una buena chimenea de piedra. Más allá había un pasillo de elevado techo.

—Vaya, una casa tan grande para una niña tan pequeña —dije—. ¿No mencionaste a Hoo Boy?

Con ambos brazos apretó a Edward contra ella. Apenas se le oyó decir:

—Es imaginario. Todos lo son.

No se me ocurrió preguntarle más. No sucede así en los sueños.

—¡Pero tú sí estás aquí, señor! —exclamó Judy, y la casa ya no pareció vacía.

Ella corrió ruidosamente por el vestíbulo delante de mí, subimos las escaleras, cruzamos estancia tras estancia, bajamos al sótano, subimos al desván y llegamos a un pequeño lugar que había encontrado debajo del techo en forma de sombrero de bruja de una torrecilla, y que ella destinó a Hoo Boy. Quería enseñármelo todo. La casa era clara y alegre, y no producía demasiados ecos mientras la recorriamos.

Los muebles parecían confortables. Abajo, en el sótano, se alineaban en unos estantes los botes llenos de mermelada que había hecho su madre. Se veía también un banco de carpintero de su padre. Me enseñó un barco de vela de juguete, a medio terminar, que él le estaba haciendo.

La alcoba de la pequeña rebosaba de las habituales pertenencias de una niña, sin excluir unos libros que yo recordaba bien de tiempos pasados. En la biblioteca había también una extensa colección, pero se hallaba en las sombras; era una parte de aquella casa que no podría describir. Buenos cuadros colgaban en las paredes. La niña se había tomado la libertad de fijar recortes en casi todas partes de la casa. Los había sacado de una pila de revistas como las que suele haber en muchos hogares. Los recortes mostraban

en su mayoría animales o niños.

En la sala de estar pude ver un mueble de radio con tocadiscos, pero no había televisor.

—¿Usas eso alguna vez? —le pregunté.

—No —me contestó—. Ya no se oye nada ahí. Pero canto mucho para mí.

Colocó el osito de felpa en el sofá, y le dijo:

—Quédate ahí. Vas a ser el señor de la casa. Yo seré la señora, haré la cena, y este otro señor será el fiel caballero que trae la leña para la chimenea.

Me miró tímidamente y agregó:

—¿Querrás hacerlo, señor?

—Eso me parece magnífico —aseguré sonriendo, y vi cómo ella se llenaba de alegría.

—¡Rápido!

Me cogió entonces de la mano y me llevó corriendo hacia la cocina. Nuestros pasos parecieron aplaudir.

La despensa estaba bien provista. Judy me enseñó sus distintos potes de té y me preguntó cuál prefería. Le confesé que no entendía de eso. Evidentemente sus padres eran conoedores, en lo que al té se refería.

—También yo lo soy —me contestó ella, cuando le hube dicho lo anterior—. De modo que elegiré yo. Tú nos contarás, a Edward y a mí, un cuento mientras comemos, ¿verdad?

—Me parece muy bien —repuse.

Ella abrió una puerta. Había una escalera cuyos peldaños llevaban hasta un patio trasero. A diferencia del cuidado jardín delantero, aquello era un caos de juguetes y de macizos de flores a cuál más chillona. No pude contenerme, y me eché a reír.

—Tú eres aquí la jardinera, ¿verdad?

Ella asintió y repuso:

—No lo hago muy bien. Mamá me dijo que podía plantar aquí lo que quisiera.

Señaló entonces hacia un cobertizo que estaba en el extremo del terreno y agregó:

—La leña de la chimenea está allí. Yo voy a hacer mi trabajo.

Aunque su voz era firme, sus dedos temblaron un poco cuando apretaron los míos.

—Estoy tan contenta... —susurró.

Cerré la puerta trasera de la casa y busqué un camino entre las flores de la pequeña. Las ventanas aparecían abiertas al aire suave y lleno del atardecer. Oí que la niña empezaba a cantar:

*El caballito bayo corría por la colina
y se alejaba galopando, galopando...*

Noté que los animales de aquellas praderas venían hacia mí, y de pronto me vi solo en algún otro sitio, mientras uno de los caballos, que era mi Alice, huía de mí para siempre. Y no pude llamarla.

Al cabo de un tiempo pude volver a andar. Sin embargo, no entré en seguida en el cobertizo. No tuve valor para hacerlo, cuando la canción de Judy se hubo extinguido, dejándome allí solo. En lugar de ello pasé al lado del cobertizo para echar una mirada a lo lejos y tranquilizarme sobre lo que pudiera haber más allá.

Se veía el mismo campo que antes, pero con sombras alargadas por efectos del sol poniente. Reinaba un mayor silencio. Un mirlo descansaba en una morera y al mirarme hizo unos movimientos como si picotease. Desde el patio, recto hacia el sur y atravesando los campos, se iniciaba un camino pavimentado de adoquines amarillentos.

Me acerqué al camino y di unos pasos por él. Allí la luz era como oro molido, y el piso parecía firme bajo mis pies. Aquélla era la clase de carretera que le hace andar a uno un par de kilómetros más para ver lo que hay detrás de la próxima colina. Al fin y al cabo, ¿no llevan los caminos de adoquines amarillentos hasta el país de Oz?

—¡Señor! —gritó ella, a mis espaldas—. ¡No sigas, detente, detente!

Me volví en redondo. Judy se hallaba de pie al borde del patio. Tendía las manos hacia mí, estremeciéndose. Su rostro estaba tenso hasta el punto de

deformarle las facciones.

—¡No vayas más allá!

Como es lógico, regresé rápidamente. Cuando estuvimos seguros en el patio, la abracé con fuerza mientras el miedo salía de ella entre una cascada de lágrimas. Le acaricié el pelo y murmuré palabras tranquilizadoras. Al fin me atreví a preguntarle:

—Pero ¿adónde lleva eso?

Ella apoyó la cabeza en mi hombro y me aferró más fuerte, al tiempo que decía:

—A donde la abuela.

—¿Y es eso tan malo? Estás haciendo unos bizcochos como los que hacía ella, ¿recuerdas?

—No debemos ir hasta allí —dijo Judy a media voz, y sentí que sus manos estaban frías en mi cuello.

—Vamos, vamos —añadí para consolarla.

Me libré de su abrazo, pero seguí en cuclillas para mantenerme a su altura. Le pellizqué la barbilla y le aseguré que el mundo era hermoso.

—Mira qué bonita tarde —dije—. Y pronto vamos a cenar con Edward, aunque primero habrá que encender la chimenea. ¿Me ayudarás a llevar la leña?

Para mis adentros recordé otro cantar, uno sueco, que dice:

*Los niños son gente misteriosa,
que habita en un extraño mundo...*

Al cabo de poco tiempo la pequeña estaba de nuevo alegre. Al marcharnos de allí, lancé una mirada final a la carretera y sospeché lo que ella sentía. No era tanto el horror como la eterna pérdida y tristeza que trascendía de aquel horizonte. Me sentí muy bromista mientras transportábamos brazadas de leña hasta la sala de estar.

A continuación Judy anduvo trotando entre donde yo estaba y la cocina, atendiendo a sus asuntos y dejando un comprensible caos de platos

amontonados, cazos chamuscados, harina derramada, salpicaduras de mantequilla y de jarabe, y sabe Dios cuántas cosas más. Me cuidé mucho de sacar a colación el tema del lavado de la vajilla. Ya se solucionaría al día siguiente. No me preocupé de eso.

Más tarde nos sentamos con las piernas cruzadas en el diván que presidía Edward, comimos bizcochos y tomamos el té con mucha leche, al tiempo que nos reíamos sin cesar. Judy tenía sentido del humor. Me habló de la celebración de un 4 de julio, donde asistía tanta gente que «sólo los dedos gordos tenían que pesar un quintal». Después me contó de una merienda campestre en la que había llovido mucho, y donde no pudo disfrutar por no tener botas de goma.

Las llamas del hogar cambiaron de rojas a amarillas y luego a azules, como siguiendo el tictac y las campanadas del reloj de pie. Fuera de la casa, se alzaba una noche de estrellas gigantescas.

—Cuéntame otro cuento —me pidió la pequeña, y se acomodó en mi regazo.

Recordando lo que había relatado a Alice, inventé una larga historia acerca de una niña llamada Judy que habitaba en el bosque con sus amigos Edward T. Bear, Billy Bungalow, y Hoo Boy, hasta que construyeron un globo de franjas de colores y se marcharon a hacer largos viajes de exploración.

Los ojos color de crepúsculo de la niña se hacían cada vez más grandes. Hasta que al fin se empequeñecieron.

—Creo que será mejor terminar por hoy —dije—. Mañana proseguiremos.

Ella asintió.

—Ayer ellos dijeron que hoy era mañana —observó ella—. *Pero hoy lo saben mejor.*

Yo esperaba que después de aquel día placentero las horas nocturnas serían ingratas, pero no fue así. Subí las escaleras con Judy en el hombro derecho y Edward en el izquierdo. Ella me guió hasta una habitación de invitados, se alejó y regresó en seguida con un pijama.

—A papá no le importará —me dijo.

—¿Quieres que te meta en la cama? —le pregunté.

—Oh...

Por un momento su rostro irradió alegría, pero luego se llenó de seriedad. Se puso un dedo bajo la barbilla, reflexionando, y luego movió negativamente la cabeza.

—No, gracias —repuso—. Creo que no es necesario que hagas eso.

—Está bien.

Mi privilegio es ir a ver a Alice cuando se dispone a dormir, pero cada familia posee sus propias costumbres. Judy debió de darse cuenta de mi decepción, porque tendió una mano hacia mí, me sonrió y cuando me incliné dijo jadeándome en la mejilla:

—Eres una gran persona, señor. Te quiero.

Luego echó a correr pasillo adelante.

Mi habitación se parecía a las otras y estaba amueblada bien y sin pretensiones. En el papel de las paredes se veían sauces y castillos chinos entre nubes. Había también en el cuarto blancas cortinas que aleteaban al impulso de la fácil brisa, velando las estrellas grandes como faroles. Encima de mi cama, Judy había clavado el recorte de un caballito galopando.

Pensé en hacer un viaje al cuarto de baño, pero temí molestar a mi anfitriona, y, además, no sentía verdadera necesidad de ir. No me cabía duda alguna de que ella se lavaba los dientes, siendo tan cuidadosa como era. ¿Rezaría también antes de dormir? A pesar de tener a mi Alice, no comprendía realmente a las otras niñas. Los chicos son diferentes, con sus caracoles, sus babosas y los rabos de los perrillos. Yo fui uno de ellos, y lo sé.

Me puse el pijama, me tendí en el lecho ante la brisa, y después de apagar la luz me quedé dormido en seguida.

A veces recordamos el sueño de una noche determinada. Yo pasé aquella noche felizmente pensando en la siguiente mañana.

Tal vez por eso me desperté temprano, en una luz clara, fresca, gris y sin sombras, como el aire. Las cortinas susurraban y revoloteaban, pero a excepción de aquello no había ruido alguno.

¿O era tal vez un rumor? Permanecí medio despierto, con los ojos

entrecerrados y la paz tras los párpados. Alguien se movía por allí. Era una mujer muy alta, y estaba arreglando la casa. No intenté mirarla directamente. En mi somnolencia quizá sólo hubiera resultado ser el viento.

Una vez que ella hubo terminado en aquella habitación me desperté por completo. Vi el escritorio, el sillón y el bulto que hacían mis pies bajo las mantas, y me parecieron entes extraños en la penumbra que nace antes del sol. Saqué las piernas sobre el borde de la cama y sentí la dura madera en las plantas de los pies. Mis pulmones bebieron el aroma de la hierba. Oh, Judy seguiría durmiendo aún durante varias horas, me dije, pero yo iría a espiarla un poco, antes de bajar y hacer un desayuno sorpresa.

Cuando me hube vestido seguí el pasillo hasta la habitación de la pequeña. Su puerta no estaba cerrada. Más allá divisé una ventana repleta de aurora.

Me detuve. Una mujer estaba cantando.

No empleaba verdaderas palabras, como se suele hacer cuando uno se inclina sobre la cuna de una criatura. Su cantar era grato, pero sin sentido:

Cloddledy loldy boldy boo.

Cloddledy lol-dy bol-dy boo-oo.

La melodía era la más dulce que yo había oído jamás. Creo que eso fue lo que me hizo permanecer inmóvil a la entrada de la habitación.

La mujer se inclinaba sobre Judy. Yo no podía verla, realmente. ¿Tal vez era una sombra azulada? Judy aparecía ante mí claramente, encogida en su limpio camisón, con un brazo bajo la mejilla (¡qué largas sus pestañas y las hebras de su pelo castaño!) y el otro en torno a Edward, mientras desde una repisa de la cabecera la observaban los animales de Noé.

La mujer se dio cuenta de mi presencia.

Se volvió y se irguió, más alta que el cielo.

—¿Por qué ha mirado? —preguntó con infinita suavidad—. Ahora debe marcharse, y no volver nunca.

—No —le supliqué—. ¡Por favor!

Cuando apenas había dicho eso, ella suspiró.

—No puede permanecer, ni regresar aquí, el que ha mirado más allá del Borde.

Me cubrí los ojos.

—Lo siento —dijo ella, y creo que rozó mi frente cuando pasó ante mí.

Judy se despertó.

—Señor...

Alzó las manos, esperando que me acercase y la abrazara, pero yo no me atreví.

—Tengo que marcharme, cariño —le expliqué.

Ella se puso en pie.

—No, no, no —dijo sin gritar.

—Desearía quedarme más tiempo —aseguré—. ¡No puedes comprender cuánto lo deseo!

Entonces ella se dio cuenta.

—Has sido... muy amable al... venir a verme —consiguió decir.

Se acercó a mí con el mismo paso resuelto que en el momento en que nos conocimos. Me cogió la mano, descendimos las escaleras y salimos a la mañana.

—¿Saludarás a tu hija de mi parte? —me preguntó tan sólo una vez.

—Desde luego —repuse.

Claro que sí, demonios. Sólo que ¿cómo?

Avanzamos por la calle lisa y vacía en dirección al sol. Donde había un mirlo posado en la rama de un olmo y las hojas proyectaban sombras debajo, la pequeña se detuvo.

—Adiós, buen señor —me dijo.

Me hubiera besado, de haber tenido yo el valor de consentírselo.

—¿Te acordarás de mí, Judy?

—Jugaré contigo en mi recuerdo. Siempre —aseguró manteniendo la cabeza en alto, con valor, y añadió—: Gracias otra vez. Te quiero mucho.

Y así me dejó ir, y yo me marché. Una sola vez me volví para saludarla con la mano. Ella me devolvió el saludo desde donde se encontraba, con todo el cielo para ella.

El hombre de las cicatrices en el rostro estaba llorando. No estaba acostumbrado, e hipaba y emitía una especie de ladridos.

Ferrier se dirigió a él con tono profesional.

—La descripción de la casa —declaró— corresponde a la de su antiguo hogar, ¿me equivoco?

La estremecedora cabeza se movió afirmativamente.

—En cuanto a ti, desconoces por completo el lugar —me dijo—. Está en una zona donde no estuviste nunca.

—Desde luego —admití—. No tengo razón alguna para creer que eso pudo ser otra cosa que un sueño.

La ira me dominó y agregué:

—Maldita sea, al demonio con tus investigadores científicas. Quiero que me des alguna explicación ahora mismo.

—No puedo hacerlo, puesto que no tengo la menor idea de la forma en que actúa el fenómeno —declaró Ferrier—. Puedo explicarte los pocos hechos que conozco.

El hombre de las cicatrices procuró serenar los ánimos y dijo vacilante:

—Yo... bueno... les pido disculpas por la escena. Ha sido para mí un golpe. O quizá fuera la esperanza...

Su mirada me abrumó.

—¿Cree que podemos ir a verla? —sugirió Ferrier.

Por toda respuesta el hombre de las cicatrices nos condujo fuera de la estancia. Permanecimos en silencio mientras recorríamos el pasillo y bajábamos en el ascensor. Salimos en el tercer piso, donde el olor a hospital era más intenso. El hombre fue adquiriendo mayor dominio sobre sí mismo mientras pasábamos entre las almidonadas enfermeras y los lechos ocupados por enfermos, pero su gesto se hizo impreciso cuando al fin nos indicó una determinada puerta.

Al otro lado había varios pacientes en sus camas, en un total silencio. De pronto comprendí por qué el hombre, una persona importante, iba mal vestido. Los hospitales de pago no resultan baratos.

—¿Pudo ser telepatía? —murmuró—. El cerebro funciona, según demuestra el EEG. ¿Podría usted...?

No consiguió decir más.

—No —repuse mientras mis dedos luchaban unos con otros—. Tuvo que ser una casualidad. Y desde entonces se me ha vedado la entrada.

Nos detuvimos ante un conjunto de aparatos.

—Dígale lo que sucedió —declaró Ferrier, sin tono en la voz.

El hombre de las cicatrices miró por encima de nosotros. Sus palabras eran severas, aunque se apreciaba en él un leve estremecimiento.

—Íbamos de viaje, mi esposa, mi hija y yo. Pensábamos visitar primero a mi suegra, que vive en Kentucky.

—Se dirigían hacia el Sur, entonces —dije, presintiéndolo—. Por un camino de adoquines amarillentos.

Aún los hay de ese tipo, aquí y allá, en nuestra región.

—Un coche conducido por un borracho fue a chocar contra nuestro automóvil —agregó el hombre de las cicatrices—. Mi mujer murió. Yo me convertí en lo que puede ver. En cuanto a Judy...

El hombre tendió una mano hacia la larga forma blanca que se hallaba junto a nosotros.

—Eso fue hace diecinueve años —terminó diciendo.

A LA DERIVA ANTE LOS ISLOTES DE LANGERHANS:

Latitud 38° 54' N, longitud 77° 00' 13" O

Harlan Ellison

Si el lector es médico o tiene conocimientos de anatomía, probablemente le sorprenderá el título de este relato. Y, en cualquier caso, le sorprenderá el contenido.

A la deriva... obtuvo el Premio Hugo al mejor relato largo de 1974.

Al despertarse Moby Dick cierta mañana, después de tener sueños inquietos, se halló en su cama transformado, de alga, en un monstruoso capitán Ahab.

Reptando por etapas desde la húmeda matriz de las sábanas, fue dando traspies hasta la cocina, donde abrió el grifo y llenó la tetera. Había legañas en los bordes de sus ojos. Colocó la cabeza bajo el grifo y dejó que el agua fría le corriera por las mejillas.

Botellas muertas atestaban la sala de estar. Ciento once botellas vacías que habían contenido Robitussin y Romilar-CF. Avanzó arrastrando los pies entre los desechos hasta llegar a la puerta, y abrió una rendija. Le acometió la luz del día. «¡Dios santo!», murmuró, y cerró los ojos mientras recogía el periódico, que se hallaba doblado en el porche.

De nuevo en la penumbra, desplegó el periódico. Los titulares decían: EMBAJADOR DE BOLIVIA ASESINADO, y el resumen que encabezaba la primera columna detallaba el descubrimiento del cuerpo del embajador, muy descompuesto, dentro de una vieja nevera abandonada en un solar desocupado de Secaucus, Nueva Jersey.

Silbó la tetera.

Desnudo, el hombre se dirigió a la cocina. Al pasar ante el acuario vio al terrible pez que aún seguía vivo, y que esa mañana silbaba como un ave canora, expulsando chorros de minúsculas burbujas que ascendían para estallar en la espumosa superficie del agua. Se detuvo ante el tanque de vidrio, dio la luz y miró a través de los oscilantes remolinos de las algas filamentosas.

Sencillamente, aquel pez no se movía. Había dado muerte a todos los

demás peces del acuario, peces más hermosos, sociables, vivaces e incluso más grandes y peligrosos que él. Los mató uno a uno, y les comió los ojos. Ahora nadaba solo en el tanque, amo indiscutible de sus solitarios dominios.

El hombre había intentado que el pez pereciese, y llegó a no alimentarle. Pero aquel demonio, de un color rosa pálido de gusano, sobrevivía incluso en las aguas oscuras y llenas de inmundicias.

Ahora el pez cantaba como un azulejo. El hombre odiaba aquel pez con una pasión que a duras penas alcanzaba a contener.

Esparció las escamas que contenía un bote de plástico, desmenuzándolas primero entre el pulgar y el índice, según le habían aconsejado los expertos que hiciera, y observó cómo los gránulos multicolores de comida para peces, compuestos por huevas de pescado, trozos de camarones, larvas de moscas, harina de avena y yema de huevo desecada, flotaban un instante en la superficie del agua antes de que apareciese la detestable cara del pez, emitiendo un chasquido al sorber el alimento.

El hombre dio media vuelta maldiciendo con odio al animal. Este no moriría. Lo mismo que él, no iba a morir.

Ya en la cocina, e inclinado sobre el agua hirviente, el hombre comprendió por vez primera la verdadera índole de su situación. Aunque no había llegado tal vez al mismo borde de la locura, alcanzaba a percibir el hedor de ésta en el viento que le llegaba del horizonte. Y como un animal salvaje que hace girar los ojos ante el olor de la carroña y de los que están alimentándose de ella, el hombre se veía arrastrado cada día más cerca de la demencia, sólo por causa de aquel hedor.

Colocó la tetera, una taza y dos bolsitas de té en la mesa de la cocina y tomó asiento ante ésta. En el soporte de plástico que servía para mantener abiertos los libros de cocina mientras se mezclaban los ingredientes, la traducción del Código Maya seguía aún sin leer desde la noche anterior.

Vertió el agua, introdujo las bolsitas en la taza y trató de concentrar su atención en la lectura. Las alusiones a Itzamna, deidad principal del panteón maya, y a la medicina, su principal campo de acción, resultaban imprecisas. Ixtab, la diosa del suicidio, parecía más a propósito para aquella mañana, aquella mortífera y terrible mañana. Intentó seguir leyendo, pero aunque las

palabras entraban, nada le ocurría, no parecían decir nada.

Tomó unos sorbos de té y se encontró pensando en el helado y lleno contorno de la luna. Echó un vistazo por encima del hombro hacia el reloj de la cocina. Eran las siete y cuarenta y cuatro.

Se levantó con esfuerzo de la mesa, llevándose la taza medio llena de té, y se encaminó al dormitorio. La señal de su cuerpo, donde había yacido en un sueño torturado, aún se apreciaba en la cama. Había mechones de pelo ensangrentado en las esposas que había hecho remachar en unas placas de metal de la cabecera del lecho. El hombre se frotó las muñecas allí donde casi estaban en carne viva, y vertió un poco de té sobre su antebrazo izquierdo. Se preguntó si el embajador boliviano no habría sido uno de los trabajos realizados por él el mes anterior.

Su reloj de pulsera se encontraba sobre el escritorio. Lo consultó y vio que eran las siete y cuarenta y seis. Quedaba algo menos de una hora y cuarto para que se celebrase la entrevista con los servicios de consulta. El hombre se dirigió hacia el cuarto de baño, entró en la cabina de la ducha y giró la manecilla hasta que una lluvia fina y helada cubrió los cristales. Mientras corría el agua, abrió el botiquín en busca del champú. Sujeta al espejo se veía una tira adhesiva en la que aparecían nítidamente escritas a máquina tres líneas con letras mayúsculas:

EL CAMINO QUE RECORRES, HIJO MÍO,
ESTÁ LLENO DE ESPINAS,
AUNQUE NO ES TUYA LA CULPA.

Al abrir el botiquín y extraer el frasco de plástico que contenía el champú de hierbas, que olía gratamente a frondosos bosques, Lawrence Talbot se mostró resignado con su situación. Se volvió y entró en la ducha, sintiendo que golpeaba en su torturada carne una inmisericorde y gélida lluvia ártica.

El departamento 1.544 del Edificio Central del aeropuerto Tishman era un cuarto de aseo de hombres. Talbot se apoyó en la pared opuesta a la puerta en

la que se veía el letrero HOMBRES, y extrajo el sobre del bolsillo interior de su chaqueta. El papel era de buena calidad, y crujió cuando alzó la solapa y extrajo la nota que había en su interior.

Era una carta con la dirección correcta, el piso y el departamento correctos. Sólo que el departamento 1.544 era un lavabo de hombres. Talbot se volvió para alejarse. Se trataba de una broma lamentable. No le encontraba el menor sentido humorístico, y menos en aquellas circunstancias.

Dio un paso hacia los ascensores.

Entonces la puerta del lavabo de hombres resplandeció nebulosamente, como un parabrisas en invierno, y experimentó un cambio. El letrero decía ahora:

ASOCIADOS DE INFORMACIÓN

El departamento 1.544 era el servicio de consulta que le había enviado la carta de papel de buena calidad, una respuesta a la misiva de Talbot, que a su vez mandó al leer en *Forbes* un anuncio juiciosamente redactado.

Abrió la puerta y entró. La mujer que estaba detrás del escritorio de recepción de madera de teca le sonrió, y la mirada de Talbot se repartió entre los hoyuelos de las mejillas de la mujer y sus piernas, muy hermosas y de contorno suave, que aparecían cruzadas y enmarcadas en el hueco del escritorio.

—¿El señor Talbot?

—Lawrence Talbot —contestó él, asintiendo.

Ella volvió a sonreír.

—El señor Demeter le atenderá en un momento, señor. ¿Desea tomar algo? ¿Café, una bebida sin alcohol?

Talbot se dio cuenta de que estaba tocándose el bolsillo interior, donde tenía la carta.

—No, gracias —respondió.

La mujer se puso en pie, y mientras se encaminaba hacia la puerta interior de la oficina, Talbot preguntó:

—¿Qué hace usted cuando alguien se acerca con rudeza a su escritorio?

No trataba de ser cortés, porque estaba disgustado. Ella se volvió para mirarle, y le observó en silencio, sin decir nada.

—El señor Demeter le recibirá, señor —dijo luego.

La mujer abrió la puerta y se hizo a un lado. Talbot pasó ante ella y al hacerlo percibió un aroma a mimosa.

La oficina interior estaba amueblada como la sala de lectura de un selecto club de hombres. Daba la sensación de dinero viejo y calma profunda, con sus paredes revestidas de maderas pesadas y oscuras. Un cielo raso bajo, de placas acústicas, ocultaba un espacio probablemente destinado a los cables de la electricidad.

En la alfombra de tonos grisáceos y anaranjados se hundían sus pies hasta el tobillo. A través de una ventana del tamaño de una pared alcanzaba a verse, no la ciudad donde estaba el edificio, sino una vista panorámica de la bahía de Hanauma, en el sector de Koko Head de la isla hawaiana de Oahu. Las olas, de un puro color aguamarina, llegaban como serpientes ondulantes, como cobras coronadas de blanco que formaban luego un túnel y percutían como áspides sobre la arena amarilla y reluciente de la playa.

Pero no era una ventana. En aquella oficina no había ventanas. Se trataba de una fotografía. Una foto con profundidad, realista, que no era una película ni un diorama. Era una pared que miraba por completo a otro lugar. Talbot no conocía nada acerca de la flora exótica, pero estaba seguro de que aquellos árboles altos, con hojas de bordes afilados que crecían junto al borde de las playas, eran idénticos a los que aparecían reproducidos en los libros que describían el período Carbonífero de la Tierra, antes incluso de que los saurios recorriesen los continentes. Lo que estaba viendo había desaparecido hacía ya mucho tiempo.

—Señor Talbot, me alegro de que haya venido. Soy John Demeter.

El hombre se levantó de un sillón y le tendió la mano. Talbot se la estrechó. El apretón era firme y franco.

—¿Quiere sentarse? —dijo Demeter—. ¿Desea tomar algo, una taza de café o un refresco?

Talbot movió negativamente la cabeza y Demeter hizo un gesto a la

repcionista, que a continuación cerró la puerta a sus espaldas con decisión, pero suave y silenciosamente.

Talbot observó a Demeter largamente, al tiempo que se sentaba frente al sillón. Demeter aparentaba poco más de cincuenta años y conservaba una abundante mata de pelo que le caía sobre la frente en ondas grises que no parecían peinadas. Tenía ojos de color azul claro y sus rasgos eran regulares y joviales, con una boca amplia y sincera. Era esbelto. El traje de negocios de color marrón oscuro era hecho a la medida, y le caía bien. Se sentaba con aplomo y sus piernas cruzadas revelaban unos calcetines que le subían por encima de las pantorrillas. Llevaba los zapatos muy brillantes.

—Esa puerta, la que tienen en el exterior de la oficina —dijo Talbot—, resulta verdaderamente fascinante.

—¿Hablamos de mi puerta? —inquirió Demeter.

—Si usted no lo desea, no lo haremos. No he venido aquí para eso.

—Entonces, tratemos acerca de su problema particular.

—Me intrigó su anuncio.

Demeter sonrió complacido y repuso:

—Cuatro redactores trabajaron diligentemente para lograr la fraseología adecuada.

—Eso atrae clientes.

—Los más convenientes.

—Usted lo dirigió hacia el dinero más cauto. Gentes reservadas, conservadoras, poco espectaculares, que han progresado despacio. Viejas y sabias lechuzas.

Demeter cruzó los dedos de la mano y asintió con la cabeza, como haría un tío comprensivo con su sobrino.

—Usted ha dado en el clavo, señor Talbot: viejas y sabias lechuzas.

—Necesito algunos informes especiales y dignos de confianza. ¿Es confidencial su servicio, señor Demeter?

El tío comprensivo, la vieja y sabia lechuza, el tranquilizador hombre de negocios comprendió todos los interrogantes que había detrás de aquella pregunta. Asintió varias veces; luego sonrió y dijo:

—Esa puerta que yo tengo a la entrada es muy ingeniosa, ¿verdad? En

eso tiene toda la razón, señor Talbot.

—Respuesta evasiva pero elocuente.

—Espero que servirá para contestar muchas preguntas de nuestros clientes, en lugar de hacer que se las formulen.

Talbot descansó sobre el respaldo del sillón por vez primera desde que había tomado asiento.

—Creo comprender su postura —afirmó.

—Me alegro. En tal caso, ¿por qué no entramos en materia? Señor Talbot, usted tiene alguna dificultad para morir. ¿He expresado la situación con acierto?

—Desde luego, señor Demeter.

—Siempre lo hago.

—Sí, ha dado usted en el blanco.

—Pero además tiene usted otros problemas bastante desusados.

—En efecto.

Demeter se puso en pío y comenzó a pasear, tocando, mientras lo hacía, un astrolabio que se hallaba en un estante, un botellón de cristal tallado que había en un aparador y unos ejemplares del *London Times*, situados en un soporte de madera.

—Nosotros somos tan sólo especialistas en información, señor Talbot. Podemos ponerle en contacto con lo que necesite, pero llevar a cabo el asunto es problema suyo.

—Si llego a conocer el *modus operandi* no tendré dificultad alguna en lograr mi objetivo.

—Es usted confiado.

—¿No cuento acaso con su ayuda?

—Desde luego.

Demeter volvió junto a su sillón y tomó asiento de nuevo. Luego dijo:

—Está bien. Si se toma el tiempo suficiente para escribir *precisamente* lo que desea —lo sé en líneas generales por su carta, pero quiero que sea más preciso, a los fines del contrato—, en tal caso creo que podré suministrarle los datos necesarios para que resuelva su problema.

—¿Y el costo?

—Sepamos primero lo que usted desea, ¿no le parece?

Talbot asintió con la cabeza. Demeter extendió una mano y oprimió un botón que había en el cenicero de pie situado junto a su sillón. Se abrió la puerta.

—Susan —dijo—, ¿quiere conducir al señor Talbot al despacho privado y entregarle lo necesario para escribir?

Ella sonrió y esperó a que Talbot se dispusiera a seguirla.

—Y lleve también al señor Talbot algo para tomar —añadió Demeter—; un café o un refresco, si lo desea.

Talbot no respondió a aquella oferta. Por el contrario, manifestó:

—Puedo necesitar algún tiempo para redactar debidamente la relación. Quizá tenga que trabajar con tanta diligencia como sus redactores, y tarde bastante. Me marcharé a casa y se lo traeré mañana.

Demeter pareció contrariado.

—Eso sería un inconveniente. Para ello le proporcionamos un sitio tranquilo, donde pueda pensar con calma.

—Entonces, ¿prefiere que lo haga ahora mismo?

—Desde luego, señor Talbot.

—Cree que dejarlo para mañana sería un retraso inútil, ¿verdad?

—Exacto.

—Vámonos, Susan. Tráigame un vaso de zumo de naranja, si tiene.

Talbot salió el primero por la puerta, y luego siguió a la mujer por el corredor hasta llegar al extremo opuesto al cuarto de recepción. Antes no había visto aquella estancia. Susan se detuvo ante una puerta y la abrió para que pasara Talbot. En el reducido cuarto había un escritorio y un cómodo sillón. Se alcanzaba a escuchar una música ambiental.

—En seguida le traigo su zumo de naranja —manifestó la mujer.

Talbot entró en la habitación y tomó asiento. Al cabo de un buen rato sólo había escrito seis palabras en una hoja de papel.

Dos meses más tarde, mucho después de una serie de visitas de silenciosos mensajeros que trajeron borradores del contrato para ser

examinados, que volvieron para llevárselos revisados, que regresaron con contraofertas y que de nuevo se llevaron las versiones corregidas; después que Demeter hubo puesto las últimas iniciales, que aguardó a que Talbot colocara las suyas, dos meses más tarde, pues, el mapa llegó por medio del último y no menos silencioso mensajero.

Talbot dio orden de abonar el pago final a Asociados de Información ese mismo día. Había dejado de preguntarse si quince vagones de maíz, cultivado especialmente como lo hacía la nación Zuni, poseían algún valor.

Dos días más tarde, un breve artículo en las páginas interiores del *Times*, de Nueva York, Informaba que quince vagones de productos agrícolas habían desaparecido de un apartadero cercano a Albuquerque. A consecuencia de ello se había iniciado una investigación oficial.

El mapa era muy detallado, y tenía aspecto de ser muy exacto.

Talbot pasó varios días con la *Anatomía* de Grey, y cuando estuvo seguro de que Demeter y su organización se habían ganado sus elevados honorarios, hizo una llamada telefónica. La operadora de larga distancia le hizo esperar hasta que se estableció la comunicación, llena de estáticos. Luego él insistió ante la operadora de Budapest, en el otro extremo de la línea, para que dejase sonar el teléfono veinte veces, el doble de lo que se permitía por llamada.

En el timbrado veintiuno alzaron el auricular. Por milagro, el ruido de fondo disminuyó, y Talbot alcanzó a escuchar la voz de Victor como si se encontrase al otro lado de la estancia.

—¿Sí? ¡Hable!

Impaciente y brusco, como de costumbre,

—Victor... Soy Larry Talbot.

—¿Desde dónde llamas?

—Desde los Estados Unidos. ¿Cómo estás?

—Ocupado. ¿Qué quieres?

—Tengo un proyecto entre manos. Quiero contrataros a ti y tu laboratorio.

—Olvídalo. Estoy llegando a la etapa final de un trabajo y no puedo distraerme ahora.

En su voz se notaba la inminencia del corte de comunicación. Talbot se

anticipó.

—¿Cuánto tiempo falta? —dijo.

—¿Para qué?

—Para que quedes libre.

—Otros seis meses, en el mejor de los casos. Ocho o diez, si el asunto se complica. Lo dicho, olvídate, Larry. No estoy disponible.

—Al menos, tengamos una conversación.

—No.

—¿Me equivoco, Victor, o me debes algunos favores?

—¿Después de tanto tiempo me hablas de deudas?

—El tiempo hace que aumente su valor.

Hubo un prolongado silencio durante el cual Talbot notó que disminuía algo del sonido de la línea telefónica. En cierto momento creyó que el otro había colgado. Pero al fin le oyó decir:

—Está bien, Larry, hablaremos. Pero tendrás que venir aquí. Estoy demasiado atareado para ir dando saltos en reactor.

—De acuerdo. Tengo tiempo —dijo Talbot—. Lo que me sobra es tiempo.

—Que sea después de la luna llena, Larry.

La indicación fue hecha con gran precisión.

—Muy bien. Nos encontraremos donde la última vez, y en la misma fecha, el treinta de este mes. ¿Te acuerdas?

—Lo recuerdo. Me parece bien.

—Gracias, Victor. Aprecio tu atención.

No hubo respuesta.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Talbot, suavizando la voz.

—Adiós, Larry —dijo el otro, y colgó.

Se encontraron el treinta de ese mes, durante la medianoche sin luna, en la barcaza de los cadáveres que viajaba entre Buda y Pest. Era la noche apropiada; una niebla gélida avanzaba como una cortina ondulante Danubio arriba, desde Belgrado.

Se estrecharon las manos a sotavento de una pila de ataúdes baratos, de madera, y al cabo de un momento de vacilaciones se abrazaron como hermanos. La sonrisa de Talbot era leve, apenas perceptible bajo la tenue iluminación del farol de la lancha.

—Está bien —manifestó—. Dilo de una vez, para no seguir esperando.
Victor sonrió y murmuró con voz sombría:

*Aun el hombre que es puro de corazón
y dice sus plegarias por las noches,
puede convertirse en lobo
cuando florece el acónito
y la luna de otoño brilla con fuerza.*

—Y hay otros cantares del mismo álbum —declaró Talbot haciendo un gesto.

—¿Todavía dices tus plegarias por las noches?

—Dejé de hacerlo cuando vi que no obtenía buenos resultados.

—Oye, ¿no iremos a coger una pulmonía para tratar sólo de asuntos triviales, verdad?

Las líneas de cansancio que surcaban el rostro de Talbot se aligeraron con una expresión alegre.

—Victor —dijo—, necesito tu ayuda.

—Te escucho, Larry. Lo haré por un tiempo prudencial.

Talbot tomó nota de la advertencia, y declaró:

—Hace tres meses contesté a un anuncio aparecido en *Forbes*, la revista de negocios. El anuncio era de Asociados de Información. Estaba redactado ingeniosamente, era pequeño, reservado y aparecía en un lugar poco llamativo de la revista. Pero llamaba la atención de quienes sabían leerlo. No te haré perder el tiempo con detalles. Resumiendo: contesté el anuncio aludiendo a mi problema tan imprecisamente como pude, pero sin llegar a ser incomprensible. Insinué algo acerca de grandes sumas de dinero. Tenía esperanzas. Pues bien, me mandaron una carta concertando una entrevista.

Quizá se trataba de otra pista falsa, me dije. Bien sabe Dios que ha habido muchas de éstas.

Victor encendió un «Sobranie Black & Gold», y dejó que el penetrante aroma del humo se alejase con la bruma.

—Pero tú fuiste.

—En efecto, fui. Un equipo extraño, y sistemas de seguridad perfeccionados. Tuve la sensación de que procedían de... Bueno, no estoy seguro de dónde... ni cuándo.

La mirada de Victor adquirió de pronto un manifiesto interés.

—¿Cuándo, has dicho? ¿Son viajeros en el tiempo?

—No lo sé.

—He estado aguardando a que ocurriera algo como eso, ya lo sabes. Es inevitable. Tarde o temprano ellos se darán a conocer, sin duda.

Se calló de pronto y se puso a reflexionar. Talbot le volvió a la realidad.

—No podría decirte nada, Victor. Pero no es eso lo que me preocupa, de momento.

—Comprendo. Lo siento, Larry, continúa. Te entrevistaste con ellos...

—Era un hombre llamado Demeter. Pensé que podía haber alguna pista por ahí. No pensé en ese nombre al principio. Sé de un florista de Cleveland que se llamaba Demeter, hace mucho tiempo. Pero luego me di cuenta de que Demeter era la deidad griega de la Tierra. Mitología griega... No hay relación alguna. Al menos, así lo creo. Estuvimos hablando. Comprendió mi problema y dijo que se encargaría del asunto. Pero deseaba que le especificase detalladamente lo que yo deseaba, a fin de realizar el contrato. Dios sabe cómo lo habrá puesto en vigor, pero pudo hacerlo. Y tenía una ventana, Victor, que daba hacia...

Victor tomó el cigarrillo entre el pulgar y el índice y lo arrojó a la negra corriente del Danubio.

—Larry, estás desvariando —dijo.

A Talbot se le agarrotaron las palabras en la garganta. Por fin declaró:

—Victor, cuento contigo. Me temo que estoy perdiendo mi habitual aplomo.

—Está bien, tranquilízate. Oigamos el resto del asunto, y ya veremos.

Relájate.

Talbot asintió con aire agradecido.

—Escribí el tipo de comisión que pretendía. Eran sólo seis palabras — manifestó, al tiempo que extraía del bolsillo interior de la chaqueta un papel doblado.

Victor desplegó el papel y leyó:

COORDENADAS GEOGRÁFICAS PARA LOCALIZAR MI ALMA.

Mucho después de haber comprendido el significado de la nota, Victor aún seguía mirando las líneas mecanografiadas. Cuando devolvió el papel a Talbot tenía una expresión nueva, más vivaz.

—Nunca te darás por vencido, ¿verdad, Larry?

—¿Lo hizo tu padre?

—No.

Una honda tristeza se reflejó en el semblante del hombre al que Talbot llamaba Victor.

—Y *precisamente* porque no se dio por vencido —añadió este último al cabo de un momento—, se encuentra desde hace dieciséis años en un arnés para catatónicos.

Volvió a quedar en silencio, y al fin prosiguió diciendo, suavemente:

—Nunca duele saber cuándo debe uno darse por vencido, Larry. En ocasiones más vale que suceda espontáneamente.

Talbot resopló disgustado.

—Eso es fácil de decir, amigo. Creo que vas a morirte, Victor.

—No me hace gracia, Larry.

—¡Entonces ayúdame, condenación! He ido más lejos que nunca, para librarme de todo esto. Ahora te necesito *a ti*. Tú tienes experiencia.

—¿Has indagado en 3M, en Rand, o incluso en General Dynamics? Tienen personal muy competente.

—Maldito seas.

—Está bien, lo siento. Lo pensaré un minuto.

La barcaza de los cadáveres hendía las invisibles aguas en silencio, rodeada por la niebla, sin Caronte ni Estigia, sólo como un simple servicio público, un lanchón de frases inconclusas, de misiones sin terminar, de sueños no realizados. Con excepción de aquellos dos hombres que hablaban, la carga de la barcaza había dejado atrás las decisiones y los anhelos.

Entonces Victor dijo lentamente, hablando consigo mismo tanto como con Talbot:

—Podríamos hacerlo con microtelemetría. Bien mediante una técnica de microminiaturización directa, o por reducción de un artefacto de servomecanismo que contenga dispositivos de guía y control remoto y de propulsión. Se emplearía una solución salina para inyectar en el torrente circulatorio sanguíneo. Podríamos inducirte al «sueño ruso» en conexión con tus nervios sensitivos, de modo que controlarás el aparato como si estuvieras allí mismo... Una transferencia consciente de un punto de vista.

Talbot le miró con esperanza, pero el otro dijo en seguida:

—No, no daría resultado. Olvídalo.

Victor siguió pensando. Talbot introdujo la mano en el otro bolsillo de la chaqueta y extrajo la cajetilla de «Sobranies». Encendió uno y permaneció en silencio, esperando. Siempre ocurría lo mismo con Victor, quien debía abrirse paso penosamente a través del laberinto analítico.

—Tal vez sirva el equivalente biotécnico: un microorganismo inyectado... con el que se establece un vínculo telepático. Pero no, demasiados inconvenientes, al existir la posibilidad de un conflicto entre el ego y el control. Además, la percepción empeoraría notablemente. Quizá una criatura gregaria inyectada por múltiples p.o.v...

Una nueva pausa.

—No, tampoco serviría.

Talbot dio una chupada a su cigarrillo, dejando que el misterioso humo oriental circulase por sus pulmones. Victor añadió:

—¿Y qué pasaría —sólo con fines especulativos— si tuviésemos en cuenta que el ego existe hasta cierto punto en todo espermatozoide? Así lo han asegurado. En tal caso se crea una conciencia en una célula y se la envía

en una misión que... Bah, son pamplinas metafísicas. ¡Maldición, esto nos llevará mucho tiempo y reflexiones, Larry! Márchate y déjame que lo piense. Me pondré en contacto contigo.

Talbot arrojó la colilla del «Sobranie» por encima de la borda y exhaló la última bocanada de humo.

—Está bien, Victor. Doy por sentado que tienes el interés suficiente como para ocuparte del asunto.

—Soy un científico, Larry. Quiere decir que el problema me atrae. Tendría que ser un imbécil para que no fuese así. Esto se relaciona directamente con lo que..., con lo que mi padre...

—Comprendo. Te dejaré en paz y esperaré.

Permanecieron un momento en silencio, el uno pensando en soluciones, el otro considerando los problemas. Cuando se separaron se dieron un abrazo.

Talbot tomó el avión de vuelta para su país a la mañana siguiente, y aguardó durante las noches de luna llena, rezando abrumado por la angustia. Pero eso sólo empeoraba las cosas. E irritaba a los dioses.

Cuando sonó el teléfono y Talbot alzó el auricular, ya sabía lo que iban a decirle. Lo había sabido todas las veces que el teléfono había llamado, en los dos últimos meses.

—¿Señor Talbot? De la Western Union. Tenemos un telegrama para usted. Procede de Moldavia, Checoslovaquia.

—Por favor, léalo.

—Es muy breve, señor. Dice: «Ven inmediatamente. La prueba está dispuesta.» Firma Victor.

Talbot partía menos de una hora después de la conferencia telefónica. El Learjet se encontraba ya en la pista de despegue desde que él había regresado de Budapest. El aparato estaba con los tanques de combustible llenos y el plan de vuelo preparado. La maleta de Talbot estaba dispuesta para un viaje de setenta y dos días y se hallaba junto a la puerta. El pasaporte con los visados descansaba en un bolsillo interior de su chaqueta. Cuando Talbot se hubo marchado, el apartamento siguió temblando durante algún tiempo con

los ecos de su partida.

El vuelo parecía interminable. Al menos le daba la sensación de que se prolongaba más de lo necesario.

El paso por la aduana, incluso con los altos documentos oficiales (todas obras maestras de la falsificación) y los sobornos, parecía prolongarse sádicamente por parte del trío de bigotudos oficiales subalternos, que disfrutaban con el ejercicio de su momentáneo poder.

Los servicios que se hallaban en el país dejaban mucho que desear, y recordaban al hombre de cera que no podía correr hasta que entraba en calor, y que una vez entrado en calor se había ablandado excesivamente para poder correr.

Como era de esperar, y a semejanza de lo que podía ocurrir en el capítulo más intrigante de una novela gótica, estalló repentinamente una fuerte tormenta eléctrica en las montañas cuando el viejo coche de alquiler se hallaba a pocos kilómetros de distancia del lugar a donde iba Talbot. Los nubarrones se alzaron por los escarpados pasos montañosos, cubrieron el cielo dejándolo negro como una tumba, y se extendieron luego sobre la carretera oscureciéndolo todo.

El conductor del vehículo, un hombre taciturno cuyo acento permitía catalogarlo como un servio, mantuvo el gran automóvil en el centro de la carretera con la tenacidad de un jinete de rodeo y las manos en posición de las diez y diez sobre el volante.

—Señor Talbot...

—¿Sí?

—Esto se pone feo. ¿Doy la vuelta?

—¿Cuánto falta?

—Unos siete kilómetros, tal vez.

Los faros captaron el momento en que un árbol pequeño era desgajado por el viento y lanzado hacia ellos. El chófer hizo girar el volante y aceleró. Las ramas del árbol rozaron el maletero del automóvil de alquiler con un sonido de uñas que arañan un encerado. Talbot se dio cuenta de que había estado reteniendo el aliento durante un buen rato. La muerte no le preocupaba demasiado, y sin embargo la amenaza del momento llegó a afectarle.

—Tengo que llegar allí.

—Entonces seguiré adelante. Tranquilícese.

Talbot se recostó en el respaldo y pudo ver que el servio le sonreía por el espejo retrovisor. Más tranquilo, se puso a mirar por la ventanilla. Los relámpagos horadaban la oscuridad con sus brazos ramificados, y hacían que el paisaje de los alrededores adquiriese un aspecto amenazador e inestable.

Al fin, Talbot llegó a su destino.

El laboratorio, como un absurdo cubo modernista, resaltaba con su color blanco hueso contra el oscuro basalto de la montaña, y se hallaba situado por encima de la deteriorada carretera. Habían estado ascendiendo sin cesar durante varias horas, y en ese momento, como fieras que aguardasen el momento oportuno, los Cárpatos les rodeaban por todas partes.

El chófer condujo con dificultad durante el kilómetro y medio final, que llevaba desde la carretera hasta el laboratorio. Oleadas de aguas negras y llenas de ramas descendían en dirección contraria.

Victor le estaba esperando. Sin explayarse en la bienvenida, hizo que un ayudante recogiera la maleta de Talbot y luego condujo a éste apresuradamente hasta un recinto subterráneo, donde media docena de técnicos realizaban con celeridad sus tareas, deambulando entre enormes consolas de control y una gran placa de cristal que colgaba vertical de unos cables del techo lleno de vigas.

El ambiente era de gran expectación. Talbot pudo apreciarlo por las breves miradas que le dirigían los técnicos y por la forma en que Victor le llevaba por el brazo entre la apresurada actividad de las máquinas extrañas, en torno a las cuales iban y venían hombres y mujeres.

Por el modo de actuar de Victor, Talbot se dio cuenta de que algo nuevo y maravilloso estaba a punto de nacer en aquel laboratorio. Que tal vez, al fin, después del interminable horror, la paz le aguardaba en aquella estancia recubierta de azulejos blancos. Victor se mostraba comunicativo y estaba diciendo:

—Estos son los preparativos finales.

Señaló a dos mujeres que trabajaban ante un par de aparatos similares montados frente a frente contra las paredes y de cara a la placa de cristal. Para

Talbot aquellos artefactos semejaban proyectores de rayos láser con un diseño sumamente complicado.

Las mujeres hacían girar hacia la izquierda y la derecha los artilugios, lentamente sobre sus ejes y en medio de un suave zumbido eléctrico. Victor dejó que Talbot examinase despacio los dos aparatos, y luego dijo:

—No, no son láseres, sino *grasers*^[2], o amplificación de rayos gama por emisión estimulada de radiaciones. Míralos bien, pues constituyen al menos la mitad de la solución a tu problema.

Las dos mujeres tomaron visuales de un lado a otro de la estancia, a través de la placa de cristal, y asintieron a la vez. Entonces la de más edad, que parecía tener unos cincuenta años, dijo a Victor:

—Alineados, doctor.

El aludido hizo un ademán de aprobación y se volvió hacia Talbot.

—Ya estábamos preparados antes, pero esta condenada tormenta dura desde hace una semana. No nos hubiera perjudicado de no haber caído un rayo en nuestro transformador principal. Teníamos energía de emergencia para varios días, y hemos tardado algún tiempo hasta que todo ha vuelto a la normalidad.

Una puerta se abrió en la pared de la galería que se hallaba a la derecha de Talbot. El movimiento de la puerta era lento, como si ésta fuese pesada y no sobrase la energía necesaria para moverla. Una placa de esmalte amarillo, fijada a la puerta, decía en gruesas letras negras, y en francés:

AL PASAR ESTE ACCESO SE REQUIEREN DISPOSITIVOS DE
CONTROL PERSONAL

La puerta terminó de abrirse por completo, al fin, y Talbot pudo leer la placa de advertencia que había al otro lado:

PRECAUCIÓN, ZONA DE RADIACIONES

Debajo de estas palabras había un signo triangular, de tres brazos, Talbot

pensó en el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, aunque sin ningún motivo racional.

Entonces divisó el letrero que había más abajo aún, y que proporcionaba una explicación. Decía así:

ABRIR ESTA PUERTA DURANTE MÁS DE TREINTA
SEGUNDOS EXIGIRÁ UNA INVESTIGACIÓN Y UN CONTROL

La atención de Talbot se hallaba para entonces dividida entre la puerta y lo que le decía a Victor:

—Pareces preocupado por la tormenta.

—No estoy preocupado —repuso Victor—. Es sólo precaución. De todas formas, no hay posibilidades de que la tormenta obstaculice el experimento, a menos que vuelva a caer otro rayo, lo cual dudo, pues hemos tomado precauciones especiales. Pero no quiero arriesgarme a que falte la corriente en medio del proceso.

—¿El proceso?

—Voy a explicarte todo esto. En realidad, *debo* explicarlo a fin de que tu partícula larva tenga conocimiento de ello.

Victor sonrió al advertir la confusión de Talbot, y añadió:

—No te preocupes, ya lo comprenderás.

Una mujer anciana, con una bata de laboratorio, había aparecido por la puerta y ahora estaba detrás y a la derecha de Talbot, aguardando sin duda a que terminasen la conversación para hablar con Victor. Este volvió los ojos hacia ella y preguntó:

—¿Sí, Nadja?

Talbot la miró y una secreción ácida inundó su estómago.

—Ayer se dedicó un considerable esfuerzo a hallar la causa de una inestabilidad horizontal de elevado campo —dijo, hablando suavemente, sin entonación, como si leyese un informe—. El haz accesorio impidió la debida extracción.

Ochenta años, poco más o menos. Ojos grises hundidos profundamente

entre unos pliegues de carne arrugada del color de paté de hígado.

—Durante la tarde —prosiguió la mujer— el acelerador fue parado a fin de realizar algunos arreglos.

Ajada, deshecha, encorvada, demasiados huesos para aquella armazón.

—El superpercutor fue reemplazado en C48 por un sector de cámara de vacío. Había una fuga.

Talbot se sentía angustiado. Los recuerdos le asaltaban como hordas ansiosas, como oscuras oleadas de hormigas que mordisqueaban todo lo blando, sinuoso y vulnerable que había en su cerebro.

—Hemos perdido dos horas a causa de un solenoide que falló en una válvula de vacío, en el recinto de transferencia.

—Madre... —dijo Talbot, con un ronco susurro.

La anciana se estremeció con violencia y su cabeza se volvió, mientras sus ojos se agrandaban como platos.

—¡Victor! —exclamó, con voz aterrada.

Talbot apenas se movió, pero Victor cogió a la mujer por un brazo y la sostuvo.

—Gracias, Nadja —le dijo—: Baja a la estación objetivo B y controla los haces secundarios. Ve ahora mismo.

La mujer pasó junto a ellos cojeando, y desapareció rápidamente por otra puerta, que abrió para ella una de las mujeres jóvenes.

Talbot la vio marcharse con los ojos llenos de lágrimas.

—Dios mío, Victor —dijo Talbot—. Era...

—No, Larry, no era.

—Sí, estoy seguro, sé que era ella. Pero ¿cómo es posible, Victor? ¿Cómo?

El científico se volvió hacia él y le alzó la barbilla con la mano libre.

—Mírame, Larry, maldición. Te digo *que me mires*. No era ella. Estás equivocado.

La última vez que Lawrence Talbot había llorado, fue la mañana en que despertó tendido bajo los arbustos de hidrángea, en el jardín botánico próximo al Museo de Arte de Minneapolis. Estaba echado junto a algo ensangrentado y quieto. En sus uñas tenía restos de carne, tierra, y sangre.

Entonces fue cuando supo lo que eran los grilletes, y el soltarse de ellos en estado de conciencia, pero no en otro estado. Ahora sentía deseos de llorar, otra vez. Y con motivo.

—Un momento —dijo Victor—. Larry, ¿querrías esperarme un instante? En seguida vuelvo.

Talbot asintió mientras volvía el rostro hacia otro lado y Victor se alejaba. Mientras seguía allí, rugían en su interior oleadas de recuerdos dolorosos. Una puerta se abrió deslizándose en la pared más alejada del recinto, y un técnico de bata blanca, como los anteriores, asomó la cabeza por la abertura.

Talbot pudo ver la poderosa maquinaria que había en la enorme cámara situada más allá de la puerta. Electrodo de titanio y conos de acero. Le pareció reconocerlo. Se trataba de un preacelerador de Cockroft-Walton.

Victor regresó con un vaso que contenía un líquido de aspecto lechoso. Se lo entregó a Talbot.

—Victor —dijo el técnico desde la puerta más alejada.

—Bebe esto —ordenó Victor a Talbot, y luego se volvió hacia el técnico.

—Todo dispuesto —dijo el investigador.

Victor le hizo una seña con la mano y contestó:

—Dame diez minutos, aproximadamente, Karl. Luego inicia la primera fase, y avísanos.

El técnico hizo un gesto afirmativo y desapareció por la puerta. Esta se deslizó hasta cerrarse, ocultando así la enorme cámara, llena de maquinaria pesada.

—Eso ha sido una parte de la otra mitad de la solución mística y mágica a tu problema —dijo el físico, sonriendo ahora como un padre satisfecho.

—¿Qué he tomado?

—Un estabilizador. No quiero que padezcas alucinaciones.

—No era una alucinación. ¿Cómo se llamaba?

—Nadja. Estás equivocado. Jamás la habías visto anteriormente. ¿Acaso te he mentado alguna vez? ¿No nos conocemos desde hace mucho tiempo? Necesito tener tu confianza, si esto va a seguir adelante.

—Está bien.

El líquido lechoso había comenzado a obrar. El rostro de Talbot dejó de

estar congestionado, y sus manos perdieron su temblor.

Victor se mostró muy severo, de improviso, como un científico que no tiene tiempo para menudencias y que debe impartir órdenes.

—Bien, por un momento creí que iba a emplear más tiempo en los preparativos. En fin —añadió, sonriendo de nuevo—, te lo diré claramente: por un momento creí que nadie acudiría a mi fiesta.

Talbot le dirigió una sonrisa forzada y siguió a Victor hasta un grupo de monitores de televisión situados en unos soportes de una esquina.

—Perfectamente. Vamos a informarte.

Encendió los aparatos, uno tras otro, hasta que los doce estuvieron funcionando. Exhibía cada uno de ellos una escena de las macizas instalaciones, rústicamente terminadas.

El monitor número uno mostraba un túnel interminablemente largo, pintado de un blanco de tono cáscara de huevo. Talbot había pasado buena parte de su espera de dos meses leyendo. Reconoció el túnel como una vista de la «vía recta», en el recinto principal. Unos magnetos gigantes situados en sus bases de hormigón, a prueba de sacudidas, relucían tenuemente en la penumbra del túnel.

El monitor número dos mostraba el llamado túnel linac.

El monitor número tres dejaba ver el cuerpo del rectificador perteneciente al preacelerador del Cockroft-Walton.

El monitor número cuatro ofrecía una vista del amplificador. El monitor número cinco mostraba el interior de la sala de transferencias. Los monitores seis a nueve revelaban tres zonas experimentales, y de menor tamaño, una zona interior para los sectores del mesón, el neutrón, y el protón.

Los tres monitores restantes mostraban zonas de investigación en los sótanos del complejo de laboratorio, el final de uno de los cuales era el vestíbulo principal donde Talbot se hallaba mirando a los doce monitores. Allí, en la duodécima pantalla, Talbot podía verse a sí mismo observando el monitor.

Victor se alejó de las pantallas.

Talbot no dejaba de pensar en la anciana llamada Nadja. No, no podía ser ella.

—Larry —le preguntó Victor—. ¿Qué has visto hasta ahora?

—Por lo que he podido observar —repuso Talbot—, eso parecía un acelerador de partículas. Y parecía tan grande como el sincrotrón protónico CERN, de Ginebra.

Victor pareció favorablemente impresionado.

—Veo que te has documentado un poco.

—Me convenía hacerlo.

—De acuerdo. Veamos ahora si puedo yo impresionarte a ti. El acelerador CERN alcanza energías de hasta 33 BeV; el anillo que está debajo de esta habitación llega hasta energías de 15 GeV.

—Giga es un prefijo que significa un trillón.

—¡No hay duda, te has informado bien! Entonces, son quince trillones de electrones-voltio. ¿Tienes alguna duda más, Larry?

—Sólo una.

Graser, en inglés, Gamma Ray Amplification by Stimulated Emission of Radiation.

Victor aguardó expectante.

—¿Puedes hacerlo? —inquirió Talbot.

—Sí. La oficina meteorológica dice que el ojo de la tormenta está pasando por encima de nosotros. Dispondremos de más de una hora para la parte más peligrosa del experimento.

—Pero puedes llevarlo a cabo, ¿verdad?

—Sí, Larry. No me gusta tener que decirlo dos veces.

No había la menor vacilación en su voz, ninguno de los «sí, pero» que había escuchado de él anteriormente. Victor había encontrado al fin el camino.

—Lo siento —dijo Talbot—. Pero si ya estamos dispuestos, ¿para qué necesitas adoctrinarme?

Victor sonrió aviesamente y dijo como si recitase una letanía:

—Como brujo que soy, estoy a punto de embarcarme en una aventura, arriesgada y difícil de explicar técnicamente, hacia lo alto de la estratosfera. Entonces debo conferenciar y cambiar impresiones con mis compañeros, los demás brujos.

Talbot alzó las manos y contestó:

—No digas más.

—Está bien. Ahora presta atención. Si no fuera necesario no haría esto. Puedes creer que nada me aburre más que escucharme en una de mis conferencias. Pero tu larva tiene que poseer todos los datos que tú tienes. Así que escucha. Ahora viene la tediosa, pero increíblemente informativa explicación.

El CERN (Conseil Européen pour la Recherche Nucleaire), o Consejo de Europa Occidental para la Investigación Nuclear, resolvió instalar en Ginebra su Gran Máquina. Holanda perdió esa ventaja porque era del dominio público que en los Países Bajos la comida no resultaba muy buena. Es un detalle pequeño, pero significativo.

El bloque oriental, el CEERN (Conseil de l'Europe de l'Est pour la Recherche Nucleaire), o Consejo de Europa del Este para la Investigación Nuclear, se vio obligado a elegir este remoto lugar en lo alto de los Cárpatos Blancos (en lugar de situarlo en zonas más razonables y hospitalarias, como Cluj, en Rumanía; Budapest, en Hungría, y Gdansk^[3] en Polonia), porque Victor, el amigo de Talbot, había escogido precisamente ese sitio.

El CERN contaba con la colaboración de Dalh, Wideroe, Goward, Adams y Reich. El CEERN contaba sólo con Victor. Éste actuó siguiendo su voluntad.

De esa forma, el laboratorio fue construido trabajosamente según sus indicaciones, y el acelerador de partículas llegó a empequeñecer la Máquina del CERN. Empequeñeció también el anillo de seis kilómetros del Laboratorio Nacional de Aceleración de Batavia, Illinois. En realidad, era el sincrofasotróon más grande y avanzado del mundo.

Sólo un setenta por ciento de los experimentos realizados en el laboratorio subterráneo se dedicaban a proyectos patrocinados por el CEERN. Un uno por ciento del personal del complejo científico trabajaba personalmente para Victor, y no para el CEERN, ni para el Bloque Oriental, ni para doctrinas o dogmas, sino para un hombre.

De ese modo, el treinta por ciento de los experimentos que se realizaban en el anillo acelerador de veinticuatro kilómetros de diámetro concernían directamente a Victor. Si el CEERN lo sabía —y resultaba difícil que se enterase—, no protestaba. El setenta por ciento de los frutos de un genio era mucho mejor que nada.

Si Talbot hubiera sabido antes que las investigaciones de Victor se orientaban hacia la puesta al día de los conocimientos sobre la estructura de las partículas fundamentales, no habría perdido el tiempo con los rodeos y vericuetos por los que arrastró durante años su problema, y con los que pensó que iba a lograrlo todo, y no sacó nada más que polvo. Pero hasta que Asociados de Información no le suministraron la pista —una pista que siguió anteriormente en todas direcciones menos la inesperada, que mezclaba la sombra con la substancia, la fantasía con la realidad—, hasta ese momento no tuvo necesidad del exótico talento de Victor.

Mientras el CEERN se calentaba al sol de la certidumbre de que su asalariado genio les mantenía al frente en la competencia por los Superaceleradores, Victor informaba a su viejo amigo sobre la forma en que podría proporcionarle la paz o la muerte; el modo mediante el cual Lawrence Talbot hallaría su alma; la manera en que, con precisión y exactitud, podría penetrar en su propio cuerpo.

—La respuesta a tu problema —decía Victor—, comprende dos partes. Primero, tenemos que crear una perfecta reproducción de tu organismo, un simulacro cien mil veces o un millón de veces más pequeño que tú, el original. En segundo lugar, habrá que darle realidad, convertir la imagen en algo corpóreo, material, con existencia propia. Un Talbot en miniatura con todo lo que tú posees, tus recuerdos y tus conocimientos.

Talbot asintió apaciblemente. El líquido lechoso suavizaba la agitada corriente de su memoria.

—Me alegro de que no fuese un problema grave —dijo sonriendo.

Victor le miró con el ceño fruncido.

—Dentro de poco inventaré la pólvora —manifestó—. Hablemos seriamente, Larry.

—La culpa es de ese cóctel lácteo que me has hecho tomar.

Victor apretó los labios y Talbot comprendió que debía hacer lo posible por dominarse.

—Lo siento, continúa —declaró Larry.

El científico vaciló por un momento tratando de reafirmar la seriedad de su postura con un poco de sentido de culpabilidad en su interlocutor. Luego prosiguió:

—La primera parte del problema se resuelve utilizando los rayos Graser que hemos perfeccionado. Realizaremos un holograma tuyo, empleando una onda que no se generará a partir de los electrones del átomo, sino del núcleo. Una onda un millón de veces más corta, con mayor poder resolutivo que la del láser.

Victor se encaminó hacia la gran placa de vidrio que colgaba verticalmente en el centro del laboratorio, con los rayos Graser dirigidos hacia su centro, y dijo:

—Ven aquí.

Talbot le siguió.

—¿Es ésta la placa holográfica? —inquirió Larry—. Es precisamente una placa de vidrio fotográfico, ¿verdad?

—No es ésta —declaró Victor mientras tocaba la plancha cuadrada de tres metros de lado—. ¡Es ésta!

Y diciendo esto colocó su índice sobre un lugar en el centro del cristal, y Talbot se inclinó para mirar. No vio nada al principio, pero luego, cuando colocó el rostro tan cerca como le fue posible, notó una ligera imperfección, como la superficie de un fino pañuelo de seda. Talbot miró inquisitivamente a Victor.

—Es una placa microholográfica —dijo éste—, de reducido tamaño. Ahí es donde vamos a capturar tu espíritu un millón de veces reducido. Aproximadamente del tamaño de una sola célula, quizá del de un glóbulo rojo.

Talbot emitió una risita.

—Bueno —declaró Victor, cansadamente—, creo que has bebido demasiado, y ha sido por mi culpa. Vamos a empezar. Te encontrarás bien de nuevo cuando estemos dispuestos... Sólo ruego al cielo que tu larva no esté

afectada.

Le colocaron desnudo delante de la placa holográfica. La más vieja de las dos mujeres técnicas apuntó hacia él su Graser. Se escuchó un zumbido suave, que Talbot tomó por el de algún mecanismo que giraba hacia su posición correcta. Entonces Victor dijo:

—Muy bien, Larry, ya está.

Talbot los miró, esperando algo más.

—¿Ya está? —preguntó.

Los técnicos parecieron muy complacidos, e incluso divertidos ante su reacción.

—Todo concluido —aseguró Victor.

Así de rápido había sucedido. Talbot ni siquiera había visto el rayo Graser cuando le golpeaba y fijaba su imagen.

—¿Ya está? —repitió.

Victor comenzó a reírse. La risa se extendió por el laboratorio. Los técnicos se aferraron a su equipo, lanzando carcajadas. Las lágrimas rodaban por las mejillas de Victor; todo el mundo jadeaba tratando de respirar. Talbot, de pie ante al minúscula imperfección del cristal, se sentía como un retrasado mental.

—¿Ya está? —dijo de nuevo, sin poder evitarlo.

Al cabo de un buen rato se les secaron los ojos a los demás, y Victor le separó de la gran placa de cristal.

—Ya está, Larry, y todo preparado para lo demás. ¿Sientes frío?

La carne desnuda de Talbot aparecía cubierta de pequeñas prominencias, como carne de gallina. Uno de los técnicos le trajo una bata para que se la pusiera. Talbot permaneció quieto, mirando. Resultaba evidente que ya no era el centro de la atención general.

En ese momento, el Graser alterno y la placa holográfica del cristal eran el foco del interés. El talante despreocupado de la gente había desaparecido de nuevo, y un gesto de atenta expectativa dominaba los rostros del personal del laboratorio. Victor llevaba puesto un juego de auriculares de

intercomunicación, y Talbot le oyó decir:

—Está bien, Karl. Aplica la potencia máxima.

Casi al instante el laboratorio se llenó con el sonido de unos generadores en funcionamiento. El ruido se hizo doloroso, y Talbot sintió que los dientes comenzaban a dolerle. El estrépito continuó aumentando hasta transformarse en un aullido que prosiguió hasta más allá de donde alcanzaba su sentido de la audición.

Victor hizo una seña con la mano a la más joven de las dos mujeres técnicos, situada en el Graser que estaba más allá de la placa de cristal. La mujer se inclinó rápidamente sobre el mecanismo de la mira. Talbot no vio ningún rayo de luz, pero percibió el mismo zumbido que anteriormente. Entonces, mientras perduraba el zumbido, un holograma de sí mismo, de tamaño natural y desnudo como lo había estado él un momento antes, tembló en el aire, en el lugar que Talbot había ocupado.

Miró a Victor con gesto interrogante. Este último le hizo una seña afirmativa y Talbot se acercó al fantasma, pasó una mano a través de él y le miró los claros ojos castaños, advirtiendo también los amplios poros de la nariz. Se estudió a sí mismo, de este modo, más detalladamente de lo que pudo haberlo hecho nunca ante un espejo. Se sintió como si alguien hubiera caminado sobre su tumba.

Victor estaba hablando con tres técnicos varones, y un momento después éstos se aproximaron para observar el holograma. Se adelantaron con unas reglas ligeras y unos sensibles instrumentos que parecían capaces de tomar las complicadas dimensiones de la fantasmagórica imagen. Talbot le observó entre fascinado y aterrado. Le pareció como si fuera a iniciar la aventura más trascendental de su vida; un viaje con un destino más que deseado: la aniquilación.

Uno de los técnicos hizo una seña a Victor.

—Es puro —dijo éste.

Luego, dirigiéndose a la más joven de las dos mujeres técnicos, la que estaba en el segundo proyector Graser, añadió:

—Bueno, Jana, quítalo de ahí.

Ella puso en marcha un motor, y el conjunto del artefacto proyector se

desplazó sobre unas fuertes ruedas de goma y se alejó. La imagen de Talbot, desnuda y vulnerable, le pareció a éste un poco triste, mientras la veía fundirse y desvanecerse como la neblina matinal. Cuando la mujer técnico cerró el proyector, la imagen desapareció por completo.

—Atención, Karl —dijo Victor—. Vamos a traer el pedestal. Reduce la abertura y espera mi señal.

Entonces se volvió hacia Talbot y le informó:

—Aquí viene tu larva, viejo amigo.

Talbot notó una sensación como de resurrección.

La mujer técnico de más edad hizo rodar un soporte de acero inoxidable de algo más de un metro de altura hasta colocarlo en el centro del laboratorio. Situó el pedestal de modo que el huso minúsculo y muy pulimentado que se hallaba en la porción superior del soporte llegara a tocar la parte inferior de la pequeña desigualdad de la placa de vidrio.

Aquello tenía el aspecto, y lo era, de un verdadero ensayo para la prueba efectiva. El holograma de tamaño natural no había sido más que un experimento rudimentario a fin de comprobar la perfección de la imagen. Ahora veía la creación de una entidad viviente, de un Lawrence Talbot desnudo y del tamaño de una célula minúscula, que poseía conciencia, memoria, inteligencia y deseos idénticos a los del propio Talbot.

—¿Preparado, Karl? —inquirió Victor.

Talbot no escuchó la respuesta, pero Victor asintió con la cabeza, como si hubiera escuchado algo, y a continuación exclamó:

—¡Atención, proyecten el haz!

Ocurrió tan rápido, que Talbot se perdió la mayor parte del proceso.

El haz micropiónico estaba compuesto por partículas un millón de veces más pequeñas que el protón, es decir, más pequeñas que el quark, que el muon, y que el pion. Victor les había dado el nombre de micropiones.

La grieta se abrió en la placa. El rayo se desvió al pasar por la hendidura holográfica y se extinguió cuando el hueco se cerró otra vez.

Todo había transcurrido en una mil millonésima de segundo.

—Terminado —dijo Victor.

—No veo nada ahí —dijo Talbot, y luego se dio cuenta de lo necio que

debió de parecer a aquella gente. Claro que no podía ver nada. No había nada que ver... a simple vista.

—¿Está ya *eso*... ahí? —inquirió.

—*Tú* estás ahí —contestó Victor.

Luego hizo una seña a uno de los técnicos varones que se hallaba junto a una pared cubierta de estantes donde se guardaban diversos aparatos, y el hombre se inclinó rápidamente sobre el delgado y brillante tubo de un microscopio. Llevó el aparato hasta colocarlo apuntando con el objetivo hacia la minúscula aguja que había en la parte superior del pedestal, y lo ajustó de un modo que Talbot no pudo apreciar con claridad. Retrocedió luego, mientras Victor decía:

—La segunda parte de tu problema está resuelta, Larry. Ve y míralo tú mismo.

Lawrence Talbot se adelantó hacia el microscopio e hizo girar el botón hasta que divisó la superficie brillante del huso. Entonces se vio a sí mismo en una dimensión infinitamente reducida, pero perfecta.

Al mirar hacia arriba, Talbot pudo reconocerse. Sin embargo, todo lo que pudo ver era un ciclópeo ojo de color castaño que miraba hacia abajo desde el pulido satélite de cristal que se cernía en su firmamento.

Hizo una seña, y el ojo parpadeó.

«Ahora comienza todo», pensó.

Lawrence Talbot se hallaba junto al borde del enorme cráter que constituía el ombligo de Lawrence Talbot. Miró hacia abajo, a la profunda depresión con sus atrofiados restos de cordón umbilical, que formaban salientes y protuberancias, ondulando y desvaneciéndose en la oscuridad más completa.

Se irguió dispuesto a descender, y aspiró los olores de su propio cuerpo. En primer lugar, el sudor. Luego, los efluvios que llegaban del interior del organismo. El olor a penicilina, que era como morder una hojalata con

dientes en mal estado. El olor a aspirina, que le recordaba el yeso y le hacía estremecer los pelos de la nariz. Los olores a comida descompuesta, digerida y transformada en desechos. Todos aquellos olores se elevaban hacia él como una sinfonía salvaje de tonos oscuros.

Se sentó en el redondeado borde del ombligo, y luego se dejó deslizar hacia adelante.

Resbaló hacia abajo, salvó una protuberancia, descendió unos pocos pasos, y luego volvió a resbalar, como en un tobogán que le hundía en la oscuridad. Cayó sólo un corto tiempo, hasta que notó el tejido suave y sinuoso donde el ombligo había sido ligado. La oscuridad en el fondo del gran hueco se desvaneció de pronto cuando una luz cegadora inundó el ombligo. Haciendo pantalla con la mano, Talbot miró hacia la parte superior de la oquedad. Allí brillaba un sol más luminoso que un millar de novas. Victor había colocado una bombilla de cirugía sobre el hueco, para ayudarle en lo posible.

Talbot vio la silueta de algo enorme que se movía más allá de la luz. Trató de descubrir lo que era. Le carecía importante conocer aquello. Por un instante, antes de que sus ojos se cerraran frente al resplandor, creyó saber lo que había sido. Alguien que le estaba observando más allá de la bombilla quirúrgica que pendía por encima del cuerpo desnudo y anestesiado de Lawrence Talbot, dormido sobre una mesa de operaciones.

Había sido la anciana, Nadja.

Permaneció inmóvil largo rato, pensando en ella.

Luego Talbot se arrodilló y palpó el tejido que formaba el fondo de la oquedad umbilical.

Creó poder divisar algo que se movía más abajo de la superficie, como agua que discurriese por debajo de una capa de hielo. Se colocó boca abajo, sobre el vientre, y puso las manos en forma de copa, alrededor de los ojos, aplicando el rostro contra la dormida carne. Era como mirar a través de una placa de material transparente. Una membrana temblorosa a través de la cual alcanzaba a divisar el cuerpo aplastado de la vena umbilical.

No había abertura alguna. Oprimió con las palmas de las manos la elástica superficie, que cedió aunque sólo ligeramente. Antes de poder hallar

el objetivo, tenía que seguir la ruta señalada en el mapa de Demeter, ahora firmemente grabado en su memoria. Pero para poder iniciar aquel viaje, debía penetrar primero en su propio cuerpo.

Sin embargo, no poseía nada para efectuar aquella entrada.

Vacilante, de pie ante el umbral de su propio cuerpo, Lawrence Talbot sintió que la ira le dominaba. Su vida había sido hasta entonces angustia, horror y sentimiento de culpabilidad. Había sido el lamentable resultado de unos acontecimientos sobre los que no poseía ningún control.

Pentagramas, lunas llenas, y sangre; jamás ganó unos gramos de peso porque su dieta fuera alta en proteínas y esteroides sanguíneos, más sana que la de cualquier varón adulto normal. Y la muerte siempre a su lado. La irritación le dominó de nuevo.

Escuchó un leve quejido de dolor, inarticulado, y cayó hacia adelante. Entonces comenzó a mordisquear el atrofiado cordón con unos dientes que habían sido empleados en similares actividades muchas veces antes. A través de la nube de sangre se dio cuenta de que estaba atentando contra su propio cuerpo, y le pareció justamente el acto masoquista más adecuado.

Un extraño. Había sido un extraño durante toda su vida adulta, y la furia no le permitía seguir por más tiempo excluido de lo que pretendía. Con demoníaca resolución, Talbot desgarró los trozos de carne, hasta que en la piel quedó abierto un orificio, al fin, a través del cual podría entrar en su propio organismo...

Entonces quedó cegado por la explosión de luz, por la corriente de aire, por la salida de algo que había estado revolviéndose bajo la superficie para lograr la libertad. Un instante antes de caer en la inconsciencia, se dio cuenta de que don Juan de Castaneda le había dicho la verdad: un espeso bulto compuesto de filamentos blancos, como telas de araña, teñidos de oro como hilos de luz, surgieron de la vena aplastada, se alzaron por el hueco del ombligo y temblaron en dirección al antiséptico firmamento.

Un metafísico tallo de planta de alubia, por otra parte invisible, se elevó por encima de él subiendo cada vez más mientras sus ojos se cerraban y Talbot se hundía en la nada.

Se encontraba tendido boca abajo, reptando por el aplastado lumen; el centro, el sendero que las venas habían enviado desde el saco amniótico hasta el feto. Empujándose hacia adelante lo mismo que un explorador de infantería pudiera hacerlo por un terreno peligroso, empleando los codos y las rodillas, arrastrándose como un sapo, Talbot amplió el aplastado túnel con la cabeza lo suficiente como para entrar en su interior. Había bastante luz; el interior de aquel mundo llamado Lawrence Talbot estaba presidido por una luminiscencia dorada.

El mapa le condujo fuera del oprimido túnel, y a través de la vena cava inferior llegó hasta la aurícula derecha del corazón, luego al ventrículo derecho, pasando después a la arteria pulmonar, a través de las válvulas. Llegó a los pulmones, luego a las venas pulmonares, cruzó entonces hacia la parte izquierda del corazón (la aurícula y el ventrículo izquierdos), y recorrió la vena aorta, dejando atrás las tres arterias coronarias, por encima de las válvulas aórticas. Descendió entonces por el cayado de la aorta haciendo caso omiso de la carótida y otras arterias, hasta llegar al tronco celíaco, donde las arterias se dividían en una confusa red: la gastroduodenal, que irrigaba el estómago; la hepática, para el hígado, y la esplénica, para el bazo.

Allí, en la parte dorsal del diafragma, descendería por el gran conducto pancreático hasta llegar al mismo páncreas. En esa zona, entre los islotes de Langerhans y en las coordenadas que le habían suministrado Asociados de Información, hallaría lo que le habían robado una noche aterradora de luna llena, hacía ya mucho tiempo. Una vez que lo hubiese encontrado, habiéndose asegurado así un eterno y pacífico sueño, en lugar de la mera muerte física producida por una bala de plata, detendría su corazón —no sabía cómo, pero lo haría—, y todo habría terminado para Lawrence Talbot, que volvería a ser lo que deseaba.

Allí, en la cola del páncreas irrigada por la sangre de la arteria esplénica, yacía el mayor de todos los tesoros. Más que los áureos doblones, que las especias y las sedas, más que las lámparas de los genios aprisionados por Salomón, allí estaba la dulce y definitiva paz, la liberación de las cadenas del reinado del monstruo.

Recorrió los escasos metros de vena que le faltaban, y su cabeza emergió en un espacio abierto. Estaba colgando cabeza abajo en una cueva de roca color anaranjado oscuro.

Talbot agitó el cuerpo hasta liberar los brazos, y se sujetó a lo que claramente parecía el techo de la caverna. Luego impulsó su cuerpo al exterior del túnel. Cayó pesadamente, tratando de volverse en el último momento para recibir el impacto en los hombros, pero recibió el desagradable golpe en un costado del cuello.

Quedó tendido un momento, tratando de aclarar su mente. Luego se puso en pie y comenzó a avanzar. La cueva se abría hacia una cornisa, y Talbot caminó observando el panorama que se divisaba desde allí. El esqueleto de algo vagamente humano yacía tortuosamente caído contra la pared del talud. Sintió temor de observarlo desde demasiado cerca.

Miró entonces hacia el otro lado de aquel mundo de muerta piedra anaranjada, plegada y sinuosa como una vista del lóbulo frontal de un cerebro extraído de su caja craneal.

El cielo aparecía de un leve color amarillo, vivo y agradable.

El gran cañón que era su organismo venía a ser como un conducto de roca atrofiada, sin horizontes, muerto desde hacía milenios. Echó un vistazo al exterior, y al encontrar un descenso a partir de la cornisa, comenzó a bajar.

Había agua, y ésta le mantuvo con vida. Según parecía, allí llovía más frecuentemente que lo que daba a entender el aspecto desértico de la zona. No tenía modo de saber los días o los meses que iban transcurriendo, pues no existía la noche ni el día. Siempre imperaba la misma luminiscencia uniforme, dorada, maravillosa. Sin embargo, Talbot calculó que el cruce de la cordillera central de montañas anaranjadas le había llevado casi seis meses.

Durante dicho tiempo llovió cuarenta y ocho veces, o sea, un par de ocasiones por semana. Los manantiales de agua surgían con cada chaparrón, y Talbot comprobó que cuando las plantas descalzas de sus pies estaban mojadas, podía andar sin que decayese su energía. Si había comido, no se dio cuenta de las veces que lo hizo, ni de la clase de alimento que había tomado.

No vio en parte alguna señales de vida.

Sin embargo, divisó algunas veces un esqueleto recostado contra la sombría pared de roca anaranjada. A menudo los esqueletos aparecían sin cráneo.

Halló un paso a través de las montañas, por fin, y lo atravesó. Fue ascendiendo por las laderas y luego encontró taludes más empinados que le llevaron hasta gargantas estrechas que se retorcían cada vez más alto en dirección al cálido cielo. Cuando alcanzó la cima, encontró un sendero en la vertiente opuesta, y vio que era recto, amplio y fácil de recorrer. Descendió rápidamente, en sólo unos pocos días, según la impresión que tuvo.

Al llegar al valle escuchó el canto de un pájaro. Siguió el sonido, que le condujo hasta un cráter de roca ígnea, bastante amplio, y que se extendía muy abajo entre las praderas del valle. Al llegar al borde, casi de improviso, ascendió el corto talud y permaneció de pie en el resalte volcánico, mirando hacia abajo.

El cráter tenía un lago en su centro. El olor que se alzaba de allí era penetrante, desagradable, y producía una sensación de tristeza. El canto del ave continuaba, aunque Talbot no podía ver pájaro alguno en el cielo dorado. El hedor del lago le estaba poniendo enfermo.

Entonces tomó asiento en el borde del cráter, siempre mirando hacia la parte inferior, y advirtió que el agua del lago estaba llena de cosas muertas que flotaban boca arriba. Eran purpúreas y azuladas, como criaturas estranguladas, o de un blanco putrefacto, y todas giraban lentamente en el agua grisácea, agitada por tenues olas. Aquellos cuerpos carecían de miembros y de facciones. Talbot descendió hasta la última prolongación de roca volcánica y observó las cosas muertas.

Algo nadó hacia él. Talbot retrocedió. La cosa se adelantó con mayor rapidez, y cuando se aproximaba a la pared del cráter emergió en la superficie, entonando su canto deavecilla. Giró para arrancar de un mordisco un trozo de carne corrompida de una de las cosas que flotaban, y se detuvo un momento como para recordarle que aquél no era el dominio de Talbot, sino el suyo propio.

Lo mismo que Talbot, el pez no moriría nunca.

Permaneció sentado en el borde del cráter durante largo tiempo, mirando hacia la cuenca del lago, observando cómo los cadáveres de los sueños muertos giraban y se balanceaban lo mismo que cerdos agusanados y exánimes en una sopa grisácea.

Al cabo de un tiempo se puso en pie, volvió hasta la boca del cráter y reanudó su viaje. Estaba llorando.

Cuando al fin llegó a la costa del mar pancreático, Talbot halló numerosos objetos que había perdido o desechado cuando era niño. Encontró una ametralladora de madera en su trípode, pintada de color verde aceituna y que hacía rat-tat-tat, cuando se movía una manivela de madera. Halló un juego de soldados de juguete compuesto por dos compañías, una de prusianos y otra de franceses, con su minúsculo Napoleón Bonaparte entre ellos.

Descubrió un juego de microscopio con preparados, y cápsulas de Petri, y tubos de ensayo, y estantes con productos químicos en pequeños envases etiquetados uniformemente. Vio una botella de leche llena de monedas acuñadas con la cabeza de un indio. Y también divisó un títere con cabeza de burro y el nombre *Roscoe* pintado en la tela con esmalte de uñas. Y una hermosa pintura que representaba un ave de la selva cuya cabeza ostentaba plumas verdaderas. Y una pipa de mazorca.

Dio con una caja de premios de radio; con un juego de detectives con polvos para las huellas dactilares, tinta invisible, y una lista de códigos para llamadas por radio de la policía; una bomba de plástico con un anillo que al ser quitado, y colocando las manos alrededor del orificio, podían verse en su interior numerosas chispas; un jarro de porcelana con las figuras de una niña y un perro corriendo en su parte externa; y por fin una placa para descifrado de claves con un cuadrante de plástico rojo.

Pero faltaba algo.

No alcanzaba recordar lo que era, pero se dio cuenta de que resultaba importante. Del mismo modo que había comprendido lo importante que fue reconocer la sombra que se movió más allá de la bombilla quirúrgica, en lo alto de la oquedad umbilical, se dio cuenta de que aquello que faltaba en su

escondite infantil también era fundamental.

Talbot subió al bote anclado a la orilla del mar pancreático y colocó todos los objetos de su escondite en el fondo de la caja estanca que había debajo de uno de los asientos. Conservó con él el gran aparato de radio, que recordaba por su forma a una catedral, y lo colocó sobre el asiento, junto a las chumaceras de los remos.

Luego empujó el bote y corrió por el agua carmesí, manchándose los tobillos, las pantorrillas y los muslos, hasta que saltó a bordo. Entonces comenzó a remar en dirección a los islotes. Fuera lo que fuese, aquello que faltaba era muy importante.

Se calmó el viento cuando los islotes aparecieron a la vista, en el horizonte. Miró a través del mar rojo de sangre, y al llegar a la latitud 38° 54' N y longitud 77° 00' 13" O Talbot permaneció sentado en actitud tranquila.

Bebió agua del mar y sintió náuseas. Jugó con los juguetes que había en la caja estanca, y luego se puso a escuchar la radio.

Oyó un programa acerca de un hombre muy gordo que resolvía crímenes; una adaptación de *La mujer del cuadro*, con Edward G. Robinson y Joan Bennett; una historia que comenzaba en una gran estación de ferrocarril; un misterio acerca de un hombre rico que era capaz de volverse invisible nublando la mente de los demás para que no pudieran verle. Disfrutó con un drama de intriga narrado por un hombre llamado Ernest Chapell, donde un grupo de personas descendía en un batiscafo por el pozo de una mina, y siete kilómetros más abajo eran atacados por unos pterodáctilos.

A continuación oyó las noticias que radiaba Graham MacNamee. Eran asuntos de interés humano que había al cerrar el programa, y Talbot escuchó la inolvidable voz de MacNamee, que decía:

«Fechado en Columbus, Ohio, el 24 de septiembre de 1973. Martha Nelson ha estado internada en una institución para retrasados mentales durante 98 años. Tiene ahora 102, y había sido enviada primeramente al Instituto Orient del Estado, cerca de Orient, Ohio, el 25 de junio de 1875. Sus documentos quedaron destruidos en un incendio que sufrió el establecimiento

en 1883, por lo que nadie sabe con certeza por qué se halla internada allí. En el tiempo en que la recluyeron, el sanatorio se denominaba Instituto Columbus, del Estado, para los Débiles Mentales. Nunca tuvo una oportunidad, aseguró el doctor A. Z. Soforenko nombrado hace dos meses superintendente del establecimiento.

»Afirmó que la mujer probablemente había sido una víctima de la “alarma eugénica”, que era común a finales del siglo pasado. En esa época algunos creían que por haber sido hechas las personas “a imagen de Dios”, los retrasados mentales venían a ser unos malditos, unos hijos del demonio, puesto que no eran por completo seres humanos. En esa época, añadía el doctor Soforenko, se creía que si se internaba a los débiles mentales en alguna institución adecuada, alejándoles de la sociedad, la mancha desaparecería de ésta. La mujer, proseguía el doctor, se vio sin duda atrapada en las redes de semejante forma de pensar. Nadie podría asegurar que realmente fuera débil mental, y la suya ha sido una vida desperdiciada. Se muestra coherente para su edad. No se le han conocido parientes ni tuvo contacto con nadie que no fuera el personal de la Institución, durante los últimos 78 u 80 años.»

Talbot permaneció sentado en silencio en la pequeña embarcación, cuya vela colgaba lacia de su único palo central, como un adorno inútil.

—He llorado más desde que estoy dentro de ti, Talbot, que en toda mi vida —dijo, sin poder contenerse.

Pensó en Martha Nelson, una mujer de la que nunca había oído hablar antes, y de la que jamás hubiera oído hablar de no haber sido por una casualidad, por una pura casualidad.

Entonces se alzaron los helados vientos, la vela se hinchó y Talbot ya no permaneció a la deriva, sino que fue impulsado directamente hacia la orilla del islote más cercano. Por pura casualidad.

Permaneció de pie sobre el punto donde el mapa de Demeter indicaba que debía encontrarse su alma. Durante un breve momento se rió al pensar que había esperado hallar una enorme cruz de Malta, o la «X» del capitán Kidd,

señalando el lugar. Pero allí sólo había una suave arena verde, fina como el talco, que las ráfagas del viento impulsaban a veces en dirección al mar pancreático, de color rojo sangre. El punto se encontraba a mitad de la distancia que había entre el punto bajo de la marea y el enorme edificio, similar a un manicomio, que dominaba el islote.

Talbot miró una vez más, inquieto, hacia la fortaleza que se alzaba en el centro de la pequeña franja de tierra. Estaba hecha de piedra, y daba la impresión de haber sido tallada de un solo y enorme bloque de roca... Quizá de un colosal peñasco que fue arrojado allí por algún cataclismo de la Naturaleza. No poseía ventanas, ni podía verse abertura alguna en sus muros, a pesar de que Talbot podía divisar dos costados de la construcción.

Eso le preocupó. Era como un dios oscuro que presidía un reino desierto. Pensó en el pez que no quería morir y recordó el pensamiento de Nietzsche, quien afirmaba que los dioses morían cuando perdían a sus devotos.

Talbot se dejó caer de rodillas, y al recordar el momento en que, unos meses antes, se había dejado caer también de rodillas para atacar la carne de su atrofiado cordón umbilical, comenzó a cavar en la verde y fina arena.

Cuanto más excavaba, más rápido volvía a caer la arena de los bordes en el poco profundo hueco. Como en una pesadilla, la arena caía y caía de un modo incesante. Se situó en medio de la oquedad y comenzó a arrojar con las manos la arena que había entre sus piernas, como un perro que excavase en busca de un hueso.

Cuando tocó la caja con las puntas de los dedos, Talbot lanzó un grito de dolor, pues se le rompieron las uñas contra la madera.

Excavó alrededor del contorno de la caja, y a continuación introdujo los dedos ensangrentados por debajo, para poder aferrar la forma enterrada. Tiró hacia arriba y logró soltarla. Haciendo fuerza al máximo con los tensos músculos, consiguió al fin sacarla.

La llevó hasta el borde del mar y se sentó al lado.

Era sólo una caja. Una sencilla caja de madera, muy semejante a una vieja caja de cigarros, aunque de tamaño mucho mayor. Le dio vueltas entre sus manos y no se sorprendió en absoluto al no hallar extraños jeroglíficos ni misteriosos símbolos. No era aquella clase de tesoro. Luego la volvió de

plano y abrió la tapa. Su alma estaba dentro. No era lo que esperaba hallar. De ningún modo. Pero era lo que faltaba de su escondite infantil.

Aferrando su alma firmemente con el puño, Talbot dejó atrás el orificio, que se llenaba rápidamente de arena, y se encaminó hacia el bastión que se alzaba en tierras más altas.

*No abandonaremos la exploración,
y el fin de nuestra búsqueda
será llegar al sitio de donde salimos,
para conocerlo por vez primera.*

T. S. Eliot

Una vez dentro de la amenazante oscuridad de la fortaleza, habiendo encontrado la entrada con inquietante facilidad, mucha más de la que había esperado, Talbot no tuvo más remedio que descender. Las piedras negras y húmedas de la escalera conducían inexorablemente hacia abajo, hasta las entrañas de la edificación, situadas evidentemente muy por debajo del nivel del mar pancreático.

Los peldaños eran altos, y cada escalón aparecía desgastado por el roce de los pies que habían descendido por aquel camino desde tiempos inmemoriales. Reinaba la oscuridad, aunque ésta no era tan intensa como para que Talbot no pudiera divisar el camino. No había luz alguna, sin embargo, y a él no le preocupó cómo era posible aquello.

Cuando llegó a la parte más profunda del edificio, sin haber dejado atrás estancias, cámaras, ni aberturas de ninguna clase, Talbot vio una puerta al otro lado de una enorme sala. Descendió los últimos peldaños y avanzó hacia la puerta. Estaba hecha con barras de hierro cruzadas, y era tan negra y húmeda como los peldaños que acababa de dejar atrás. A través de ella vio algo pálido y quieto, en una esquina de lo que bien podía ser una celda.

No había cerrojos en la puerta.

Esta se abrió en cuanto la hubo tocado.

Quienquiera que habitase en aquella celda, era evidente que nunca había

tratado de abrir la puerta. O bien lo hizo, pero resolvió no huir de allí.

Avanzó hacia lo más hondo de la oscuridad.

Transcurrió un largo tiempo en silencio, y al fin Talbot se inclinó para ayudarla a ponerse en pie. Era como alzar un saco de flores muertas, quebradizas, rodeadas de un aire viciado incapaz de retener siquiera el recuerdo de una tenue fragancia.

La alzó en sus brazos y la llevó con él.

—Cierra los ojos cuando veas la luz, Martha —dijo a la mujer, y comenzó a subir de nuevo las escaleras, en dirección al cielo dorado.

Lawrence Talbot se hallaba sentado en la mesa de operaciones. Abrió los ojos y miró a Victor. Luego sonrió con un gesto notable por su suavidad. Por vez primera, desde que eran amigos, Victor vio que el tormento se había borrado del rostro de Talbot.

—Salió bien —dijo Victor, y Talbot asintió con la cabeza.

Luego se sonrieron mutuamente.

—¿De qué instalaciones criogénicas dispones? —preguntó Talbot.

El ceño de Victor se arrugó en un gesto de extrañeza.

—¿Quieres acaso que te congele? —preguntó—. Creí que desearías algo más permanente... como la plata, por ejemplo.

—No es necesario.

Talbot echó un vistazo a su alrededor. Vio de nuevo a la mujer, ahora de pie contra la pared más alejada, junto a uno de los Grasers. Ella le miró con abierta expresión de temor. Talbot descendió de la mesa envolviéndose en la sábana sobre la cual había descansado. Se la ajustó como una toga, y ello le dio un aire patricio.

Se acercó a ella y la miró, deteniéndose ante el anciano rostro.

—Nadja —dijo suavemente.

Al cabo de un momento prolongado ella le observó. Sonrió Talbot y por un instante ella volvió a ser una chiquilla. La mujer desvió la mirada; Talbot le cogió una mano, y se llevó con él a la mujer hasta la mesa donde se hallaba Victor.

—Te quedaría muy agradecido si me explicaras todo esto, Larry —dijo Victor.

Así lo hizo Talbot.

—Mi madre, Nadja, Martha Nelson, son una misma persona —aseguró, cuando hubo llegado al final de la explicación—. Todas son vidas desperdiciadas.

—¿Y qué había en la caja? —preguntó el físico.

—¿Qué tal se te dan los simbolismos y la ironía cósmica, viejo amigo? —preguntó Talbot.

—Hasta ahora me las arreglo bastante bien con Jung y Freud —aseguró Victor, sonriendo.

Talbot retuvo con fuerza la mano de la anciana mujer técnico y dijo:

—Era como un botón viejo, herrumbroso y familiar.

Victor se volvió en redondo, vio a Talbot sonriendo y manifestó:

—Eso no es una ironía cósmica, Larry, sino una bufonada.

El físico parecía estar irritado. Ello se advertía claramente.

Talbot no dijo nada, sino que se limitó simplemente a dejar que el otro se desahogase.

Por fin, Victor añadió:

—¿Qué demonios debo pensar que significa eso? ¿Inocencia?

Talbot se encogió de hombros.

—Debo suponerlo, aunque no lo sé muy bien. De saberlo no lo habría perdido. Eso era, y eso es. Un pequeño disco de metal de unos tres centímetros de diámetro, con un rostro bizco de cabellos anaranjados, sonrisa amplia, nariz respingada y pecas; todo ello del modo en que era.

Permaneció en silencio, y al cabo de un momento agregó:

—Parece lógico.

—Y ahora que lo tienes de nuevo, no deseas morir, ¿verdad?

—No necesito morir.

—¿Y quieres que te congele?

—A los dos.

Victor le miró con gesto de incredulidad.

—¡Por Dios, Larry! —exclamó.

Nadja permanecía inmóvil y silenciosa, como si no oyera nada.

—Escucha, Victor —continuó Talbot—. Martha Nelson está allí dentro. Es una vida desperdiciada. Nadja está aquí fuera. No sé cómo ni dónde; pero... también es una vida desperdiciada. Deseo que crees su larva, del mismo modo que hiciste la mía, y que la envíes dentro. Él la está esperando, y le hará bien, Victor, mucho bien, por fin. Él podrá estar con ella mientras la mujer recupera los años que le fueron robados.

»Él podrá ser —yo podrá ser— su padre cuando ella sea una criatura, su compañero de juegos cuando sea una niña, su amiguito cuando vaya creciendo, su amigo cuando sea una chica, su pretendiente, cuando sea una joven mujer, su amante, su marido, y su compañero cuando llegue a la ancianidad. Déjale que sea todas las mujeres que ella nunca ha podido ser, Victor. Que no se lo roben por segunda vez. Y cuando haya terminado, que comience de nuevo...

—¿Cómo, por todos los cielos? ¿Cómo demonios, cómo es esto? ¿Qué enredo metafísico es todo esto?

—No sé cómo, sino que es así. Yo he estado allí, Victor, estuve allí durante meses, quizá durante años, y a pesar de ello no experimenté ningún cambio, no me transformé en lobo. Allí no hay luna, ni hay noche ni día, sino tan sólo una luz dorada y cálida. Y puedo intentarlo de nuevo. Puedo intentar que dos vidas vuelvan atrás. ¡Por favor, Victor!

El físico le miró sin hablar. Luego observó a la anciana. Ella le sonrió, y a continuación, con sus dedos artríticos se quitó los vestidos.

Cuando ella llegó entre la luz dorada, Talbot la estaba aguardando. La mujer parecía muy cansada, y Talbot comprendió que tendría que descansar antes de que intentasen cruzar las montañas de color anaranjado.

La ayudó a bajar del techo de la caverna y la colocó sobre el musgo suave y amarillento que había traído desde los islotes de Langerhans, durante el prolongado viaje con Martha Nelson. Una al lado de la otra, las dos ancianas yacían sobre el musgo, y Nadja se quedó dormida casi inmediatamente. Talbot permaneció de pie ante ellas, observando sus rostros.

Eran idénticas.

Luego él salió hasta la cornisa rocosa y se puso a observar la cordillera de montañas anaranjadas. El esqueleto ya no le producía temor. Sintió un repentino escalofrío, al recibir una ráfaga helada, y se dio cuenta de que Victor había comenzado el proceso de conservación criogénica.

Continuó de aquel modo, inmóvil durante largo tiempo, con el botón de metal en el que se veía pintado, en cuatro vivos colores, el rostro de un ser inocente y mítico. Lo tenía aferrado fuertemente en su puño izquierdo.

Al cabo de un momento alcanzó a escuchar el llanto de una criatura, tan sólo una criatura, desde el interior de la caverna. Se volvió para iniciar de nuevo el más fácil de los viajes que había hecho.

En alguna parte, un terrible pez demonio aplastó sus escamas, se volvió lentamente con el vientre hacia arriba y se hundió en la oscuridad.

NADA COMO EL ASESINATO

Isaac Asimov

Los Viudos Negros, de los que pronto ofreceremos nuevas aventuras, son un pintoresco grupo de amigos que se reúnen mensualmente para comer, beber... y, eventualmente, resolver algún misterio. El cocinero de estos banquetes mensuales no es otro que nuestro viejo amigo Asimov, con lo que la calidad del menú está garantizada.

Emmanuel Rubin tenía un aspecto decididamente marchito cuando llegó al banquete mensual de los Viudos Negros. Si por lo común daba la sensación de ser un palmo más alto que la estatura de un metro sesenta que la gente calculadora solía atribuirle, ahora en cambio daba la impresión de haber encogido hasta sus límites naturales. Sus gruesas gafas parecían aumentar menos que antes, e incluso la barba, erguida en sus mejores momentos, pendía ahora lacia.

—Se te ve la edad que tienes —dijo el resplandeciente Mario Gonzalo—. ¿Qué te ocurre?

—Y tú pareces un D'Artagnan dominguero —replicó Rubin, con evidente malhumor.

—Es que todos los latinos somos apuestos. Pero, de verdad, ¿qué te ocurre?

—He dormido seis horas de menos —aseguró Rubin, disgustado—. Tuve que terminar un trabajo urgente. En realidad, el plazo venció hace dos días.

—¿Terminaste el trabajo?

—Falta poco. Lo tendré concluido mañana.

—¿Quién lo hizo esta vez, Manny? —inquirió Gonzalo.

—Mejor será que compres el libro y lo averigües por ti mismo.

Se hundió en un sillón, y al tiempo que hacía una seña con el pulgar y el índice, exclamó:

—¡Henry!

El sempiterno camarero de los banquetes de los Viudos Negros le atendió en seguida; Rubin no dijo nada hasta que un cuarto del contenido del vaso hubo pasado a su esófago. A continuación manifestó:

—¿Dónde están los demás?

Era como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de que Gonzalo y él eran los únicos que se hallaban presentes en ese momento.

—Llegamos temprano —aseguró Gonzalo, al tiempo que se encogía de hombros.

—Juro que nunca creí que podría conseguirlo. Vosotros, los pintores, no tenéis plazos de entrega urgentes, ¿verdad?

—Desearía que la demanda fuese lo bastante grande como para que existieran esos apremios —replicó Gonzalo, sombríamente—. A veces nos meten un poco de prisa, pero en general solemos ser más independientes que vosotros, la gente de letras. Se suele reconocer que la creación artística del pintor requiere tiempo. Un lienzo no es algo que pueda emborronarse a toda prisa, como un papel con una máquina de escribir.

—Oye, ya te contestaré en otra ocasión —manifestó Rubin—. Recuérdame que te describa lo que me parecieron tus garabatos a lápiz.

Gonzalo se echó a reír.

—Manny, ¿por qué no escribes un *best-seller* y arreglas el asunto? Si vas a estar siempre escribiendo novelas de misterio para una audiencia limitada, nunca podrás llegar a ser rico.

Rubin alzó la barbilla.

—¿Crees que no puedo escribir un *best-seller*? Podría hacerlo en cuanto quisiera. He analizado la técnica. Para escribir un *best-seller* es necesario acertar en uno de los dos grandes mercados. O bien en el de las amas de casa, o en el de los chicos de la universidad. El sexo y el escándalo atraen a la mujer de hogar. Lo seudointelectual atrae a los estudiantes. Podría hacer cualquiera de esas dos clases de obras, pero no me interesa el sexo ni el escándalo, y no deseo rebajar mi intelecto hasta el punto de hacer algo falso.

—Inténtalo, Mannie, inténtalo. Tú aprecias demasiado la capacidad de tu intelecto. Por otra parte —añadió rápidamente Gonzalo, para evitar una réplica apresurada—, no me digas que tan sólo lo seudointelectual es lo que atrae a los universitarios.

—¡Claro que sí! —afirmó Rubin, con aire indignado—. ¿Sabes acaso lo que gusta entre las masas de la universidad? Pues *Chariot of the Gods*, que es

un perfecto absurdo. Lo llamaría ciencia ficción si no fuera tan malo. O bien *The Greening of America*, que fue otra chifladura. Un mes lo leían todos, por ser lo que estaba de moda, y al mes siguiente no lo leía nadie.

—¿Qué me dices acerca de los libros de Vonnegut? ¿Qué te parece *Future Shock*, Manny? Creo que te oí decir que te gustaba *Future Shock*.

—Así, así —manifestó Rubin, quien cerró los ojos y tomó otro sorbo.

—Ni siquiera Henry se lo toma en serio —declaró Gonzalo—. Observa su sonrisa.

Henry estaba poniendo la mesa.

—Es tan sólo una sonrisa de satisfacción, señor Gonzalo —afirmó el camarero, y lo cierto es que su suave rostro de sesentón irradiaba precisamente esa emoción. Añadió en seguida—: El señor Rubin ha recomendado cierto número de libros que fueron mis preferidos y que he leído casi siempre con placer. Sospecho que a él le gustan muchos más libros de lo que desea admitir.

Rubin ignoró la observación de Henry, volvió sus cansados ojos hacia Gonzalo, y manifestó:

—¿Qué has querido decir con eso de que «ni siquiera Henry»? Se ve que lee un montón de libros; bastantes más que tú.

—Es probable; pero en todo caso, no son *tus* libros.

—¡Henry! —clamó Rubin.

—He comprado y leído varios de los libros de misterio del señor Rubin —aseguró el aludido.

—¿Y qué le han parecido? —preguntó Gonzalo—. Diga la verdad. Yo le protegeré.

—Disfruté con su lectura. Son muy buenos en su especie. No obstante, yo carezco del sentido de lo dramático, y si esto ocurre, resulta posible entrever la solución... cuando el autor lo permite.

En ese momento comenzaron a llegar los demás, y Henry tuvo que dedicarse a preparar las bebidas.

Hacía mucho tiempo que los Viudos Negros no tenían un extranjero como

huésped, y Drake, que lo había invitado en esa oportunidad, disfrutaba de la situación y sonreía complacido a través de las volutas de humo de su cigarrillo. Por otra parte, el invitado era un ruso, un verdadero ruso de la Unión Soviética, y Geoffrey Avalon, que había estudiado ruso durante la Segunda Guerra Mundial, tuvo así ocasión de aplicar lo que podía recordar del idioma.

Avalon, erguido en toda su alta estatura, hablaba con aire severo y articulaba las palabras sílaba tras sílaba, como si estuviese dirigiéndose a algún jurado compuesto por rusos. El soviético se llamaba Grigori Deryashkin; parecía complacido y respondía despacio y con claridad a las preguntas que le hacía Avalon.

Deryashkin era un hombre rollizo, ataviado con un traje gris holgado, camisa blanca y corbata negra. Tenía facciones toscas, dientes grandes y sonrisa fácil. Su inglés consistía en un adecuado vocabulario, una gramática incierta, y un acento marcado, aunque no desagradable.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Thomas Trumbull a Drake en voz baja, mientras Deryashkin dejaba momentáneamente a Avalon para ir a buscar un gran vaso de vodka con hielo que le preparaba Henry.

—Es un escritor científico —aseguró Drake—, y vino a visitar el laboratorio para conseguir algunos detalles sobre nuestro trabajo en relación con los insecticidas hormonales. Comenzamos a hablar, y se me ocurrió que tal vez le gustase alternar un poco con algunos despreciables capitalistas.

No cabía duda de que Deryashkin estaba disfrutando de la comida. Daba cuenta del menú con visible gusto, y Henry, habiendo observado el espíritu de concordia general hallándose imbuido de la generosidad americana, con toda naturalidad y con la sencillez que era su característica profesional, le servía segundas porciones de todo.

Roger Halsted observó aquel proceso con aire interesado, pues el repetir las raciones era algo mal visto en los banquetes de los Viudos Negros, que seguían la teoría de que un estómago atestado impide la brillantez de las conversaciones de sobremesa. Y Halsted, que era profesor de matemáticas en un colegio de segunda enseñanza y que a menudo sentía necesidad de un apoyo calórico más firme, estaba en total desacuerdo con aquella costumbre.

—¿De qué parte de la Unión Soviética viene usted, señor Deryashkin? — le preguntó Trumbull.

—De Tula, situada a ciento noventa kilómetros al sur de Moscú. ¿Ha oído hablar de Tula?

Hubo un momento de silencio, y Avalon manifestó con aire magistral:

—Desempeñó un papel importante, según creo, en la guerra hitleriana.

—Sí, sí —afirmó Deryashkin, complacido—. A finales del otoño de 1941, la ofensiva contra Moscú extendió dos brazos, uno hacia el norte, y otro hacia el sur. Las avanzadas germanas llegaron a Tula. Entre el frío y la nieve les contuvimos. No tomaron Tula. Nunca la tomaron. Llamamos a la reserva local: los niños, los ancianos. Yo tenía entonces dieciséis años y llevaba un fusil hecho en nuestra fábrica. También hacíamos los mejores samovares de toda Rusia. Tula es notable tanto en la paz como en la guerra. Más tarde, al avanzar la contienda, estuve en artillería. Llegué hasta Leipzig, pero no a Berlín. Entonces éramos amigos, la Unión Soviética y Norteamérica. Ojalá que sigamos siendo amigos.

Al decir esto, alzó su copa.

Se oyó un murmullo de aprobación. Luego, el buen humor de Deryashkin se incrementó más aún con los postres.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando con el tenedor, tras tomar el primer bocado.

—Pastel de pacana —explicó Drake.

—Muy bueno, excelente.

Henry colocó un segundo trozo de pastel en el plato de Deryashkin, casi en el momento en que el primer trozo hubo sido devorado por completo. Entonces, al notar que los ojos de Halsted seguían el camino de aquella porción, el camarero colocó discretamente otro pedazo ante el profesor. Halsted miró en todas direcciones, y al no verse observado, se aplicó alegremente a consumir el renovado contenido del plato.

Trumbull se inclinó hacia Drake y susurró:

—¿Conoce su invitado nuestro sistema de templanza?

Drake replicó con similar murmullo:

—Traté de explicárselo, pero no estoy seguro de que lo haya entendido.

De todas formas, no le preguntemos lo acostumbrado, ni cómo justifica él su existencia. Puede considerarlo como una observación antisoviética.

Al rostro bronceado de Trumbull afloró una sonrisa silenciosa. Luego el hombre dijo:

—Bien, se trata de tu protegido. Tendrás que hacerlo tú.

Henry estaba llenando ya las pequeñas copas de brandy cuando Drake tosió, aplastó la colilla del cigarrillo en el cenicero y golpeó en el vaso de agua con su tenedor.

—Este es el momento —declaró en voz alta— de tratar con nuestro invitado extranjero, y yo sugeriría que Manny, que se ha mantenido en silencio durante toda la comida, emprendiese la...

Deryashkin estaba reclinado hacia atrás en su silla, con la chaqueta desabrochada y la corbata suelta. En ese momento dijo:

—Veo que ha llegado el momento de la charla, y yo sugeriría, con el permiso de la concurrencia, que hablásemos de su gran ciudad, Nueva York. Llevo ya aquí dos meses, y desearía decir que es una ciudad de perdición.

Sonrió ante el vacío que había creado su observación, y asintió con la cabeza jovialmente.

—Una ciudad de perdición —repitió.

—Supongo que estará usted hablando de Wall Street —dijo Trumbull—, ese nido de chupasangres imperialistas, ¿verdad? —mientras Drake le daba una patada en la espinilla.

Pero Deryashkin movió negativamente la cabeza y se encogió de hombros.

—¿Wall Street? No he estado allí y no me interesa. Considerando la situación del dólar, dudo que Wall Street tenga mucho poder, en estos días. Por otra parte, nosotros somos amigos, y no deseo emplear frases tales como «chupasangres imperialistas». Eso es un clisé creado por el periodismo, igual que «sucias ratas comunistas», ¿no es cierto?

—Está bien —manifestó Rubin—. No empleemos términos desagradables. Limitémonos a usar palabras comedidas, como «ciudad de perdición». A propósito, ¿por qué es Nueva York una ciudad de perdición?

—Más aún, ¡es una ciudad de terror! Tienen el crimen por todas partes.

Viven en continuo temor. No se puede andar por las calles. Sus parques están vacíos, y por ellos sólo transitan los maleantes y los pandilleros. Ustedes se esconden detrás de las puertas cerradas.

—Supongo que Nueva York comparte los problemas que afectan a todas las ciudades grandes y superpobladas, en estos días —manifestó Avalon—, incluyendo las de la Unión Soviética. De todas formas, esos problemas no son tan graves como ha indicado usted.

Deryashkin alzó ambos brazos y repuso:

—No me interpreten mal. Ustedes son mis excelentes anfitriones, y no tengo deseos de ofenderles; pero en una ciudad como Nueva York, tan atractiva, avanzada y rica en tantos aspectos, resulta absurdo e irónico que exista tanto miedo. ¡Los asesinatos se realizan abiertamente en sus calles! ¡Se trata de una verdadera guerra entre diversos sectores de la población!

Rubin se atusó la barba combativamente por vez primera durante la velada.

—No deseo ofender, lo mismo que no quiere usted hacerlo, camarada; mas considero que ustedes se equivocan al creer en su propia propaganda. Aquí hay crimen, es cierto, pero la mayor parte de la ciudad está en calma, es apacible. ¿Le han asaltado a usted, señor? ¿Le han molestado de un modo u otro?

Deryashkin negó con la cabeza.

—Hasta ahora no, debo ser sincero —dijo—. Hasta el momento me han tratado con toda la cortesía posible, y más aún aquí, lo que les agradezco. Pero debo decir que siempre he estado en lugares de gente acomodada. No estuve donde se encuentran sus problemas.

—Sin embargo, ¿cómo sabe usted que existen problemas —preguntó Rubin—, si no es por lo que lee y oye en un ambiente que no es amistoso?

—Ah, pero me he aventurado en un parque —aseguró Deryashkin—, cerca del río. Allí escuché cómo planeaban un asesinato. Eso no lo he leído en los periódicos, ni me lo ha contado ningún enemigo de su país. Es la pura verdad. Yo mismo lo he oído.

Rubin, cuyas gafas parecían concentrar la furia de sus ojos hasta formar una mirada incandescente, señaló al ruso con un dedo algo tembloroso y dijo:

—Mire...

Pero Avalon se puso de pronto en pie, y desde su estatura de más de un metro ochenta dominó la mesa y dijo con autoritaria voz de barítono:

—Señores, detengámonos aquí. Tengo que hacerles una sugerencia. Nuestro invitado, *tovarich* Deryashkin, parece creer que ha oído formular abiertamente el plan para realizar un asesinato en nuestras calles. Confieso que no entiendo bien lo que ha querido decirnos, por lo cual propongo que le invitemos a que nos relate con detalle lo que escuchó, y diga en qué circunstancia se produjo. Al fin y al cabo, tal vez tenga razón, y resulte una historia interesante.

Drake afirmó vigorosamente con la cabeza.

—Asumo el privilegio que corresponde al anfitrión del invitado, y sugiero que el señor Deryashkin nos cuente el relato del crimen planeado desde el principio. Mannie, déjale que lo haga.

—Me complacerá relatar el hecho lo más exactamente que pueda —aseguró Deryashkin—. No hay demasiados detalles, pero no cabe duda de que en ello se fragüe un crimen. Tal vez, antes de empezar, necesitaría tomar un poco más de brandy. Gracias, amigo mío —concluyó diciéndole amablemente a Henry.

Deryashkin tomó unos sorbos de brandy y continuó diciendo:

—Ocurrió a últimas horas de esta mañana. Yo iba con Zelykov, un colega, un hombre brillante en el campo de la biología y la genética, una persona excelente. No habla inglés, y yo actúo como intérprete para él. Zelykov y yo estuvimos en el Departamento de Biología de la Universidad de Columbia esta mañana, durante un par de horas.

»Cuando nos marchamos, no estábamos seguros acerca de las indicaciones que nos habían dado. No sabíamos muy bien hacia dónde debíamos ir. El caso es que nos encaminamos hacia el río —el río Hudson, que está muy contaminado, según he podido oír—, y observamos la otra orilla, que desde lejos parece muy bonita, aunque está comercializada en exceso, según me han dicho. También vimos la carretera que se halla allí, y

que no es tan bonita.

»Hacía un buen día. Bastante frío, pero los días fríos no asustan a un ruso de Tula. Nos sentamos y nos pusimos a hablar en ruso, lo cual constituía un placer. Zelykov sólo conoce unas pocas palabras en inglés, e incluso para mí supone un esfuerzo el expresarme en lengua inglesa constantemente. Es un gran idioma; no quiero ser ofensivo con la lengua de Shakespeare, Mark Twain, y Jack London, que me satisface mucho. Sin embargo —el soviético inclinó la cabeza hacia un lado y apretó los labios—, supone para mí un verdadero esfuerzo, y me es más fácil expresarme en mi propia lengua.

»Pero si menciono el hecho de que hablásemos en ruso, es porque ello desempeña un papel en la historia. Pues bien, dos hombres jóvenes, que no tenían aire de maleantes, se acercan a nosotros. Llevan el pelo corto, están afeitados y parecen gente de bien. No les presto realmente atención, al principio. Me doy cuenta de que se acercan, pero estoy pensando en lo que digo, por lo que no advierto que se disponen a hablarnos, hasta que lo hacen. No recuerdo exactamente lo que dicen, pero era algo así como “¿les importa que nos sentemos?”

»Como es lógico, no tengo ningún inconveniente. El banco tiene dos partes, con un brazo de metal que lo divide en medio. Cada mitad del asiento es más que suficiente para dos personas. Como Zelykov y yo estamos sentados en un sector, los dos jóvenes pueden ocupar el otro. Les digo: “Sean bien venidos. Siéntense y descansen.” Algo así.

»Sin embargo, y he aquí lo importante del hecho, hasta entonces yo había hablado en ruso con Zelykov, de modo que cuando los jóvenes me hicieron la pregunta, les contesté sin darme cuenta en mi lengua. Debí haber reparado el error, pero ellos se sentaron en seguida y no nos prestaron más atención. Yo me dije que ya estaba hecho, y no había más que pensar.

»¿Se dan cuenta, entonces —añadió Deryashkin, tras una pausa—, del significado de esto?

Rubin dijo en seguida:

—No, no lo veo.

—Creyeron que éramos extranjeros —explicó el soviético.

—Y eso es lo que son ustedes.

—Ah, si —agregó Deryashkin—; pero imaginaron que éramos extranjeros que no hablábamos inglés.

—¿Y qué tiene eso de particular, señor Deryashkin? —terció a su vez Trumbull.

El ruso colocó su índice sobre la palma de la mano izquierda y dijo, remarcando con el dedo las partes más expresivas de su razonamiento:

—Si ellos creen que hablamos inglés, entonces se van a otro banco; pero piensan: «vaya, he aquí unos extranjeros que no nos entienden», y entonces toman asiento junto a nosotros y hablan libremente. Como es lógico, yo les escucho. Hablo con Zelykov, pero también les escucho.

Halsted, que estaba mirando su vacía copa de brandy, preguntó:

—¿Por qué les escuchó usted? ¿Acaso le parecieron sospechosos?

—A mí, sí. Son estudiantes, puesto que estamos cerca de la Universidad de Columbia, y llevan libros. Yo sé, lógicamente, que la clase estudiantil americana es muy activista, y que en algunos casos es destructora.

Rubin le interrumpió acaloradamente, diciendo:

—Eso era hace tres años, no ahora.

—Desde luego —dijo el soviético—. Usted los defiende, y no puedo criticarle. Comprendo que muchos estudiantes se veían impulsados por un sentimiento de hostilidad contra la guerra, y me parece comprensible. Cualquier ser humano idealista se mostraría en favor de la paz. De todas formas, es innegable que bajo la apariencia del idealismo existen también elementos indeseables. Por otra parte, estábamos sentados en un parque, éste se hallaba vacío, y no había nadie a quien pedir ayuda si los estudiantes iban armados y se mostraban hostiles. Igualmente, es bien conocido que en Nueva York los transeúntes no intervienen cuando ocurre algún hecho delictivo.

»Lo cierto es que no creí realmente que nos hallásemos ante algún peligro inmediato, pero pensé que sería necio descuidarse del todo. Presté, pues, atención a los malhechores, y sin mirarlos escuché lo que decían.

—¿Por qué les llama usted malhechores? —inquirió Rubin—. Hasta entonces no habían hecho nada más que sentarse, e incluso les pidieron permiso cortésmente para hacerlo.

—No se debía conceder mucho crédito a su cortesía —aseguró

Deryashkin—. Era sólo para comprobar quiénes éramos. Si les llamo malhechores es porque eran eso, precisamente. Estaban hablando de un plan para realizar un asesinato.

Un claro rumor de incredulidad se extendió por la mesa mientras Deryashkin hizo una pausa para incrementar el efecto de su relato. Por fin, Avalon le preguntó:

—¿Podemos estar seguros de eso, Grigori Deryashkin?

—Desde luego. Utilizaron la palabra «asesinato». Y lo hicieron varias veces. No alcancé a escuchar con claridad todo lo que decían, pues hablaban en voz baja, lo cual constituye una precaución lógica. Además, yo estaba hablando, asimismo, igual que lo hacía Zelykov.

Rubin se echó hacia atrás en su silla y dijo:

—Por consiguiente, usted sólo pudo oír fragmentos de la conversación. No puede estar seguro de que hubiese algo de malo en aquel asunto.

—Insisto en que escuché la palabra «asesinato», y varias veces. Usted conoce el inglés mejor que yo, estoy seguro. Entonces, ¿puede decirme si hay en inglés alguna voz similar a «asesinato»? De cualquier forma, sé la lengua lo suficiente como para darme cuenta de que era ése el vocablo que empleaban.

Gonzalo intervino entonces diciendo:

—Pudieron usar la palabra como una expresión familiar. Quizá estaban hablando de algún partido de fútbol que iba a celebrarse, y pudieron decir: «¡Vamos a asesinar a esos infelices!»

—Se expresaban con demasiada seriedad para eso, mi querido señor —replicó el soviético—. No hablaban de un partido de fútbol, sino de algo serio, muy serio. Además, hay que tener en cuenta lo que siguieron diciendo.

—¿Qué más dijeron? —inquirió Trumbull.

—Algo como «yacer en las sombras», lo cual no se hace en un partido de fútbol. Esperarían en las sombras para atrapar a alguien por sorpresa, y luego le asesinarían.

—¿Dijeron todo eso? —preguntó Rubin.

—No, no. Esa fue mi interpretación —aseguró Deryashkin, frunciendo el ceño—. También hablaron algo de atarlos. «Atarlos en la oscuridad.» Sí, eso

es lo que dijeron, y lo recuerdo muy claramente. Incluso se refirieron a cierta señal.

—¿Qué señal? —preguntó Avalon.

—El sonido de una campana. Lo oí muy bien. A mi entender, se trata de una conspiración perfectamente organizada. Esperarán al acecho por la noche; habrá una señal cuando la persona adecuada llegue, o cuando esté libre el camino; un toque de alguna clase, y luego atarán a la víctima o las víctimas, y las asesinarán.

»No me cabe la menor duda al respecto —prosiguió diciendo Deryashkin—. Uno de los malhechores lo dijo todo al principio, como si recitase de memoria el plan, y cuando terminó, el otro le dijo, claramente: “¡Muy bien, perfecto! Hablemos del otro asunto, pero esto está perfecto.” Luego le dijo que no lo divulgase.

—¿Que no lo divulgase? —manifestó Rubin.

—Varias veces convinieron en que no debían contar nada. Y lo dijeron muy serios.

—De modo que se sentaron cerca de dos extraños —dijo Rubin—, hablaron como cotorras y luego aconsejaron no divulgar el asunto, ¿no es eso?

Deryashkin repuso con voz tensa:

—Ya dije varias veces que ellos creían que no hablábamos inglés.

—Mira, Manny —terció Trumbull—, no discutamos sobre este asunto. Tal vez el señor Deryashkin ha descubierto algo. Existen muchos grupos radicales entre los alumnos americanos. Se han producido voladuras de edificios estudiantiles.

—Pero no hubo asesinatos planeados a sangre fría ni de otra forma —contestó Rubin.

—Siempre hay una primera vez para todo —aseguró Avalon, frunciendo el ceño y con aspecto de hallarse realmente preocupado.

—Y bien, señor Deryashkin —manifestó Trumbull—. ¿Hizo usted algo?

—¿Que si hice algo? —repitió el soviético, desconcertado—. ¿Se refiere a si intervine? No resultaba fácil. Recuerde que estaba escuchándoles, tratando de descubrir todo lo que fuera posible, sin que se dieran cuenta. Si

hubiesen notado que les escuchaba, habrían dejado de hablar. Incluso nos hubiéramos hallado en peligro. Por eso no les miré mientras les escuchaba. De pronto noté un silencio al lado y vi que se alejaban andando.

—¿No fue tras ellos? —preguntó Drake.

Deryashkin movió la cabeza negativamente con energía, y dijo:

—Si eran malhechores no hay duda de que iban armados. Es bien sabido que las pistolas se venden libremente en Norteamérica, y que es bastante corriente que los jóvenes lleven armas encima. Aquéllos parecían jóvenes y fuertes, y yo paso de los cincuenta y soy un hombre de paz. Un veterano de guerra, pero persona pacífica. En cuanto a Zelykov, es endeble, y no podía contar con él. Sí los malhechores se marchaban, lo mejor era dejarles que se fueran.

—¿Dio usted algún informe a la policía? —interrogó Halsted.

—¿Yo? ¿Para qué? ¿Qué pruebas concretas podía ofrecer? ¿Qué podía decir? Veo en este momento que ustedes se muestran escépticos, aunque son personas inteligentes, que conocen mi posición y saben que soy un hombre responsable, un científico. Sin embargo, evidencian escepticismo. ¿Qué podía decir a la policía, sino que había escuchado esa serie de frases sueltas? Y por otra parte, soy un ciudadano soviético. Aunque es posible que un policía aceptase la palabra de un científico ruso contra la de un jovenzuelo americano, no deseaba verme envuelto en lo que podía llegar a ser un gran escándalo que afectara mi carrera y tal vez las relaciones con mi país. Por eso no dije nada, ni hago nada. ¿Pueden sugerirme algo en tal sentido?

—Claro que no —dijo Avalon, con decisión—. Pero si una de estas mañanas nos despertamos y descubrimos que se ha cometido un crimen del que son autores un grupo de universitarios, me temo que no nos sentiremos demasiado a gusto. Al menos, yo no me sentiría bien.

—Ni yo tampoco —aseguró Trumbull—. Sin embargo, comprendo la postura del señor Deryashkin. Según lo que acaba de decirnos, pasaría un mal rato para conseguir interesar a uno de esos correosos sargentos de la policía. Tan sólo si hubiese alguna prueba evidente... ¿Tiene usted una idea particular sobre el aspecto que tenían esos estudiantes, señor Deryashkin?

—En absoluto. Les vi en el momento en que se acercaban. Después no

volví a mirarles, sino que me limité a escuchar lo que decían. Cuando se marcharon vi sólo sus espaldas. En todo ello no aprecié nada fuera de lo corriente.

—Entonces, ¿no podría identificarlos?

—De ningún modo. Ya lo he pensado. Me dije que aun cuando las autoridades universitarias me enseñasen las fotografías de todos los jóvenes que estudian en la Universidad de Columbia, yo no podría decir cuáles eran los dos que estaban sentados en el banco.

—¿Observó algo peculiar en sus ropas? —inquirió Gonzalo.

—Hacía frío, de modo que llevaban chaquetones —afirmó Deryashkin—. Me parece que eran prendas de color gris, aunque no podría asegurarlo.

—Chaquetones grises —murmuró Rubin.

—¿Usaban algo fuera de lo corriente? —preguntó de nuevo Gonzalo—. ¿Algún sombrero original, o bufandas de cuadros o colores vivos?

—¿Piensas identificarlos de ese modo? —intervino Rubin—. ¿Esperas poder ir a la policía y que digan: «Ah, ése debe ser *Gorras* Garfinkel, conocido malhechor que se caracteriza por usar gorra?»

Gonzalo repuso con tono paciente:

—Bueno, cualquier detalle...

Deryashkin intervino diciendo:

—Por favor, señores, yo no noté detalle alguno de esa clase. No puedo suministrar datos sobre su vestimenta.

—¿Y su compañero, el señor... eh...?

—Zelykov.

—Eso. ¿Qué hay del señor Zelykov? —añadió Halsted, con aire pensativo—. ¿Notó algo anormal?

—No, en ningún momento los miró. Me estaba hablando acerca de los genes y del ADN. Ni siquiera se dio cuenta de que los otros dos estaban al lado.

Halsted se llevó una mano a la parte superior de la frente y se atusó un cabello inexistente.

—No puede estar seguro de eso —afirmó—. ¿Hay alguna forma de que pueda llamarle a él ahora y preguntárselo?

—Sería inútil —protestó Deryashkin—. Lo sé muy bien, pueden creerme. Cuando los dos individuos se alejaban, le dije en ruso: «¿Imaginas lo que tramaban esos dos maleantes?»

»—¿Qué maleantes? —inquirió.

»—Esos que acaban de marcharse.

»Él se encogió de hombros, y sin mirar siquiera siguió hablando. Se estaba poniendo demasiado frío, hasta para nosotros, y nos marchamos. Lo cierto es que él no sabe nada.

—Es una lástima —dijo Halsted.

—Demonios —comentó Rubin—, no hay nada sólido en todo esto. No lo creo.

—¿Quiere decir que estoy mintiendo? —preguntó Deryashkin, frunciendo el ceño.

—No —repuso Rubin—. Digo que es una falsa interpretación. Lo que usted oyó no tenía nada que ver con un crimen.

Aún con el entrecejo arrugado, el soviético preguntó:

—¿También creen ustedes, señores, que lo que yo escuché nada tenía que ver con un crimen?

Avalon, que tenía la vista clavada en el mantel, declaró con cierto embarazo:

—No podría afirmar con certeza que se esté planeando un asesinato, pero creo que *debemos* actuar como si fuera a cometerse. Si nos equivocamos, no habremos hecho nada malo, más que quedar en posición desairada. Pero si acertamos, podremos salvar una o más vidas. ¿Qué les parece?

Se dejó oír un murmullo confuso que parecía ser de aprobación. Sin embargo, Rubin cerró un puño con actitud violenta y dijo:

—¿Qué demonios quieres decir con eso de actuar, Jeff? ¿Qué crees que debemos hacer?

—Podemos ir a la policía —explicó Avalon—. Al señor Deryashkin le resultará difícil hacer que le escuchen, pero si uno de nosotros, o más de uno, le acompaña...

—¿De qué valdría eso? —insistió Rubín, sarcásticamente—. Aunque cincuenta millones de ciudadanos respaldásemos a nuestro amigo aquí

presente, las pruebas seguirían reduciéndose a inciertos recuerdos de unos fragmentos de conversación oídos a personas que no es posible identificar.

—En eso tiene razón el señor Rubin —admitió Deryashkin—. Además, creo que no debo intervenir. Se trata de *su* ciudad, de *su* país. En todo caso, nada se puede hacer, y si el crimen fuera a producirse, aun lamentándolo, no podríamos evitarlo.

—No ocurrirá nada —dijo Rubin.

—¿No? —manifestó Deryashkin—. Entonces no sé cómo explicaría usted lo que he oído. Aun dejando de lado lo demás, todavía perdura la palabra «asesinato». La escuché claramente más de una vez, y es un término que no se puede tomar por otro. En su lengua no hay ningún vocablo que pueda confundirse con éste. Y es seguro que cuando alguien habla de asesinato, un crimen se está fraguando. Según creo, señor Rubin, es usted el único de los presentes que pone eso en tela de juicio.

Se oyó entonces una suave tos desde un extremo de la mesa. Henry, que había retirado las tazas de café, manifestó con aire humilde:

—No es el único, señor Deryashkin. Yo también lo dudo. A decir verdad, estoy completamente seguro de que lo que dijo el muchacho era algo del todo inofensivo.

Deryashkin se volvió en su silla. Con gesto de sorpresa declaró.

—Camarada, camarero, si usted...

Trumbull le interrumpió diciendo:

—Henry es miembro de los Viudos Negros. Diga, Henry, ¿cómo está seguro de eso?

—Si el señor Deryashkin consiente amablemente en contestar algunas preguntas, creo que todo quedará aclarado.

Deryashkin asintió vigorosamente con la cabeza, y extendió las manos.

—¡Pregunte! —dijo—. ¡Yo le contestaré!

—Señor Deryashkin —comenzó Henry—, creo haberle oído decir que el parque estaba desierto y que no había nadie a la vista que pudiera ayudarles si los dos jóvenes se mostraban violentos. ¿He oído bien? ¿Estaban vacíos los demás bancos del parque en aquel momento?

—Al menos lo estaban aquellos que yo alcanzaba a ver —repuso el

soviético, rápidamente—. No era un día apropiado para sentarse en un parque.

—Entonces, ¿por qué supone que los jóvenes se acercaron a su banco, el único ocupado?

Deryashkin se rió brevemente y respondió:

—No es ningún misterio, amigo mío. El día era frío y nuestro banco era el único, de los que había por allí, que se encontraba al sol. Por eso lo elegimos nosotros.

—Pero si ellos iban a hablar de cometer un asesinato, lo lógico es que hubiesen preferido un banco sin nadie, aun cuando estuviese a la sombra.

—Olvida usted que pensaban que éramos extranjeros y no sabíamos inglés. Para ellos el banco se encontraba vacío, en cierto modo.

Henry movió negativamente la cabeza.

—Eso no tiene sentido. Ellos se acercaron a ustedes y les preguntaron si podían sentarse antes de que usted les contestara en ruso. No tenían motivos para creer que ustedes no hablaban inglés, en el momento en que se aproximaron.

Deryashkin manifestó ásperamente:

—Pudieron habernos oído hablar en ruso desde cierta distancia.

—¿Y sentarse sin más? ¿Habiendo un crimen de por medio se sintieron satisfechos con un pequeño comentario ininteligible por parte suya? ¿Creyeron que eso les dejaba a salvo y tomaron asiento para tratar abiertamente de un condenable delito? Lo más seguro es que de haber sido unos conspiradores se habrían mantenido lo más alejados de ustedes que hubieran podido. Y aun en el caso de sentirse muy atraídos por el sol, hubieran querido comprobar algo más de sus personas.

»La lógica interpretación de los hechos, al menos para mí, es que lo que iban a tratar era algo inocente. Ellos querían estar en un banco al sol, y no les importaba si otros escuchaban lo que decían.

—¿Y qué me dice de la palabra «asesinato»? —arguyó Deryashkin, con manifiesto sarcasmo—. Eso también debe de ser algo inocente.

—Fue el empleo de la palabra «asesinato» lo que me ha convencido de que la charla era en conjunto inofensiva, señor. Tengo la seguridad de que

nadie usa el término asesinato cuando habla de sus propias actividades. Eso sólo se hace cuando se alude a los hechos de los demás. Si uno mismo piensa matar, dirá «despachar», «quitarse de encima», o todo lo más, y si me disculpa la expresión, señor, «liquidar». Hasta podría llegar a decir «matar». Pero es seguro que nadie dirá «voy a asesinar a alguien». Es una palabra demasiado desagradable, que requiere habitualmente un eufemismo.

—Y sin embargo, la dijeron, señor camarero —afirmó el ruso—. Diga usted lo que diga, no puede discutirme que oí la palabra con claridad y más de una vez.

—Quizá no dijeron lo que usted creyó oír.

—¿Cómo es eso posible, mi amigo?

—Aun con la mejor voluntad del mundo —declaró Henry—, y con la intención más recta, señor Deryashkin, uno puede cometer errores al interpretar lo que ha escuchado; sobre todo, y le ruego que me perdone, cuando la lengua no es la nativa de uno. Por ejemplo, usted dijo que usaron la expresión «atarlos en la oscuridad». ¿No pudo ser que les oyera decir «dominarlos en la oscuridad», e interpretase que era «atarlos»?

Deryashkin pareció un tanto desconcertado. Pensó un momento y repuso:

—No podría jurar que no fuese «dominarlos». Puesto que lo menciona usted, imagino que pude haber oído eso. Pero ¿qué importancia tiene? En definitiva, atar y dominar es lo mismo, un acto violento.

—El sentido es aproximadamente el mismo, en el fondo, pero son dos palabras distintas. Y si se trata de «atarlos», entonces creo saber qué es lo que usted ha oído, dado que todas las piezas de su relato se unen debidamente. El señor Rubin también lo sabe, y mejor que yo, a mi entender, aunque no pueda comprenderlo de momento. Creo que es una noción del subconsciente lo que le hace mostrarse reacio a la idea de que el señor Deryashkin ha oído hablar de una conspiración.

Rubin se irguió en su silla, e inquirió:

—¿Qué es lo que yo sé, Henry?

Deryashkin les interrumpió:

—Pero hay que explicar la palabra asesinato. Nada importa, si no se explica esa palabra.

—No soy un políglota, señor Deryashkin —dijo Henry—, pero una vez oí decir que lo más difícil de una lengua extranjera, cuando se la aprende, son las vocales, y que lo que se denomina «acento extranjero» reside principalmente en la incorrecta pronunciación de las vocales. Tal vez no haya sido usted capaz de distinguir esa diferencia de vocales, aun cuando las consonantes permaneciesen sin alteración. Quizá lo que usted tomó por «*murder*», es decir «asesinato» en inglés, era en realidad «*mordor*».

Entonces Rubin alzó los brazos y exclamó:

—¡Dios mío, claro que es eso!

—Justamente, señor —prosiguió Henry—. Al comenzar la velada usted y el señor Gonzalo hablaron de diversos libros que son muy leídos por los estudiantes universitarios. Uno de ellos, sin duda, es *The Lord of the Rings*, una trilogía de J. R. R. Tolkien.

—¿Tolkien? —preguntó Deryashkin confuso y pronunciando con dificultad el nombre.

—Es un escritor inglés de temas fantásticos —explicó Henry— que murió recientemente. Es muy apreciado por los estudiantes, hasta el punto de que algunos forman sociedades de admiradores de ese literato. En tales sociedades, el ingreso como miembro sólo se permite cuando el candidato recita debidamente un corto poema del autor. Si el joven recitó el poema en que se menciona por dos veces «la tierra de Mordor», teniendo en cuenta que en inglés *murder* significa asesinato, en tal caso creo que todos los detalles de la conversación que usted escuchó encajan perfectamente en la trilogía que el señor Rubin me recomendó cierta vez y que me deleitó enormemente. No puedo, recordar el poema palabra por palabra, pero supongo que el señor Rubin podrá hacerlo.

—¡Desde luego! —aseguró impulsivamente.

Rubin se puso entonces de pie, se llevó una mano al pecho, alzó la otra hacia el cielo, y con gesto grandilocuente declamó:

*Three Rings for the Elven-kings under the sky,
Seven for the Dwarf-lords in their halls of stone,
Nine for Mortal Men doomed to die.*

*One for the Dark Lod on his dark throne
In the Land Of Mordor where the Shadows lie.
One Ring to rule them all,
One Ring to find them,
One Ring to bring them all,
And in the darkness bind them
In the Land of Mordor, where the Shadows lie*^[4].

Henry asintió y dijo:

—Ya ven que no sólo se incluye la palabra *mordor*, que el señor Deryashkin tomó como *murder*, sino también *ring*, que aquí significa «anillo», y *bind*, que no es precisamente «atar».

Reinó el silencio durante un rato.

—Tiene usted razón —dijo Deryashkin—. Ahora que oigo la poesía debo admitir que era eso lo que oí aquella mañana. Pero ¿cómo pudo saberlo usted, amigo camarero?

Henry sonrió y repuso:

—Carezco del sentido de lo dramático, señor Deryashkin. Usted creyó que Nueva York era una selva, y por eso escuchaba los ruidos de la selva. Por lo que a mí respecta, prefiero imaginar que los estudiantes universitarios hablan tan sólo como estudiantes.

NOTA: El señor Tolkien falleció el 2 de septiembre de 1973. Yo me encontraba entonces en Toronto, asistiendo a la 31.^a Convención Mundial de Ciencia Ficción. Hondamente conmovido ante su muerte (pues me gustaba *The Lord of the Rings* y lo había leído tres veces), resolví ofrecerle un homenaje del único modo que podía hacerlo, es decir, escribiendo un relato de los Viudos Negros que se relacionase con él.

ISAAC ASIMOV

EN LOS FÉRREOS AÑOS

Gordon R. Dickson

Un sencillo y convincente relato sobre un tema clásico del género: el problema de la supervivencia en un mundo poshecatombe.

Poco después del mediodía comenzó la lluvia. Jeebee se limpió los cristales de las gafas e inclinó hacia abajo la visera de su gorra para evitar que volvieran a mojarse. Cuando estaban mojadas, las lentes le proporcionaban una imagen borrosa y falsa de lo que le rodeaba. Y aunque aquel país de llanuras ondulantes, con sus escasos bosquecillos y alguna hacienda devastada, parecía totalmente desierto, nada se podía dar por seguro.

Al comienzo, y a pesar de estar aún en marzo, la lluvia no era fría. No se encontraba incómodo, aun cuando el aguacero caló pronto a través del tejido de lana de su chaqueta, por los codos y la parte superior de la espalda, encima de la mochila, y de que a cada paso se humedecían y resultaban más pesados los pantalones en su parte delantera, más arriba de los tobillos.

Pero a medida que fue transcurriendo la tarde, la oscuridad del denso manto de nubes aumentó; disminuyó la temperatura y la llovizna se convirtió en aguanieve, que azotó la piel desnuda de su rostro, en tanto que el viento soplaba con más fuerza desde el este.

Lo mismo que un animal, pensó en buscar un refugio y comenzó a mirar a su alrededor. De modo que cuando poco después llegó a un montón de madera que una vez había sido una granja, antes de ser dinamitada y arrasada por las niveladoras mecánicas, Jeebee resolvió dar por terminada allí la jornada y se puso a buscar un hueco entre los escombros. Encontró uno al fin, un conducto que parecía llevar lo bastante por debajo del material suelto como para quedar protegido de las inclemencias del exterior.

Se arrastró por el hueco, empujando por delante su mochila, como medida de precaución para el caso de que hubiera penetrado en el cubil de algún perro salvaje... o algo peor.

Pero ningún animal ni ser humano apareció para impedirle la entrada. El pasadizo se prolongaba más de lo que había pensado. Escuchó complacido el golpeteo algo lejano de la lluvia, cayendo sobre lo que estaba encima de él, y advirtió que el lugar que le rodeaba estaba seco por completo y cubierto de una capa de polvo.

Prosiguió reptando mientras pudo, hasta que de pronto su mano derecha, que tanteaba por delante de él, se deslizó sobre un borde al vacío.

Se detuvo para investigar, encontró algún espacio por encima de su cabeza y se arriesgó a encender un trozo de vela. La luz brilló delante de él e iluminó un garaje intacto, situado en un sótano. Tenía las paredes hechas de bloques de ceniza aglomerada, y el sólido techo sostenía la casa que se había desplomado encima.

Tratando de recordar los detalles de la escena cuanto pudo, apagó la vela para economizarla en lo posible. Luego se deslizó hacia abajo, entre la densa oscuridad que olía a polvo, hasta que sintió el suelo bajo sus botas. Una vez abajo, volvió a encender la vela y miró a su alrededor.

El lugar era un verdadero hallazgo. Estaba lleno de tesoros. Sencillamente, nadie había puesto el pie allí desde el momento en que la casa fuera destruida, y nada fue saqueado de lo que contenía el sótano originalmente.

Aquella noche Jeebee durmió en sitio caliente y seco, incluso con el lujo que significaba tener un farol de queroseno para iluminarse. Y cuando abandonó el lugar tres días después, a través de un túnel diferente, que habían hecho con todo cuidado y era mucho mayor que aquel por el cual había entrado, era un hombre rico, Y aún dejaba más riquezas detrás de él. Había más de las que podía llevarse, pero no fue una falta de caridad hacia los demás seres humanos, sus semejantes, lo que le impulsó a ocultar las dos aberturas del escondite que descubriera.

Lo que le hizo obrar así era la lección duramente aprendida de que debía borrar su rastro, de que nadie tenía que sospechar que un hombre hubiera estado allí, y de ese modo le siguieran la pista para quitarle lo que llevaba. De lo contrario, no le hubiesen importado los objetos que dejaba detrás, pues su camino aún le llevaba hacia el oeste, a Twin Peaks, el rancho de su hermano

Martin, situado en Montana, a mil doscientos kilómetros de distancia.

Sus riquezas, no obstante, no habían dejado de subírsele un poco a la cabeza. Por otra parte, y aun comprendiendo el riesgo que corría, resolvió viajar en una motocicleta que había hallado entre otras cosas en el sótano. Ciertamente era que se trataba de una moto pequeña y ligera, pero valía una fortuna si podía llegar a una comunidad civilizada para poder venderla o cambiarla, en el caso de que no le matasen antes para quitársela. Era igualmente verdad que con ella, en aquel campo abierto por donde avanzaba, podía dejar atrás a cualquiera, incluso a los que montaban a caballo. Mas su presencia se advertía desde un kilómetro y medio, y además la gasolina era escasa.

Igualmente, la posesión de la moto era una abierta invitación a un ataque y al robo, como lo sería el disponer de una abultada billetera en una guarida de ladrones.

Además de la motocicleta, Jeebee había elegido bien. Llevaba ahora puesta la chaqueta de otro hombre, una prenda de cuero, con fuertes costuras. Su cinturón sujetaba destornilladores, cuchillos para podar y otras sencillas herramientas de mano; en los bolsillos le pesaban las cajas de municiones del calibre 22 largo, para su rifle de cerrojo, que llevaba consigo.

Por otra parte, disponía de alimentos en lata, muchos de los cuales aún podría comer, aunque eso no se sabía hasta que se abría una lata y se olía el contenido. Arrollada en torno a la cintura, por encima del cinto, llevaba sus buenos seis metros de cadena de recios eslabones, la que recogió de entre los restos de lo que sin duda había sido la casilla de un perro, en el patio situado detrás de los escombros del edificio principal.

Para entonces había adquirido la prudencia necesaria como para no seguir camino alguno. De modo que cortó por las colinas siguiendo la misma dirección de la brújula, hacia el oeste, que mantuviera durante las dos últimas semanas, desde que huyera de Abbotsville para salvar la vida.

El solo hecho de pensar en Abbotsville le producía ahora escalofríos que le llegaban a la boca del estómago. Se había salvado por milagro. Su fiebre de cazador le dominó hasta el último momento. Y el último momento fue cuando Bule Mannerly se levantó de entre los matorrales con un rifle apuntándole a la cabeza. Entonces se vio imposibilitado para disparar, aunque

sabía que Bule estaba a punto de hacerlo. Tuvo la suerte increíble de que alguien del poblado disparase contra él mismo, Jeebee, con lo cual Bule se atemorizó y se echó al suelo, dejándole el camino libre para que escapara a las colinas.

No había sido sólo falta de coraje por su parte lo que le impidió disparar, recordó Jeebee mientras conducía la motocicleta por la falda de una colina, bajo los rayos del sol y la leve brisa de aquel día de marzo. Él, más que cualquiera, debió de haber recordado que, como todos, era el producto de sus propias características psicobiológicas, y fue eso, más que nada, lo que le impidió disparar contra Bule.

Una vez, en un mundo civilizado, reacciones semejantes habían señalado un tipo de supervivencia de índole psicobiológica. Ahora indicaban lo opuesto. Echó una mirada a la imagen que se reflejaba en el espejo retrovisor sujeto a la parte izquierda del manillar de la moto. Le devolvió la mirada un rostro duro, con una barba descuidada e hirsuta y las arrugas profundas en una piel reseca por el sol y el viento. Mas por encima de aquello, al inclinar la cabeza para mirar, vio que la visera de su gorra había protegido la piel de la frente, que seguía aún clara y pálida, mientras que los ojos, detrás de las gafas redondas, conservaban su color azul y su mirada inocente.

La parte superior de su semblante le traicionaba. No poseía una valentía instintiva; sólo tenía sentido del deber, de un deber hacia la nueva ciencia que apenas acababa de nacer cuando el mundo se vino abajo.

Ese sentido del deber era lo que le impulsaba ahora. Por sí solo, su espíritu habría flaqueado ante el pensamiento de los centenares de kilómetros que había entre él y la seguridad del rancho Twin Peaks, donde podría resguardarse detrás de un hermano más adaptado a aquellos tiempos. Mas lo que había aprendido y desarrollado le impulsaba ahora. Conocía la importancia de ese conocimiento, y se daba cuenta de que era necesario salvarlo para épocas futuras.

En todo el mundo habría ahora unos cuarenta, o tal vez sesenta, matemáticos psicobiológicos, como lo era él mismo, que habrían llegado independientemente a la misma conclusión que él. Durante un segundo los símbolos de su fórmula matemática danzaron en orden ante el ojo de su

mente, expresando la incontrovertible verdad respecto al género humano, en su amanecer de decadencia y desastre.

Lo mismo que él, los otros habrían llegado a la conclusión de que el conocimiento de las características psicobiológicas debía ser protegido, puesto a salvo en algún lugar y ocultado a través del tiempo, quinientos o dos mil años a partir de entonces, cuando la mayor parte de los seres humanos hubieran comenzado a cambiar de nuevo hacia condiciones más civilizadas. Sólo si todos aquellos comprensivos matemáticos psicobiológicos hacían todo lo que estaba a su alcance, existiría la posibilidad de que uno de ellos lograra salvar aquel nuevo e importante instrumento para las futuras generaciones de la humanidad.

Se trataba de un conocimiento mediante el cual se podía leer tanto el presente como el futuro. A causa de ello, los que habían trabajado en él conocían lo vital que era el que no llegara a perderse. Sin embargo, la misma naturaleza civilizada de su intelecto y sus características individuales hacía de ellos unos tipos poco aptos para la supervivencia en el mundo que había surgido ahora a su alrededor. Resultaba amargo saber que eran los recipientes más débiles, y no los más fuertes, para conservar lo que sólo ellos sabían que se debía conservar.

Pero tendrían que intentarlo. Él, al menos, tendría que intentarlo. Quizá podría llegar a algún tipo de acuerdo con aquella época de salvajismo. Resultaba irónico, después de tantas premoniciones de destrucción por una guerra nuclear, o algo parecido, que el mundo, después de todo, hubiera muerto realmente con un gemido.

No, se corrigió a sí mismo. Con un gemido no. Con una risa sardónica. Había comenzado con una bancarrota económica universal, agravada con un exceso de población, hacinamiento de las gentes y una polución muy intensa, tanto de ruidos y de ideas como de desechos y de calor. Una época de frustración, de frenesí creciente, de aumento del desempleo en todo el mundo. De inflación incontenible, de huelgas, de crímenes, de enfermedades...

Todo eran cosas prosaicas y predecibles, pero que reforzándose entre sí se habían manifestado al mismo tiempo. Y por una razón que nunca pudo llegar

a sospecharse, hasta que la matemática de las características psicobiológicas fue creada, independientemente, pero casi al mismo tiempo, por gentes como Piotr Arazavin, Noshiobi Hideki... y Jeeris Belany Walthar.

Primero se produjeron los grandes derrumbes de la economía internacional, luego los de la economía nacional, y más tarde los de la economía local. A continuación, y siguiendo a los sistemas económicos hacia el caos, se derrumbaron los mecanismos de comercio mundial, de producción de alimentos, y de otros suministros indispensables. La ley y el orden lucharon durante un tiempo y luego se hundieron en aquel remolino. Las ciudades se convirtieron en campos de batalla, y los muertos quedaron abandonados por los motines y las revoluciones. Algunas comunidades aisladas se transformaron en pequeños territorios fortificados, primitivos. Y los Cuatro Jinetes del Apocalipsis cabalgaron de nuevo sobre la Tierra.

Era una época de derramamiento de sangre, de aniquilación para aquellos cuyas características psicobiológicas no iban de acuerdo con las condiciones de supervivencia bajo el imperio del colmillo y la garra. Un nuevo medioevo se extendía por todo el planeta. Los férreos años volvían otra vez, y los que estaban mejor dotados para subsistir eran aquellos para quienes la ética, la conciencia y cualquier cosa que fuese más allá del puro pragmatismo del poder físico, constituían un lastre inútil.

Y así continuaría la situación, calculaban los matemáticos expertos en psicobiología, hasta que pudiera surgir otra vez un orden nuevo y joven, que vinculase mediante alianzas los pequeños poblados fortaleza, éstos formando reinos y los reinos formando naciones soberanas que pudiesen comenzar de nuevo a tratar entre ellas para constituir sistemas dentro de la sociedad. Quinientos o dos mil años, nadie sabía cuánto podía tardar.

Mientras tanto, un pequeño anacronismo de una época ya muerta, un débil individuo de los siglos mansos, luchaba por atravesar las nuevas tierras sin ley, llevando consigo una preciosa creación de la mente hacia donde pudiera dormir a salvo durante tantos siglos como fuera necesario, hasta que la razón y la civilización naciesen de nuevo...

Jeebee se sorprendió, a punto de verse inmerso en un baño de autocompasión. No es que eso le importase demasiado, ni que le produjera

vergüenza, sino que la actitud contemplativa, de cualquier especie que fuera, distraía su atención del ambiente que le rodeaba.

Y eso podía resultar peligroso. Lo cierto es que no bien hubo salido de aquel estado de reflexión, su olfato captó un débil olor aceitoso que llegaba con la brisa.

Un momento más tarde detenía el motor de la motocicleta, se bajaba de ella y la arrastraba hasta un bosquecillo de pinsapos, donde se puso a cubierto. Allí permaneció, haciendo el menor ruido posible y tratando de identificar lo que había percibido con el olfato.

El hecho de que no hubiera podido identificar aquel olor en seguida no lo hacía menos alarmante. Cualquier fenómeno desusado —ruido, olor y demás—, era un aviso de la presencia de otros seres humanos. Y si había otras personas a su alrededor, Jeebee deseaba observarlos a conciencia, antes de que ellos tuvieran ocasión de verle a él.

En aquel caso el olor no era fácil de identificar, pero en cierto modo le resultaba familiar. Alguna vez lo había percibido, antes de ahora.

Después de permanecer varios minutos oculto entre los arbustos, tratando de forzar su vista y su oído para obtener algunos indicios, Jeebee se puso cautelosamente en pie y empujando la motocicleta, sin poner en marcha el motor, empezó a rastrear despacio el olor que llegaba con el viento, hasta su lugar de origen.

Al rebasar dos elevaciones del terreno, notó que el olor se hacía apreciablemente más fuerte. Luego llegó el momento en que, habiendo dejado la moto unos tres metros detrás, y estando tendido boca abajo, pudo mirar por una extensa ladera cubierta de animales grisáceos y negros. Era un gran rebaño de ovejas Targhee, y el débil recuerdo de un corral de ovejas, en la feria estatal, doce años antes, volvió repentinamente a su mente.

Con el rebaño que había abajo se encontraban tres muchachos que cabalgaban a pelo en unos ponies de largas crines. No había perros a la vista.

El pensamiento de los perros envió una señal de alarma a lo largo de los nervios de Jeebee. Se disponía a arrastrarse de vuelta hasta su motocicleta para alejarse de allí, cuando un carnero se escapó repentinamente del rebaño, seguido por un perro pastor, un pequeño *collie* de pelaje castaño y blanco,

que había permanecido oculto por los lomos oscuros y las caras blancas que le rodeaban. El carnero se encaminó directamente hacia la ladera donde Jeebee estaba escondido.

El hombre contuvo el aliento hasta que el perro, lanzando pequeños mordiscos a los talones del otro animal, le hizo volver con el rebaño. Jeebee respiró con alivio. Pero en ese momento el perro, habiendo devuelto el carnero al grupo de los demás, giró en redondo en dirección a donde estaba Jeebee, y alzó el hocico para husmear el viento.

El viento iba desde el perro hasta Jeebee, y éste se dijo que no había forma de que el animal pudiera olerle. Sin embargo, el can proseguía olfateando el aire. Al cabo de un segundo el perro comenzó a ladrar, mirando en línea recta hacia donde estaba oculto Jeebee.

—¿Qué pasa, «Snappy»? —exclamó uno de los muchachos que iban a caballo.

El joven hizo volverse a su montura y se acercó al paso hacia el perro, ascendiendo por la pendiente.

Jeebee se sintió dominado por el pánico. Arrastrándose sobre las manos y las rodillas retrocedió en seguida, y al momento escuchó un agudo grito de alarma desde abajo, cuando se hizo visible al recortarse contra el cielo su silueta agachada. A ello siguió un repentino resonar de cascos de caballo que avanzaban al galope.

—¡Cogedle, cogedle! —gritó uno.

Restalló el disparo de un rifle. Sabiendo que ya no se encontraba por completo a la vista de los demás, Jeebee saltó frenéticamente hacia la motocicleta y dio una patada al pedal de arranque. Por fortuna, la moto se puso en marcha inmediatamente y salió rugiendo cuando Jeebee la condujo sin mirar hacia atrás y sin cuidarse de la dirección de su marcha, si no era para alejarse de los que le seguían y para evitar los baches y los obstáculos que podía encontrar.

El rifle disparó de nuevo. Jeebee alcanzaba a oír varias voces, para entonces, que chillaban con la excitación y el placer de la caza. Percibió un silbido junto a su cabeza, cuando una bala le pasó cerca. La pequeña moto era de competición en campo traviesa, por lo que tardaba en adquirir velocidad.

El ruido del motor no permitía oír el rumor de los cascos de los caballos que venían detrás.

Pero iba ahora ladera abajo, y poco a poco la oscilante aguja del velocímetro fue apartándose de la marca que señalaba cero kilómetros por hora.

El rifle volvió a sonar, algo más lejos de él. Y esta vez no escuchó el silbido de la bala al pasar cerca. Los disparos eran lo bastante espaciados como para indicar que sólo uno de los muchachos iba armado. Y el rifle que usaba era probablemente de un solo tiro, por lo que se requería cargarlo después de cada disparo. Esto no era fácil de hacer sobre un caballo al galope, y sin silla ni estribos sobre los que afirmarse.

Jeebee se arriesgó a echar una mirada por encima del hombro.

Sus tres perseguidores habían abandonado ya la caza. Les vio en la cima de una loma, hacia atrás, inmóviles en sus caballos, observándole. Habían abandonado con demasiada facilidad, se dijo. Pero entonces recordó las ovejas. No querían alejarse del rebaño que estaba bajo su cuidado.

Jeebee prosiguió acelerando paulatinamente para incrementar su velocidad. Ahora que le habían visto, tenía deseos de alejarse todo lo posible de aquel lugar, antes de que se corriera la voz y jinetes más perseverantes y con mejores cabalgaduras y armas pudieran perseguirle. Pero sin darse cuenta, instintivamente, comenzó a prestar más atención al peligro de las piedras y los huecos que encontraba en su camino.

La inquietud le mordía ahora interiormente de una nueva forma. Los perros suponían una amenaza para él, según acababa de comprobar. De los seres humanos podía esconderse y observarlos sin ser visto, pero los perros tenían olfato y oídos delicados, con los que podían localizarle en la oscuridad o en un escondite. Y los pastores significaban perros, muchos perros. No había pensado encontrar ovejas tan al este. De acuerdo con sus cálculos — había perdido el único mapa que tenía, pocos días antes—, debía de hallarse para entonces no demasiado al oeste de Nebraska o de las Dakotas.

Un repentino y desesperado sentimiento de soledad le abrumó de pronto. Era un proscrito, y no podía esperar que nadie ni nada le prestasen ayuda. Si llegaba a encontrar un compañero para realizar el peligroso viaje los dos

juntos, la llegada a Twin Peaks podía suponer un verdadero riesgo. A decir verdad, lo que Jeebee temía más era que en uno de aquellos momentos de desesperación pudiera abandonar, simplemente. Pudiera detenerse y dar la vuelta para que le abatieran de un tiro los jinetes armados que le perseguían. O bien que apareciese inerme en algún campamento o ciudad para ser robado y muerto, sólo para terminar con todo de una vez.

Luchó, pues, contra el sentimiento de soledad y desesperación, y se obligó a pensar constructivamente. ¿Qué era lo mejor para él en aquellas circunstancias? Tal vez estaría más seguro si abandonase la motocicleta, pero en ese caso no salvaría las distancias tan rápidamente. Con un poco de suerte, y si seguía utilizando la moto, se hallaría fuera de aquella zona de ovejas en poco más de un día.

Llevaba dos envases con cinco litros de gasolina cada uno, atados detrás del sillín de la máquina. Esa abundante cantidad de combustible le proporcionaba un alcance de cerca de seiscientos kilómetros, aun yendo por los terrenos más difíciles.

Seiscientos kilómetros. Eran como oro para un mendigo. La moto resultaba demasiado valiosa para abandonarla. Sí, sería mejor seguir adelante en ella y pensar sencillamente que se solucionarían los problemas, como acababa de ocurrirle, en caso de que se encontrase metido en ellos de nuevo.

Claro que podía esconderse en algún sitio por el día, y viajar sólo por las noches. Sin embargo, avanzar con la máquina por la noche era más peligroso. Aun con luna llena tendría dificultades para localizar las piedras y los baches que surgiesen delante de la moto. No, el mejor plan era recorrer tanto camino como pudiese mientras alumbrase la luz del sol. Al llegar la noche, resolvería lo que debía hacer...

Pensando en todo esto, Jeebee alcanzó la parte superior de la loma que había estado ascendiendo, y al mirar abajo divisó un río, situado a unos doscientos metros de distancia, que corría rápidamente de sur a norte, cruzando el camino que él seguía hacia el oeste.

Jeebee observó el río con desaliento. Luego, descendió con precaución por la ladera que tenía delante hasta que detuvo la motocicleta a la orilla misma de la rápida corriente de agua.

Se trataba, evidentemente, de un río cuyo caudal estaba notablemente incrementado con el deshielo de la primavera. Resultaba peligroso por los abundantes despojos flotantes que arrastraban las veloces aguas. Descendió de la moto y hundió una mano en el torrente. Se le entumecieron los dedos con una temperatura similar a la de la nieve fundida.

Volvió a ponerse en pie y montó de nuevo en la moto, moviendo negativamente la cabeza. Con agua tranquila y cálida se habría arriesgado a cruzar nadando, mientras empujaba la moto y sus demás pertenencias en una rústica balsa hecha por él. Pero eso no era posible en aquel río.

Tendría que seguir la orilla hacia arriba o hacia abajo hasta que encontrase un puente por donde pudiera cruzar. Pero ¿hacia dónde se hallaría el puente? Miró a la derecha y a la izquierda. Hacia la derecha era corriente abajo, y esto, tradicionalmente, llevaba hacia la civilización; lo cual significaba casas habitadas y posibles enemigos. En consecuencia, volvió el manillar de la motocicleta corriente arriba y emprendió la marcha.

Por fortuna, la tierra de las orillas del río estaba allí llana y sin excesiva vegetación, por lo que avanzó con rapidez cortando camino por lugares donde el río se curvaba, ahorrando de ese modo bastante tiempo. Casi sin darse cuenta llegó a un recodo tras el cual divisó un puente que se alzaba recto y alto sobre las aguas rápidas y grisáceas.

Era un puente de ferrocarril.

Durante unos segundos se sintió desesperado. Era un mero reflejo condicionado de la época civilizada, cuando resultaba peligroso cruzar los puentes ferroviarios por temor de ser sorprendido en mitad del cruce por la llegada de un tren. Cuando aquel temor se hubo desvanecido, el corazón y las esperanzas del hombre brincaron juntos. Para sus fines, un puente de ferrocarril era lo mejor que podía haber hallado.

En efecto, no había tráfico por los carriles, y para un vehículo tan ligero como su moto, el pequeño andén que había a los lados de las vías sería tan eficaz como una autopista.

Ascendió el talud hasta los carriles y detuvo la moto para situarla en la pasarela lateral. Volvió a montar y en un breve y saltarín recorrido llegó al otro lado del río que poco antes le había parecido una barrera infranqueable.

En la otra orilla el terreno era aún más abierto. Levantó la máquina del andén del puente y, depositándola sobre las piedrecillas del terreno, prosiguió su viaje paralelo a las vías. Los márgenes presentaban desigualdades de cuando en cuando, allí donde la lluvia había arrastrado la tierra superficial talud abajo. Pero en su mayor parte era como viajar por un camino de tierra bien conservado, y Jeebee prosiguió su jornada a una marcha regular, cercana a la velocidad de la máquina.

Había otra ventaja en viajar junto a los carriles del tren, y no pensó en ella hasta que no estuvo haciéndolo. Y era que el talud de las vías le alzaba por encima del terreno circundante, por lo que podía observar los posibles peligros que le amenazasen. Estaba ahora dejando atrás la zona levemente montañosa que había recorrido algún tiempo antes. El terreno que atravesaba, a ambos lados del terraplén de las vías, era llano hasta el horizonte, excepto muy lejos, en la distancia, donde las vías se curvaban hasta perderse de vista entre algunas lomas.

Hasta donde alcanzaba a ver, no había rebaños de ovejas. Más aún, no se percibía ningún rastro de hombres o de animales.

Durante un raro momento, Jeebee se sintió tranquilo y lleno de esperanzas. Hacia el oeste del Mississippi, unas vías del ferrocarril podían cruzar el terreno de praderas durante kilómetros y más kilómetros sin que se encontrase a su paso ningún poblado. Con algo de suerte se habría alejado de esa zona ovejera antes de lo previsto.

Más hacia el oeste, le escribió su hermano Martin en la última carta que Jeebee recibió de él, los rancheros que habitaban aislados en terreno ganadero se habían visto menos afectados que los demás por el derrumbe del mecanismo de la civilización. Allí la ley y el orden seguían existiendo en cierto modo. Podría traficar con el botín que había conseguido en el sótano, y podría conseguir con relativa seguridad las cosas que necesitaba.

En primer lugar, un rifle más eficaz que el de calibre 22 de que disponía. Era una pequeña arma bastante buena, pero carecía de potencia. El disparo resultaba demasiado ligero como para producir el tipo de impacto que detuviera el ataque de un hombre o de una bestia enfurecidos. Y por allí abundaban aún los lobos, los osos e incluso algún puma, por no mencionar el

ganado salvaje, que podía ser bastante peligroso.

Por otra parte, con un fusil más pesado estaría en condiciones de abatir ese ganado, o tal vez venados, o cabras monteses —si tenía la suerte de encontrarlos a su paso—, a fin de complementar su dieta, consistente en las conservas que llevaba. Las conservas eran algo muy adecuado, pero resultaban pesadas, poco aptas para ser transportadas en una mochila. Lo que verdaderamente necesitaba en esos momentos era algo de carne congelada y desecada, o, a falta de ello, algunas sopas en polvo, harina, alubias desecadas o tocino ahumado.

Tenía una mochila llena de los mejores de esos comestibles cuando logró salir con vida de Abbotsville. En realidad, cuando había preparado el bulto no pensó que la gente de la localidad le dejaran ir así como así, sino que creía que iban a matarlo. A pesar de los tres primeros meses pasados en un aislamiento casi completo de la comunidad, se dijo después que tras vivir allí durante cinco años podía considerarse como uno más de ellos.

Pero estaba claro que nunca había sido uno de ellos. Lo que le hizo creer que los conocía fue su superficial cortesía en el supermercado o en la oficina de correos, además de la verdadera amistad que tuvo con su ama de llaves, Ardyce Prine.

La señora Prine había vivido allí toda la vida y a sus sesenta y tantos años se hallaba en condiciones de pertenecer a la generación que detentaba la autoridad en aquel lugar. Pero cuando los motines hicieron demasiado peligrosos los viajes que él realizaba hasta Detroit, al departamento de investigación de la Universidad, donde estaba el tanque pensador, la gente de Abbotsville debió empezar a pensar que estaban hartos de él, y que no podían hacerle un lugar en sus vidas. En especial cuando esas vidas comenzaron a ocuparse tan sólo de una economía local, con productos de la zona y zapatos y ropas hechos allí, que eran intercambiados por carne.

Jeebee no producía nada que ellos necesitaran. Mientras Ardyce fue su ama de llaves, le toleraron; pero el día en que dejó de hacerlo no tardó en llegar. Una breve y lacónica nota le fue entregada por el nieto de la mujer, informándole que no podía seguir trabajando para él.

Después de eso, Jeebee advirtió la creciente y apenas perceptible

enemistad que se desarrollaba entre sus vecinos. Cuando trató de marcharse en dirección al oeste, hacia Twin Peaks, notó que habían estado aguardando con sus rifles a que hiciera eso. En el momento en qué se marchó no comprendía la razón. Pero ahora se daba cuenta.

De haber tratado de irse desnudo, tal vez le hubiesen dejado hacerlo. Pero hasta las ropas que llevaba encima las consideraban como una propiedad de Abbotsville, y pensaban que huía con su botín, como un ladrón en la noche. Bule Mannerly, el droguero, se alzó como un demonio en la oscuridad de la colina, con un fusil en la mano para impedir que escapase. Y sólo la suerte de un tiro errado que partió de algún lugar oscuro de los alrededores, permitió que Jeebee huyese.

Pero una vez en camino derrochó como un necio los suministros que había llevado, sin llegar a imaginar que iba a resultar sumamente difícil reemplazarlos por algo alimenticio, y más aún siendo de la clase tan cara y especial como eran.

Sin embargo, tres meses después había aprendido la lección. Al menos la mitad de su ser se había vuelto sensata y cautelosa como un animal, con las orejas pegadas al cráneo, los ojos vigilando incesantemente y todos los sentidos atentos a ruidos, imágenes, u olores que pudieran suponer un peligro...

Se puso a soñar en las cosas que podría obtener mediante canje en cuanto llegara a algún sitio donde lograrse hacerlo sin riesgo. Además de un rifle de mayor calibre, necesitaba imperiosamente un par de botas de repuesto. Las que tenía no iban a durarle hasta Montana, si la motocicleta se estropeaba, o debía abandonarla o cambiarla debido a cualquier motivo. También sería inapreciable un revólver y municiones; pero pensar en un arma de ese tipo era como imaginar un trozo de cielo. Las armas eran lo último que la gente pensaba ceder, en aquellos tiempos.

Se sumergió tan profundamente en sus pensamientos que advirtió haber llegado a la falda de las lejanas colinas antes de lo que había imaginado. El terraplén de las vías trazaba una curva entre dos lomas cubiertas de hierba y desaparecía por las sombras de un grupo de algodonereros. Salvado este espacio, Jeebee se encontró en un pequeño valle, mirando hacia una estación

de ferrocarril, algunos corrales de ovejas y un conjunto de casas, todo ello situado a menos de ochocientos metros de distancia.

Lo mismo que le había sucedido cuando olfateó las ovejas, los reflejos de Jeebee le llevaron a apagar el motor de la máquina y a echarse de bruces sobre las piedrecillas de las vías, al tiempo que miraba, a través de una pantalla de hierbas altas y secas, hacia los edificios.

Mientras se encontraba allí tendido se dio cuenta de que el haberse echado en el suelo había sido una precaución inútil. Si alguien se encontraba en la pequeña comunidad situada al frente, ya tendrían que haber oído el motor de la motocicleta antes de que apareciese entre los árboles.

Prosiguió echado en el suelo, pero no apreció movimiento alguno en el interior del pequeño poblado o a su alrededor, aun cuando las chimeneas de hojalata de varias casas lanzaban al cielo penachos de humo gris.

En conjunto, lo que estaba observando parecía un centro o estación de carga de ovejas que había ido desarrollándose hasta constituir una especie de comunidad. Dos de los edificios parecían ser tiendas, pero la mayor parte de las casas que divisaba, constituidas por armazones de madera cubiertos con tableros grises sin pintar, podían ser cualquier cosa, desde hogares hasta almacenes.

Dio media vuelta rodando sobre un costado y retorció el cuerpo a fin de alcanzar su mochila y extraer de ella unos prismáticos. En realidad se trataba de unos gemelos de juguete, que llevaba para el menor de los hijos de Martin, un pequeño de cinco años. Eso fue lo único que pudo llevarse al abandonar Abbotsville, y constituía algo que en tiempos normales nunca se hubiera molestado en meter en su mochila. Sin embargo las lentes tenían varios aumentos, por más que no eran mucho mejores que los vidrios de una ventana.

Se llevó los gemelos a los ojos, y a través de los cristales observó los edificios. Esta vez, después de un largo y cuidadoso examen, alcanzó a divisar un perro, en apariencia dormido junto a los tres peldaños que llevaban hasta un largo inmueble que daba la sensación de ser un almacén. Siguió mirando al perro por largo tiempo, pero el animal no se movió.

Jeebee mantuvo los gemelos ante sus ojos hasta que éstos comenzaron a

lagrimear. Luego bajó el artefacto, aliviando así el peso que había gravitado sobre sus codos. Estos le dolían debido a las piedrecillas que había debajo, a pesar de su chaquetón de cuero. Por último trató de adivinar adonde había llegado.

Era posible, desde luego —la penosa aunque esperanzadora suposición se presentó en su mente—, que se tratara de alguna comunidad cuyos pobladores, incluidos los perros, hubieran resultado aniquilados por una enfermedad u otra causa. En tal caso, lo único que tenía que hacer era descender allá abajo y apropiarse lo que hallase a su alrededor.

Lo ridículo de que semejante golpe de fortuna se le presentase así en su camino hacía que rechazara esa misma idea. Pero no había duda de que los edificios daban la impresión, si no de estar desiertos, de hallarse demasiado quietos y silenciosos para que fuese algo normal. Cierto es que estaban ahora en medio de la jornada; aquél era un país ganadero, y la mayor parte de la gente del lugar podía encontrarse cuidando o guardando ovejas.

Hasta eso era una suposición rebuscada. Por muchas personas que estuviesen trabajando fuera, nadie se arriesgaría en aquellos días a dejar tantos edificios, fuera lo que fuese lo que contenían, sin protección frente a posibles saqueadores. No, allí abajo tenía que haber gente. Sencillamente, debían de estar en el interior de las casas, y por eso no alcanzaba a verles.

De improviso la respuesta surgió en la mente de Jeebee. Miró su reloj. Claro, era mediodía. Todo el mundo debía de estar comiendo.

Permaneció tendido, aguardando. Al cabo de unos veinte minutos se abrió la puerta de la casa junto a la cual estaba durmiendo el perro, y salió la primera de una serie de personas. El can ya estaba en pie cuando salió el primer individuo al que, según pudo apreciar Jeebee a pesar de la distancia, el animal tributaba una amistosa acogida.

El can se mantuvo alerta y vivaz, y ante él pasaron, una a una, media docena de personas, que tras salir del edificio se dispersaron y desaparecieron en el interior de otras casas. Todos parecían ser varones y adultos. Poco después de que el último de ellos hubo desaparecido, la puerta se abrió de nuevo y una figura con faldas hizo su aparición, arrojó algo al perro y regresó metiéndose en el interior. El animal volvió a echarse para mordisquear la

comida que le habían lanzado.

Jeebee permaneció donde estaba, reflexionando. Podía continuar allí hasta la noche, y entonces empujar su moto en torno al poblado y proseguir por las vías, una vez que estuviese a prudente distancia.

Mientras pensaba esto, percibió el rumor de un motor de un cilindro que empezaba a funcionar, y un momento después un pequeño vagón de motor aparecía ante su vista en las vías, más allá de los edificios. Continuó vías arriba hasta desaparecer a lo lejos, junto con el ruido de su motor.

Jeebee sintió un escalofrío, mientras seguía mirando el sitio por donde se había perdido el vehículo. Un vagón como aquél podía llegar a alcanzar los noventa kilómetros por hora por unas vías en buenas condiciones. Es decir, que podía superar a su motocicleta con facilidad. Había tenido suerte de que no hubiera avanzado hacia donde él se hallaba, y en lugar de eso se hubiese alejado en dirección contraria. Claro que él podía haber bajado del terraplén de la vía para ocultarse entre las altas hierbas de la zanja antes de que le hubieran localizado, pero de todos modos...

Repentinamente tomó una decisión. Era necesario terminar con tantas especulaciones. En algún lugar debía arriesgarse a iniciar un trato comercial, y aquel sitio no parecía peor que cualquier otro. Por consiguiente, volvió hacia atrás, levantó la motocicleta y puso en marcha su motor.

Abierta y ruidosamente descendió por el terraplén y se acercó a los edificios.

Hubo un clamor de ladridos cuando entró en el poblado. Cerca de una docena de canes de diversas razas, aunque todos del tipo del perro pastor, se reunieron alrededor de Jeebee cuando éste se dirigió en la moto hasta la casa ante cuya puerta había visto al primero de los perros, y de donde salieron los hombres. Precisamente, ese animal era uno de los que le seguían ladrando más ruidosamente. Lo mismo que los demás, el perro se le acercaba mucho, pero no daba la impresión de querer morderle. Ello era una buena señal, pensó, en cuanto a la actitud de los dueños de esos canes respecto a los forasteros.

Detuvo la motocicleta, se bajó de la misma, y con el rifle en la mano y la mochila a la espalda, ascendió los tres peldaños que conducían hasta la

puerta. Golpeó con los nudillos. No recibió respuesta.

Al cabo de unos segundos volvió a golpear. Como tampoco entonces contestara nadie, Jeebee empuñó el picaporte. Este giró con facilidad y se abrió la puerta. Penetró en el interior de la casa dejando a sus espaldas el grupo de perros ladrones del poblado. Los ladridos no se interrumpieron cuando entró en el edificio, pero se atenuaron al interponerse las paredes de madera.

Jeebee echó un vistazo a su alrededor, a la estancia en que se encontraba. Era de amplias dimensiones, con seis mesas redondas y cuatro sillas en cada una de ellas. Todo parecía ser de antes del desastre. A lo largo de una pared se veía un bar angosto y alto, pero con sólo unos vasos boca abajo en el estante situado detrás.

Más allá del bar había otra puerta, ésta cerrada, la cual dedujo Jeebee que conducía al interior del edificio. Al final del pequeño bar se veían algunos platos, vasos y cubiertos que daban la impresión de haber sido recogidos tras la marcha de los comensales, los hombres que Jeebee vio salir de la casa poco antes, cuando estaba tendido en el terraplén observando desde las vías.

El clamor de los perros que había en el exterior aumentó de pronto de volumen. Luego, inesperadamente, se resolvió en algunos ladridos sumisos y al fin reinó el silencio. Jeebee se acercó rápidamente a la ventana y desde allí miró hacia afuera.

Aproximándose a los escalones del exterior llegaba una extraña figura femenina. Una mujer que debía de ser tan alta como el mismo Jeebee, pero vestida con un atuendo del siglo pasado, con grandes volantes de ajada tela de color negro, que le caía hasta la punta de las fuertes botas que calzaba. Llevaba un pequeño bonete en la cabeza.

La mujer se adelantaba con pasos largos y recios, mientras sostenía con una mano un pedazo de cadena. Pero ésta resultaba innecesaria, pues pendía floja desde su ajuste en el collar de cuero de un gran perro que iba a su lado.

Había sido el perro lo que hizo que los demás quedasen en silencio. No se trataba de un pequeño perro pastor, sino de un pastor alemán, vez y media más grande que cualquiera de los otros. Tenía el pelaje espeso e hirsuto, como animal que ha pasado la mayor parte del invierno a la intemperie. Su

collar era grueso y de él salían numerosas púas metálicas de punta aguzada, según pudo comprobar Jeebee cuando el animal estuvo más cerca.

El pastor alemán no prestó la menor atención a los demás perros. Los ignoró como si no existieran, mientras avanzaba al lado de la corpulenta mujer, sin dar señales, con el cuerpo o con la cola, de que hiciera algo que no fuera un cometido importante. Los otros canes se apartaron a su paso, y se sentaron o tendieron en el suelo, manteniéndose en silencio en tanto se lamían las patas con lenguas húmedas e inquietas.

La mujer y el perro subieron los peldaños exteriores de la casa. Ella abrió la puerta y penetró en la estancia donde estaba Jeebee. Cuando la mujer cerró la puerta a sus espaldas, los ladridos se iniciaron tímidamente, pero en seguida volvieron a acallarse.

—Le oí cuando venía hacía aquí —dijo la mujer a Jeebee con una voz ronca y profunda, como la de una persona de mucha edad—. Salí a buscar a mi perro guardián, el que ve usted ahora.

Jeebee palpó el metal del gatillo de su rifle y notó que éste estaba resbaladizo bajo su mano derecha. La mujer, según pudo ver ahora que estaba más cerca, llevaba un cinturón de cuero negro en torno a la cintura, y de él pendía una pequeña pistolera. En la pistolera descansaba un pequeño revólver de cañón corto.

No había duda de que la mujer sabía emplear el arma. Jeebee no dudaba de que el perro le atacaría, si ella le daba la orden correspondiente. Y abrumándole por completo, persistía en él la vieja duda de si sería capaz de alzar el rifle y disparar, incluso para defender su propia vida.

—Siéntate —dijo la mujer al enorme perro; y añadió—: ¡Vigila!

El perro pastor alemán se tendió delante de la puerta que llevaba al exterior. Su negro hocico apuntó durante un momento en dirección adonde se encontraba Jeebee, y ésa fue la única reacción que mostró.

La mujer alzó la cabeza y miró directamente a Jeebee. Tenía un rostro bronceado, de aspecto masculino, con fuertes huesos y labios delgados. Unas profundas líneas en forma de paréntesis se extendían desde la base de la nariz hasta la barbilla, a ambos lados de la boca. Debía de tener al menos cincuenta años, pensó Jeebee.

—Está bien —dijo la mujer—; veamos qué le trae a usted al poblado.

—He venido para intercambiar algunas cosas —respondió Jeebee.

Su propia voz sonaba extraña en sus oídos, cómo los quebradizos sonos de un viejo disco del que la mayor parte de los tonos bajos se hubieran perdido en la grabación.

—¿Qué es lo que trae?

—Diversas cosas. ¿Y usted? ¿Tiene usted u otra persona de por aquí calzado, comida o quizá otros objetos que podamos cambiar?

La voz de Jeebee se dejaba oír ahora con tono más normal. Se había inclinado más la visera de la gorra sobre los ojos antes de entrar en el poblado, y tuvo esperanzas de que la penumbra reinante en aquel interior, que atenuaba sólo la luz de las ventanas situadas a la derecha, no dejara ver a la mujer la pálida inocencia de sus ojos y su frente.

—Puedo cambiarle lo que desea... probablemente —dijo la mujer—. Venga conmigo. Tú también.

Las últimas palabras fueron dirigidas al perro. Este se levantó y salió sin hacer ruido detrás de ella. La mujer, precediendo a Jeebee, traspuso la puerta más lejana pasando luego a otra habitación que parecía un simulacro de vestíbulo de hotel. Un corredor se iniciaba en una pared frontera, y a él daban diversas puertas cerradas.

El vestíbulo estaba equipado con lo que probablemente fuera un mostrador de recepción. Este, junto con media docena de mesas redondas, estaba situado entre lo que al primer vistazo parecía un increíble conjunto de trastos, desde viejos neumáticos hasta cafeteras que mostraban las abolladuras y marcas de un prolongado uso. Un segundo vistazo mostró a Jeebee que en aquella estancia había un orden dentro del aparente caos.

Las telas se amontonaban en dos de las mesas, y todos los utensilios de cocina se hallaban reunidos, junto con las cafeteras, en otra mesa.

—Vigila —dijo la mujer al perro, que de nuevo se tendió en posición de alerta ante la puerta cerrada por la que acababan de entrar—. Veamos lo que trae —manifestó la mujer, al tiempo que señalaba hacia un extremo del mostrador de recepción, donde había sitio libre.

Jeebee desabrochó su chaquetón de cuero de reciente adquisición —el

perro alzó el hocico en el aire, de nuevo—, y empezó a sacar de debajo de su cinturón destornilladores, limas, escoplos y otras herramientas pequeñas que había cogido en el sótano de la granja. Cuando hubo terminado de hacer esto, se quitó la cadena de metal que llevaba arrollada a la cintura y la dejó sobre la superficie de madera del mostrador, donde sus eslabones tintinearón sordamente.

—Tal vez pueda usted emplear esto —dijo Jeebee, señalando con la cabeza al perro del modo menos ostensible de que fue capaz.

—Tal vez —repuso la mujer, con voz monótona—. Pero éste no necesita demasiada sujeción. Suele actuar por las órdenes que se le dan.

—¿Es un perro pastor? —preguntó Jeebee, mientras ella examinaba las herramientas.

La mujer levantó la vista y le miró directamente al rostro.

—Debería usted conocer mejor los perros —dijo—. No es un pastor. Es un perro de presa, capaz de matar.

Le observó en silencio un momento y añadió:

—¿Acaso no lo sabe? ¿Qué es usted, un vaquero?

—No, yo no lo soy —contestó Jeebee—. Mi hermano sí lo es. Me dirijo hacia donde él vive.

—¿Dónde? —inquirió ella, sin rodeos.

—Hacia el oeste. Probablemente no le conoce.

La miró a los ojos, y le pareció el momento de jactarse un poco.

—Lo cierto es que tiene un rancho bastante grande —añadió Jeebee—. Está allí, esperándome.

Lo último, una mentira, lo dijo él de un modo que le pareció convincente. Tal vez pasara, con el poco de verdad que le había precedido. La mujer, de todos modos, le observó sin cambio alguno de expresión. Luego se inclinó para examinar de nuevo las herramientas.

—¿Qué le ha hecho pensar que yo era vaquero? —preguntó Jeebee, porque el silencio de la mujer le estaba poniendo nervioso.

Deseaba que le hablara, como si mientras lo estuviese haciendo nada fuera a salir mal.

—La chaqueta es de vaquero —aseguró ella, sin volverse a mirarle.

—Ah...

Iba a decir algo, pero se calló de pronto. Estaba claro que se refería al chaquetón de cuero que llevaba puesto. No sabía que hubiese una diferencia perceptible entre el atuendo de un vaquero y el de un ovejero. ¿Acaso no usaban chaquetones de cuero los criadores de ovejas? Evidentemente, no; o al menos no eran del mismo estilo.

—Esta es una región ovejera —manifestó la mujer, siempre sin mirarle, y Jeebee escuchó aquella declaración como si se tratara de una pistola, que apuntando hacia él estuviera a punto de disparar.

—¿Región ovejera? —preguntó él.

—En efecto —dijo la mujer—. Aquí no hay ningún vaquero, ahora. Ese *fue* un perro de vaqueros.

Así diciendo la mujer señaló con el pulgar hacia el perro guardián. A continuación reunió las herramientas y la cadena delante de ella, como si ya le pertenecieran.

—Está bien. ¿Qué quiere usted por esto? —preguntó al hombre.

—Un par de botas buenas. Algo de tocino ahumado, judías, o harina y una pistola. Un revólver.

Ella alzó la mirada al escuchar las últimas palabras.

—Un revólver —dijo con desdén, y empujando el montón de herramientas hacia él, añadió—: Será mejor que se marche de aquí.

—Bueno, no sé qué tiene eso de malo.

—Un revólver —repitió ella con voz ronca, como si estuviera a punto de escupir—. Le daré cuatro kilos de maíz seco y dos de grasa de cordero. Y puede elegir un par de botas entre las que están ahí, encima de la mesa. Eso es todo.

—Un momento, espere...

Los muchos kilómetros que recorriera desde Abbotsville no le habían despojado por completo de su cortesía, pese a los tiempos que estaba viviendo.

—No hable así —continuó Jeebee—. Usted sabe, y yo también, que esas herramientas valen mucho más que eso. Ya no es posible conseguir objetos de metal como éstos. Si quiere engañarme un poco, hágalo. Pero no tanto.

Hablemos con algo más de cordura.

—No hay nada de qué hablar —dijo la mujer, al tiempo que rodeaba el mostrador y se enfrentaba con él.

Jeebee pudo advertir la mirada de ella que escrutaba bajo la sombra de la visera de su gorra como si estuviera descubriendo su debilidad, su vulnerabilidad.

—¿Con quién más va usted a tratar? —preguntó a continuación la mujer.

De pronto una gran oleada de soledad, de cansancio, abrumó de nuevo a Jeebee. La parte frontal y pensante de su cerebro reconoció que las últimas palabras de la mujer eran un peldaño para llegar a un acuerdo. Ahora era el momento de que él hiciese una contraoferta, de que se burlase de lo que le ofrecía, de que se enfureciese y protestase. Pero no podía hacerlo. Se encontraba demasiado aislado emotivamente, demasiado vacío en su interior. En silencio comenzó a recoger la cadena y las herramientas, y fue metiéndoselas en el cinturón.

—¿Qué está haciendo? —chilló la mujer, de pronto.

Jeebee se detuvo y la miró.

—Bueno —manifestó—. Ya encontraré otro lugar.

Mientras decía estas palabras, el hombre se preguntó si ella no llamaría al perro, y si podría salir con vida de aquel poblado.

—¿Otro lugar? —repitió ella, sarcásticamente—. ¿No le he dicho que no hay ningún otro sitio cerca de aquí? ¿Qué demonios le pasa? ¿No ha negociado antes de ahora?

Jeebee dejó de meter las herramientas tras el cinturón y observó a la mujer.

—Está bien —dijo ella, y buscó algo debajo del mostrador—. Quería cambiar eso por un revólver, ¿no? ¡Ahí tiene!

Tendió Jeebee la mano y recogió el arma niquelada, de caño corto, que ella había arrojado delante de él. El revólver estaba picado de herrumbre, y cuando echó hacia atrás el percutor advirtió en su parte inferior una densa acumulación de óxido. Era un arma barata, que valdría nueva todo lo más quince o veinte dólares. Jeebee no entendía mucho de armas, pero era evidente lo que le estaban ofreciendo.

La cabeza se le aclaró de repente. Si ella quería tratar, había una esperanza, al fin y al cabo.

—No —contestó él, empujando el barato y sucio revólver hacia la mujer—. No hagamos disparates. Yo le daré todo esto por un rifle. Un rifle de venados, del 7,65, aproximadamente. Y también municiones. Olvídese de los alimentos, las botas y lo demás.

—Incluya entonces la motocicleta —manifestó la mujer.

Jeebee se echó a reír. De pronto se sobresaltó al oírse reír a sí mismo, igual que si acabara de escuchar la risa de un cadáver.

—Usted sabe bien lo que hace —repuso él, moviendo una mano hacia la pila de herramientas del mostrador—. Aunque tal vez usted pudiera hacer nuevas herramientas de la hoja de una ballesta de automóvil vieja, hay algo que no podría hacer nunca, y es una cadena como ésa. Especialmente valiosa para una persona que como usted tiene muchas cosas que proteger. Y aunque éste sea un país ovejero, estoy seguro de que no andan escasos de armas. Deme un rifle calibre 7,65 y media docena de cajas de balas.

—¡Dos cajas! —replicó ella, tajante.

—Dos cajas y cinco cartuchos de dinamita.

A Jeebee le daba vueltas la cabeza, ante el éxito de su negociación.

—No tengo dinamita. Sólo los imbéciles pueden tener eso con ellos.

—Seis cajas de balas, entonces.

—Tres.

—Cinco —dijo él.

—Tres —insistió la mujer y se enderezó detrás del mostrador, añadiendo después—: Eso es todo. ¿Traigo el rifle?

—Tráigalo.

Dio vuelta y se encaminó por el pasillo hasta la segunda puerta de la izquierda. Se escuchó el chirrido de una llave en su cerradura y la mujer entró en la estancia. Un momento después volvió a salir, cerró de nuevo la puerta y trajo consigo un rifle y dos cajas de municiones, que depositó encima del mostrador.

Jeebee cogió ávidamente el arma e hizo los movimientos precisos para examinarla. La verdad era que no estaba siquiera seguro de si lo que

empuñaba era un rifle de calibre 7,65. Pero había usado lo bastante el rifle anterior como para notar cualquier señal de suciedad y desgaste en un arma. La que veía ahora estaba limpia, recientemente aceitada y en buenas condiciones.

—Mire usted eso, señor —dijo la mujer—. Tengo otro rifle que tal vez le guste más. Pero no está aquí. Voy a buscarlo.

La mujer dio media vuelta y se encaminó a la puerta.

—¡Vigila! —dijo al perro, y éste se paró sobre sus patas, con los ojos fijos en Jeebee.

Pasó ella delante del hombre, y tras cruzar el umbral cerró la puerta a sus espaldas.

Jeebee permaneció inmóvil, escuchando, hasta que oyó el lejano sonido de la puerta exterior que se cerraba, retumbando luego el eco por toda la casa. Después, con gran lentitud para no provocar un ataque reflejo en el perro, deslizó una mano en una de las cajas de cartuchos que había traído la mujer, la abrió empleando sólo los dedos de esa mano, y extrajo dos balas. Depositó una sobre el mostrador, y siempre muy despacio introdujo la otra en el hueco del cargador del rifle.

Osciló un poco, pero el perro no se movió. Con otro leve y rápido movimiento, colocó el proyectil en posición de fuego...

O trató de hacerlo. Lo cierto es que el mecanismo no se cerraba. Echó hacia atrás el cierre mientras lanzaba una maldición para sus adentros. La mujer le había engañado hasta en eso. Las balas no eran del mismo calibre que el rifle. La que introdujo en el arma era de calibre superior, y apenas entraba la cabeza.

Lentamente extrajo la bala y depositó el rifle sobre el mostrador. Las municiones adecuadas estarían, desde luego, en aquella estancia situada pasillo adelante, pero sus posibilidades de llegar hasta allí...

De todas formas, podía intentarlo. Dio un paso alejándose del mostrador, en dirección al corredor.

Inmediatamente el perro reaccionó, y dio asimismo un paso hacia Jeebee. Este se quedó mirándolo. El can permaneció como una estatua, con la cola inmóvil y sin emitir el menor sonido de amenaza, aunque sin manifestar

tampoco signo alguno de tranquilidad. Era la representación del deber y la vigilancia encarnados en un animal.

Estaba claro, se dijo Jeebee, que nunca le dejaría llegar a la puerta del cuarto donde se hallaban las armas, y menos aún romper la cerradura para entrar. Volvió a mirar al perro y calculó que pesaría unos sesenta y cinco kilos, todo ello en forma de una destructora máquina de carne y hueso. Algunos años antes había visto unas películas sobre el entrenamiento de dichos perros...

Un sonido lejano de voces, poco más alto que el límite perceptible por el oído, atrajo la atención de Jeebee. Llegaban desde el exterior del edificio.

Dio un paso en dirección a las ventanas. Esto le acercó también al perro, y ante aquel primer paso el animal no se movió. Pero cuando al dar otro paso el can avanzó hacia él, no gruñó ni se mostró amenazador, pero en su peludo cráneo los ojos brillaron como trozos de fría porcelana opaca, sin sentimiento alguno.

Su movimiento, sin embargo, había llevado a Jeebee hasta un lugar de la habitación desde el cual alcanzaba a mirar por la ventana, y podía ver la zona del edificio situada por delante de la escalerilla exterior de tres peldaños. La mujer estaba allí, pero rodeada ahora por cinco hombres, todos con rifles o escopetas. Mientras permanecía quieto forzando el oído en aquel cuarto caliente y silencioso, el sentido de sus palabras llegó débilmente hasta él a través del vidrio y la distancia.

—¿Dónde estabais? —decía la mujer, colérica—. Le vi dispuesto a echarse encima de mí. Quiero que dos de vosotros vayáis por atrás...

—Eh, un momento —le interrumpió uno de los hombres—. Tiene un rifle. No vamos a enfrentarnos a esa arma sólo porque tú quieras su motocicleta.

—¿Acaso la quiero para mí? —manifestó la mujer—. Todo el poblado podrá usarla. Creo que bien vale la pena.

—Si nos pegan un tiro, no valdrá la pena —insistió el hombre que había hablado antes—. Haz que le ataque tu perro.

—¡Y que lo mate de un balazo! —exclamó la mujer, ronca y profundamente.

—¿Y por qué no? —terció uno de los otros hombres—. Ese perro no vale para nada bueno. Ya ha dado muerte a cuatro buenas ovejas, y nadie se atreve a acercársele. Debiste liquidarlo tú misma, cuando entramos donde Callahan.

—¡Es un perro valioso, lo mismo que la motocicleta! —aseguró la mujer, haciendo una seña hacia la máquina—. Tenéis que correr algún riesgo, si queréis obtener un beneficio.

—Ve adentro y hazle salir —dijo uno de los hombres, tercamente—. Hazle salir sin que sospeche nada, para que podamos dispararle sin correr riesgos.

—Si sale —dijo la mujer—, lo hará con una carabina cargada, en lugar de su pequeño rifle. ¿Queréis enfrentaros a eso? ¿Vais a hacer lo que os mando? Yo ya hice mi parte al encararme con él. Ahora sois vosotros...

La discusión proseguía. El sentimiento de soledad y vacío espiritual crecía en el interior de Jeebee. Se dejó caer despacio hasta sentarse sobre la madera del suelo, dejando cruzado su pequeño rifle sobre las rodillas y cubriéndose el rostro con las manos. Que entrasen al fin. Que terminase todo de una vez...

Pero él siguió allí sentado mientras los segundos continuaban transcurriendo, y se dio cuenta de que no estaba del todo dispuesto a morir, todavía. Alzó la cabeza y vio el hocico del perro. El animal le miraba frente a frente. No había más de quince centímetros entre ambos.

Durante un momento el animal permaneció totalmente inmóvil, y luego extendió el cuello, olfateando al hombre. Su negro morro comenzó a moverse cuerpo arriba, husmeando la chaqueta. De pronto una loca esperanza dominó a Jeebee. Lentamente cerró las manos sobre el rifle que aún conservaba sobre las rodillas, y con la mano izquierda fue dirigiendo la boca del arma hacia la cabeza del perro mientras la mano derecha buscaba el gatillo. A una distancia tan corta, incluso una bala pequeña como la de su rifle podría atravesar el cráneo del animal...

Su índice tocó el gatillo y tembló encima del metal. El perro no prestaba atención a eso. Tenía el hocico metido a medias en la abertura superior de la chaqueta, y continuaba olfateando. De pronto retiró la cabeza y miró directamente a los ojos a Jeebee.

En ese momento el hombre se dio cuenta de que no podría hacerlo. De ese modo no podía matar ni siquiera a un perro. Al fin y al cabo, ¿de qué le hubiera valido? Aun cuando hubiese matado al animal, los hombres que estaban fuera habrían terminado por liquidarle. Y además, ¿qué clase de perro estúpido era aquél, que se dejaba poner un rifle directamente en la cabeza, faltando poco para que apretaran el gatillo?

—¡Vamos, fuera! —gruñó Jeebee, y pegó un leve puñetazo al animal en un costado de la cabeza.

El hocico se desvió un momento con el golpe. Pero volvió a su posición anterior. Los ojos de porcelana miraban a Jeebee de un modo indescifrable. Luego la cabeza descendió, descendió, hasta que una lengua roja y áspera fue a lamer el dorso de la mano que le había golpeado.

Jeebee miró hacia la puerta. Entonces, antes incluso de que tuviera tiempo para pensarlo, respondiendo a una reacción instintiva, tendió su mano y acarició suavemente el pelaje espeso de la cabeza inclinada.

—Lo siento, chico —susurró—. Lo siento...

El enorme perro apoyó su cuerpo contra Jeebee, con lo que estuvo a punto de hacerle caer hacia atrás. Pero aun entonces no movió la cola del modo corriente con que lo hacen los canes. El rabo se meneó en cambio horizontalmente, lento y cauteloso, y luego volvió a quedarse quieto.

Las grandes mandíbulas aferraron por la muñeca la mano que acariciaba, y mordisquearon suave y cariñosamente. Los ojos volvieron a observar a Jeebee, pero ahora ya no eran de porcelana opaca, sino unas ventanas de cristal que daban a un par de largos túneles gemelos, hasta llegar a donde ardía un fuego salvaje e implacable.

Como las aguas que irrumpen desde un dique que ha reventado, aquella muestra de afecto del animal estalló en la árida alma de Jeebee. Lo mismo que el agua para una garganta reseca, así era de doloroso el contacto. Por último, Jeebee se encontró rodeando con ambos brazos el cuello del gran perro, apretando a la bestia contra él.

Pero aun cuando interiormente se sentía aliviado, la mente del hombre no dejó de trabajar. Era el chaquetón, desde luego, se dijo. La chaqueta y el perro debían de proceder ambos de la derruida casa donde él estuvo a

cubierto varias noches antes. La prenda aún debía de conservar el olor del vaquero que había sido el verdadero amó del animal. Y tras llevar varios días el chaquetón puesto, el olor de Jeebee había terminado por confundirse con el de la prenda, hasta formar uno solo.

Y también, por encima de todo, estaba el hecho de que la chaqueta y Jeebee no olían a oveja, que era el olor al que apestaba aquel poblado, su gente y los edificios, y que percibía con desagrado la sensible nariz del animal.

De todas formas, lo que había ocurrido era poco menos que un milagro. No podía creerlo. Casi lloraba y reía a un tiempo, sentado en el suelo, con los brazos en torno al cuello del can, y eludiendo la húmeda lengua, que buscaba su rostro. Debió haber recordado, se dijo, que tiempo atrás, en los férreos años, también se producían milagros. Y ahora todo cobraba vida de nuevo.

Ese pensamiento le recordó el peligro en que aún se encontraba. Jeebee se puso en pie rápidamente y corrió hacia la cerrada puerta del cuarto en el que entró la mujer, seguido de cerca por el perro. Un golpe con la culata de su pequeño rifle hizo saltar la cerradura, de mala calidad, y la puerta se abrió para dejarle ver un estante donde se alineaban rifles y escopetas, así como una fila de pistolas.

Se apoderó de un revólver y del único rifle que conocía, un «Weatherby Magnum 300». Además, encontró cajas de municiones para las dos armas, entre muchas otras cajas que llenaban otro estante en la pared opuesta del pequeño cuarto. Jeebee cargó el revólver y el «Weatherby», e introdujo la pistola en su cinturón, así como las cajas de balas en los bolsillos. Luego, seguido por el corpulento can, corrió de nuevo por el pasillo, esta vez hacia el extremo más alejado.

Algo hacia el fondo, el corredor volvía sobre la izquierda en un ángulo de noventa grados, cruzando a lo ancho el edificio hasta llegar a un lugar sin salida, donde sólo había una ventana, con una cortina. A través del vidrio pudo ver Jeebee a dos hombres, que junto con tres de los perros del poblado permanecían aguardando vigilantes.

Oculto tras la cortina de la ventana, Jeebee destrozó el cristal con el cañón del pequeño rifle que aún conservaba con él, y disparó varias veces al aire por

el hueco, hasta que se agotó el cargador. Entonces arrojó el arma por la ventana y saltó fuera.

Los dos hombres, indemnes, huían a todo correr. Desaparecieron de la vista de Jeebee doblando la esquina más lejana del edificio, seguidos de cerca por los tres perros. Jeebee miró a su alrededor, vio la ladera de las colmas sobre los techos de su izquierda, y corrió hacia allí entre dos de las casas.

Avanzó rápidamente por el callejón que había entre los dos edificios, y de pronto recordó que la mitad de sus pertenencias se hallaban en la motocicleta, y que ésta estaba irremediablemente perdida. Un ramalazo de miedo intentó abrumarle, pero quedó ahogado por la energía y la actividad de aquellos instantes. No era momento de pensar en recuperar nada, sino de escapar cuanto antes.

Se escabulló desde una calleja a otra, junto a los edificios, y al fin, entre el último par de casas, vio el camino abierto hacia los montes, de los que le separaba una amplia ladera de poblados maizales. Justamente saliendo del campo de maíz, para dirigirse hacia la estación, a sólo veinte metros de donde estaba Jeebee, había un hombre con una escopeta en las manos. Le acompañaban un par de perros que avanzaban trotando delante.

El hombre se detuvo al ver a Jeebee y alzó la escopeta con gesto vacilante. El perro de presa, que se hallaba detrás de Jeebee, corrió en silencio hacia los otros dos canes, más pequeños. Uno de ellos giró en redondo y huyó. El segundo se mantuvo firme por un momento, y cayó con un aullido que se convirtió en un ahogado gemido de muerte cuando el gran perro cerró sus mandíbulas en torno a su cuello.

La escopeta del hombre, que se había alzado para apuntar a Jeebee, cambió de dirección y apuntó hacia el corpulento perro de presa.

Jeebee levantó el fusil «Weatherby». Esta vez, sin pensarlo, tiró a matar.

Pocos minutos después, oculto entre los maizales, Jeebee miró por entre los tallos de las plantas hacia el poblado. Cierta número de figuras deambulaban entre los edificios y el borde de los campos de maíz, pero nadie intentaba seguirle.

Jeebee se volvió e inició la marcha entre dos de las colinas, manteniendo los sembrados como pantalla entre él y los edificios. Había perdido el rifle

pequeño al salir de la casa; la mitad de sus pertenencias y la motocicleta quedaban abandonadas detrás de él. Pero el gran perro se apretaba contra sus piernas mientras iban avanzando. Montana era ahora su destino cierto. Y ya no estaba solo. El mundo, tal como era, y él, como había llegado a ser, se aproximaban mutuamente, por fin.

Un portador más fortalecido conducía la sabiduría hacia el oeste.

LAS DIECISIETE VÍRGENES

Jack Vance

Jack Vance es uno de los más conocidos especialistas de la narración de aventuras exóticas. Cugel el Astuto, protagonista de varios de sus relatos, vuelve en esta ocasión con otra de sus picarescas andanzas, a medio camino entre las de Ulises y las de Bertoldo.

Tras una precipitada huida de Julle, Cugel se vio avanzando a pie por aquella triste zona de colinas amarillentas conocida como Pale Rugates. Mientras se encaminaba trabajosamente hacia el sur, monte arriba, ladera abajo, Cugel, que no era un individuo impasible, se veía afectado por una serie muy variada de emociones.

Para alegría suya había burlado a sus perseguidores, pero sólo al precio de internarse temerariamente en terreno salvaje, lo que a su vez suscitaba en él la correspondiente ansiedad. Sombríos seres conocidos como sindos, shambos, erbos y grues, erraban por los Pale Rugates eludiendo todo encuentro, de lo que Cugel daba fervientemente las gracias. Pero la verdadera razón de esa actitud esquivada era la absoluta aridez de aquella región. Las dimensiones del cielo exaltaban su alma, aunque el vacío de las prolongadas distancias le provocaba fatiga y desaliento. Y así prosiguió su camino.

A falta de otra diversión, Cugel dio rienda suelta a sus emociones lanzando gritos de cólera por las indignidades que había sufrido en Julle, alternándolos con carcajadas, como recuerdo de la confusión de sus enemigos. Su inmediata incomodidad provocaba en él esas manifestaciones, mientras que la perspectiva de condiciones aún más duras le agarrotaba la garganta y alteraba su voz por completo.

Durante los dos primeros días, en impulsos de autoconvicción, alzaba los puños sobre la cabeza y exclamaba hacia el cielo:

—¡Oídmme, todos aquellos que podáis oír, en cualquier reino del mundo de los vivos en que estéis! ¡Soy Cugel, Cugel el Astuto! ¡Mi valor, mis recursos, mi astucia y mis artes son de todos conocidos! ¡No soy de los que se dejan engañar!

Aquella diversión había perdido su aliciente para entonces, y Cugel marchaba hacia el sur en silencio; pendiente arriba, ladera abajo, a través de una serie de lomas peladas, pálidas como el pergamino y cuyos contornos crecían con las sombras. Luego, un nuevo descenso hasta las hondonadas, donde a raros intervalos un arroyuelo minúsculo nutría la vegetación enfermiza.

Un día seguía a otro día. El sol se alzaba frío y tenue, y nadaba lánguidamente por el cielo azul marino. De cuando en cuando parecía oscilar, estremecerse bajo una capa fulgurante, y al fin se ocultaba como una enorme perla purpúrea más allá del horizonte occidental. Durante su marcha, Cugel encontró hierbas, raíces y lagartijas que le procuraron sustento. Por la noche se acurrucaba entre los helechos.

Llegada la tarde del séptimo día Cugel descendió cojeando por una pendiente hasta llegar a un antiguo huerto abandonado hacía tiempo. Unas pocas manzanas de piel arrugada pendían aún de las ramas de los árboles. Cugel se apoderó de ellas y las comió con avidez. Luego, al divisar el rastro de una antigua carretera, emprendió el camino por allí, convencido de que los Pale Rugates habían quedado ya a sus espaldas.

El rastro le llevó con el tiempo sobre una loma desde la cual se dominaba una extensa llanura. Un río que descendía serpenteando desde los Pale Rugates bordeaba una población situada inmediatamente debajo, y luego desaparecía entre la bruma del sudoeste.

Cugel escrutó el panorama con toda atención. En la llanura divisó unos sembrados trazados con todo cuidado, cada uno de ellos de forma cuadrada y de idénticas dimensiones. Por el río se deslizaba la barca de un pescador.

Era una plácida escena, se dijo Cugel. Por otra parte, la población había sido erigida con una extraña y arcaica arquitectura, y la escrupulosa precisión con que las casas rodeaban la plaza sugería una similar inflexibilidad en el carácter de sus habitantes. Las casas no eran menos uniformes. Se trataba de construcciones de dos, tres y hasta cuatro plantas chatas, de tamaño cada vez menor en sentido ascendente. La planta inferior siempre estaba pintada de color azul; la segunda de rojo oscuro, y la tercera y la cuarta, respectivamente, de un ocre sombrío, y de color negro. Y cada casa estaba

rematada por una espiral de barras de hierro retorcidas en formas caprichosas y de mayor o menor altura.

Una posada que había junto a la orilla del río mostraba un estilo algo más espontáneo y acogedor, con un agradable jardín en su contorno. Por la margen del río que se extendía hacia el este, Cugel advirtió la llegada de una caravana de seis carromatos de grandes ruedas, con lo que su incertidumbre se desvaneció. La ciudad, evidentemente, era tolerante con los forasteros, y Cugel se dispuso a descender por la loma, animado por una mayor confianza.

Se detuvo en las cercanías de la ciudad y alzó su bolsa, que colgaba floja a un costado. Cugel examinó su contenido y vio que se reducía a cinco tercios, una suma poco adecuada para sus necesidades. Reflexionó un momento, y tras inclinarse a recoger un puñado de guijarros, los introdujo en la bolsa a fin de darle un aire más rotundo. Se sacudió el polvo de los calzones, se ajustó el gorro verde de cazador y siguió adelante.

Entró en la población sin recibir oposición alguna, incluso sin que le prestaran atención. En el momento de cruzar la plaza se detuvo para observar algo más peculiar aún que la singular arquitectura. Se trataba de un agujero revestido de piedras en el cual ardían vivamente varios leños. Lo rodeaban cinco lámparas de pie, hechas de hierro, cada una con cinco mechas. El conjunto estaba rematado por un intrincado sistema de espejos y lentes, cuyo objeto superaba la capacidad de comprensión de Cugel.

Dos jóvenes atendían el artefacto con diligencia, cuidándose de las veinticinco mechas, atizando el fuego y ajustando los tornillos y las palancas que controlaban los espejos y las lentes. Ambos llevaban lo que parecía ser el atuendo local: unos voluminosos calzones azules que les llegaban a las rodillas, camisas encarnadas, chaquetones negros con botones de latón, y sombreros de alas anchas. Después de recibir de ellos una mirada desprovista de interés, Cugel prosiguió camino hacia la posada.

En el jardín adyacente al establecimiento unas dos docenas de personas se hallaban sentadas a unas mesas comiendo y bebiendo con gran satisfacción. Cugel los observó unos segundos. La puntilliosidad y los gestos elegantes de aquellas gentes sugerían los modales de unos tiempos ya pasados. Lo mismo que sus mansiones, constituían para Cugel una especie de experiencia única.

Eran individuos delgados, con cabezas en forma de huevo, largas narices, ojos oscuros y expresivos, y orejas de formas diversas.

Los hombres carecían todos de pelo, y sus calvas relucían bajo la rojiza luz del sol. Las mujeres llevaban una raya en medio del cabello oscuro, el cual tenían cortado bruscamente a cosa de un dedo por encima de las orejas, estilo que Cugel consideró poco atractivo. Al ver a aquella gente comer y beber, Cugel recordó con disgusto el alimento que le había sustentado mientras cruzaba los Pale Rugates, y haciendo caso omiso de los cinco tercios que había en su bolsa, avanzó hacia el jardín y tomó asiento ante una mesa.

Un hombre rollizo, de delantal azul, se acercó frunciendo el ceño ante el poco presentable aspecto de Cugel. Este extrajo inmediatamente una moneda de dos tercios, que entregó al hombre.

—Esta es su propina, buen hombre —le dijo—, para aligerar un poco la rapidez del servicio. Acabo de terminar un arduo viaje, y estoy hambriento. Tráigame un plato idéntico al que está saboreando ese caballero de ahí, así como algunos entremeses y una botella de vino. A continuación tenga la bondad de pedir al posadero que me prepare una habitación confortable.

Cugel sacó con aire despreocupado su bolsa y la dejó caer sobre la mesa, donde su peso produjo un ruido convincente.

—También quisiera darme un baño, que me proporcionen muda limpia y que venga un barbero.

—Yo mismo soy Maier, el posadero —afirmó el hombre rollizo, con voz obsequiosa—. Me encargaré de que sus deseos se cumplan al momento.

—Magnífico —dijo Cugel—. Me ha impresionado favorablemente su establecimiento, y voy a quedarme en él varios días.

El posadero se inclinó con gesto agradecido y marchó apresurado a supervisar los preparativos de la cena de Cugel.

Cugel comió espléndidamente, si bien consideró que el segundo plato, compuesto por cangrejos rellenos de picadillo de carne y pimiento rojo, estaba condimentado en exceso. Por el contrario, no tuvo ningún reparo que oponer al asado de ave, y el vino complació a Cugel a tal extremo que pidió

una segunda botella.

Maier, el posadero, le sirvió él mismo la botella y aceptó los cumplidos de Cugel con muestras de complacencia. Aseguró:

—¡No existe mejor vino en Gundar! Resulta indudablemente caro, pero he podido darme cuenta de que es usted persona que sabe apreciar lo mejor.

—Es una gran verdad —repuso Cugel—. Tome asiento, se lo ruego, y beba un vaso conmigo. Confieso que siento curiosidad en relación con esta extraña ciudad.

El posadero se apresuró a complacer a Cugel, y manifestó a continuación:

—Me asombra que encuentre usted extraña Gundar. Yo he pasado en ella toda mi vida, y me parece una población corriente.

—Citaré tres circunstancias que considero dignas de mencionar —dijo Cugel, ya en vena expansiva gracias a los efectos del vino—. En primer lugar, la extraña arquitectura de sus edificios. Segundo, el artilugio de lentes que hay encima del fuego de la plaza, que no puede dejar de estimular el interés de un forastero. En tercer lugar, el hecho de que los hombres de Gundar sean todos completamente calvos.

El posadero asintió con aire pensativo.

—Lo de la arquitectura, al menos, se explica con rapidez —afirmó—. Los antiguos gunds habitaban en enormes calabazas. Cuando una parte de la pared se estropeaba, reemplazaban el trozo con un tablero, hasta que a su debido tiempo la gente se encontró habitando en casas hechas totalmente de madera, con un estilo que ha perdurado. En cuanto al fuego y los proyectores, ¿no conoce la famosa Orden de los Protectores Solares? Pretendemos estimular la vitalidad del sol. Mientras nuestro rayo de vibraciones simpáticas regula la combustión solar, el sol nunca morirá. Existen instalaciones semejantes en otros lugares, como el Blue Azor, la isla de Brazel, la ciudad amurallada de Munt, y el observatorio de Grand Starkeeper, en Vir Vassilis.

Cugel movió la cabeza tristemente y repuso:

—Creo que la situación ha cambiado en la actualidad. Brazel se halla desde hace mucho tiempo sumergida bajo las olas. Munt fue destruida un millar de años atrás por los Dystropes. Y en cuanto a Blue Azor o Vir Vassilis, jamás oí hablar de esos lugares, a pesar de haber viajado

extensamente. Es posible que sean ustedes, los de Gundar, los únicos Protectores Solares que aún quedan.

—Esas son desagradables noticias —declaró Maier—. Así se explica el perceptible debilitamiento del sol. Quizá será mejor que doblemos la fuerza del fuego que hay debajo de nuestro regulador.

Cugel sirvió más vino y agregó:

—Ahora surge una pregunta en mi mente, al respecto. Si, como sospecho, ésta es la única instalación de los Protectores Solares que continúa en actividad, ¿quién o qué regula el sol, una vez que desciende más allá del horizonte?

El posadero movió significativamente la cabeza, y respondió:

—No puedo ofrecer ninguna explicación, en cuanto a eso. Es posible que durante las horas nocturnas el sol descansa, y llegue a dormir, por así decirlo; aunque, claro está, esto no son más que especulaciones.

—Permítame que le sugiera una hipótesis —manifestó Cugel—. Podría ser que el debilitamiento del sol haya llegado más allá de toda posibilidad de regulación, motivo por el cual, si una vez resultó eficaz, hoy no sea efectivo.

Maier alzó las manos lleno de perplejidad, y dijo:

—Este complicado asunto supera mis alcances. Pero ahí tenemos al Nolde Huruska.

El posadero llamó la atención de Cugel sobre un hombre corpulento, de amplio tórax, vientre musculoso y pesado, y una barba negra e hirsuta.

—Discúlpeme un momento —declaró el interlocutor de Cugel, y tras ponerse en pie se acercó al Nolde, con el que habló por espacio de algunos minutos, mientras señalaba de cuando en cuando a Cugel.

Por fin, el Nolde hizo un gesto brusco y avanzó a través del jardín para enfrentarse a Cugel. El hombre habló con voz profunda.

—Tengo entendido —dijo— que usted afirma que no existen otros Protectores Solares, aparte de nosotros.

—No he llegado a afirmar eso de un modo tan rotundo —declaró Cugel, algo a la defensiva—. Manifesté haber viajado mucho, y dije que en ninguna otra parte pude ver una filial de los Protectores Solares. Inocentemente especulé con la posibilidad de que no hubiera ninguna más.

—Aquí en Gundar concebimos lo «inocente» como una cualidad positiva, y no tan sólo una insípida falta de culpabilidad —aseguró el Nolde—. No somos la clase de necios que algunos desastrados rufianes puedan llegar a creer.

Cugel contuvo la acalorada observación que a floraba ya a sus labios y se contentó con encogerse de hombros. Maier se alejó con el Nolde, y durante varios minutos los dos hombres conferenciaron, echando frecuentes miradas hacia donde estaba Cugel. Luego el Nolde se marchó, y el posadero regresó al lado de Cugel.

—Un hombre un tanto brusco, ese Nolde de Gundar —explicó—. Pero competente, a pesar de todo.

—Sería inadecuado por mi parte hacer comentarios; pero ¿cuál es su cometido aquí?

—En Gundar atribuimos gran mérito a la precisión y al método —explicó Maier—. Consideramos que la falta de orden engendra desorden, y el funcionario responsable de la inhibición de los caprichos y de la anormalidad es el Nolde... ¿Qué estábamos diciendo antes? Ah, sí; mencionó usted nuestra notoria calvicie. Al respecto no puedo ofrecerle una explicación satisfactoria. De acuerdo con nuestros sabios, esa característica constituye la perfección final del género humano. Otros prefieren dar crédito a una antigua leyenda. Un par de magos, Astherlin y Mauldred, procuraron atraerse los favores de los gunds. Astherlin prometió el beneficio de una extremada pilosidad, de modo que los habitantes de Gundar no tuvieran nunca necesidad de utilizar ropas.

»Mauldred, por el contrario, ofreció a los gunds la calvicie, con todas sus ventajas, y venció fácilmente en la pugna. A raíz de ello, Mauldred se convirtió en el primer Nolde de Gundar, el puesto que ahora desempeña, como usted bien sabe, Huruska.

Maier, el posadero, curvó los labios y miró hacia el otro lado del jardín.

—Huruska, de natural desconfiado —continuó diciendo—, me ha recordado mi regla inflexible de pedir a todos los clientes en tránsito que arreglen sus cuentas diariamente. Como es lógico, yo le he dicho que es usted completamente digno de fe, pero, tan sólo por apaciguar a Huruska, atenderé

ese requisito por las mañanas.

—Eso es poco menos que un insulto —declaró Cugel altivamente—. ¿Vamos a plegarnos a las veleidades de Huruska? ¡No seré yo quien lo haga, puedo asegurárselo! Abonaré la cuenta del modo acostumbrado.

El posadero parpadeó azorado y dijo:

—¿Puedo saber cuánto tiempo piensa usted permanecer aquí?

—Mi camino me lleva hacia el sur, por el medio de transporte más rápido que pueda conseguirse, que según imagino debe ser una embarcación de río.

—La ciudad de Lumarth se encuentra a diez días de caravana, cruzando el Lirr Aing. El río Isk también pasa por Lumarth, pero es juzgado como un medio de transporte inadecuado debido a tres circunstancias presentes en otros tantos puntos: los pantanos de Lallo se encuentran infestados de insectos que pican; los tres enanos del Bosque de Santalba arrojan basura a las lanchas que pasan, y los Rápidos Desesperados quiebran los huesos y las naves por igual.

—En ese caso viajaré por caravana —afirmó Cugel—. Mientras tanto, permaneceré aquí, a menos que la hostilidad de Huruska se haga insoportable.

Maier se pasó la lengua por los labios, miró por encima de su hombro y dijo:

—Aseguré a Huruska que me adaptaría estrictamente a las normas. Sin duda armará un gran revuelo, a menos que...

Cugel hizo un gesto de aquiescencia.

—Está bien —manifestó—. Traiga unos sellos. Cerraré mi bolsa, que contiene una fortuna en ópalos y zafiros. Depositaremos la bolsa en su caja fuerte, donde estará segura. ¡Ni el mismo Huruska protestará ante esto!

Maier alzó las manos, con gesto temeroso, y repuso:

—¡No puedo cargar con semejante responsabilidad!

—Deseche todo temor, amigo —aseguró Cugel—. He protegido la bolsa con un hechizo. En el momento en que un ladrón rompa el sello, las joyas quedarán transformadas en un puñado de guijarros.

Maier aceptó sin gran entusiasmo la bolsa, de acuerdo con aquellas condiciones. Ambos aplicaron los sellos y la depositaron en la caja fuerte de

la posada.

Cugel se trasladó a continuación a su cuarto, donde se bañó, solicitó los servicios de un barbero y se vistió con ropas limpias. Tras colocar su gorra en un ángulo apropiado, echó a andar hacia la plaza.

Sus pasos le condujeron hasta la instalación de los Protectores Solares. Como la vez anterior, dos jóvenes trabajaban diligentemente, uno atizando el fuego y ajustando las cinco lámparas, mientras el otro mantenía los rayos reguladores dirigidos hacia el sol, ya en el ocaso.

Cugel examinó el artilugio desde todos los ángulos, hasta que al fin el joven que atendía el fuego dijo:

—¿Es usted el notable viajero que expresó hoy dudas sobre la eficacia del sistema Protector?

Con toda cautela, Cugel respondió:

—Lo que dije a Maier y a Huruska fue esto: que Brazel se hundió en el golfo de Melantine, y ya casi ha desaparecido de la memoria de la gente; que la ciudad amurallada de Munt está en ruinas desde hace largo tiempo, y que yo no conocía Blue Azor, ni Vir Vassilis. Eso fue, en realidad, lo que yo declaré.

El joven que se ocupaba de la hoguera lanzó una brazada de leña al agujero y dijo con aire presuntuoso:

—De todas formas, se dice que usted considera infructuosos nuestros esfuerzos.

—Yo no me atrevería a decir tanto —aseguró Cugel, cortésmente—. Aun cuando otras filiales Protectoras se encuentren abandonadas, es posible que el regulador de Gundar tenga efectos suficientes. ¿Quién puede saberlo?

—Le diré lo siguiente —explicó el atizador—. Nosotros trabajamos sin remuneración, y en nuestro tiempo libre nos aplicamos a cortar y transportar madera. La tarea es tediosa.

El que operaba el instrumento proyector amplió las manifestaciones de su compañero, diciendo:

—Huruska y la otra gente de edad no hacen trabajo alguno. Simplemente ordenan nuestras tareas, lo cual, evidentemente, es la parte más fácil del asunto. Janred y yo pertenecemos a una generación muy especial. Por

principio rechazamos todas las doctrinas dogmáticas. Para empezar, consideramos el Protector Solar como un desperdicio de tiempo y de trabajo.

—Si las demás agencias ya no existen —terció Janred, el que atizaba el fuego—, ¿quién o qué regula el sol cuando desciende tras el horizonte? Yo creo que todo este sistema es una pura patraña.

El operador de las lentes afirmó por su parte:

—Ahora mismo lo demostraré, y se podrá ver lo inservible que es este artefacto.

Así diciendo, accionó una palanca y añadió:

—¡Fíjese! Dirijo el rayo regulador lejos del sol, y ¡mire!, sigue brillando como antes, sin la menor atención por nuestra parte.

Cugel echó un vistazo al astro rey, y, en efecto, parecía seguir luciendo como antes, fluctuando algo de cuando en cuando y estremeciéndose igual que un viejo con calenturas. Los dos jóvenes observaron con interés, y conforme fueron pasando los minutos empezaron a murmurar llenos de satisfacción:

—¡Teníamos razón! ¡El sol no se ha extinguido!

Pero en el momento en que estaban mirando, el sol, tal vez fortuitamente, sufrió un espasmo caquético y osciló repentinamente hacia el horizonte. Detrás de ellos resonó un rugido de ultraje, y el Nolde Huruska corrió hacia el grupo.

—¿Qué significa esta irresponsabilidad? —exclamó—. ¡Dirijan el regulador inmediatamente adonde corresponde! ¿Quieren que nos pasemos el resto de nuestras vidas tanteando en la oscuridad?

El atizador, con aire resentido, señaló con el pulgar hacia Cugel y dijo:

—Él nos convenció de que el procedimiento era innecesario, y que nuestro trabajo resultaba inútil.

—¿Qué? —farfulló Huruska, haciendo girar su formidable humanidad para enfrentarse con Cugel—. ¡Hace pocas horas que ha puesto el pie en Gundar, y ya está disgregando los fundamentos de nuestra existencia! ¡Le advierto que en nosotros la paciencia tiene un límite! ¡Márchese de este lugar y no se acerque al Protector Solar por segunda vez!

Atragantándose a causa de la ira, Cugel dio media vuelta y se alejó

cruzando la plaza.

Al llegar adonde se detenían las caravanas en la población, preguntó si había viaje en dirección al sur; pero la caravana que había llegado al mediodía saldría a la mañana siguiente hacía el este, por el mismo camino por donde había llegado.

Cugel regresó a la posada y pasó a la taberna. Vio a tres hombres jugando a las cartas y se situó como observador. El juego resultó ser una versión simplificada del Zampolio, y al cabo de un rato Cugel preguntó si podía unirse a los que jugaban.

—Pero sólo si las apuestas no son muy elevadas —advirtió—. No conozco mucho este juego, y me disgustaría perder más de dos o tres tercios.

—Bah, ¿y qué es el dinero? —dijo uno de los jugadores—. ¿Quién lo va a gastar cuando se haya muerto?

—Si le aliviamos de todo su oro, podrá viajar más ágilmente —aseguró otro, jocosamente.

—Todo el mundo necesita aprender —añadió el tercer jugador—. Y tiene usted la fortuna de ser instruido por los tres mejores jugadores de Gundar.

Cugel retrocedió con aire alarmado.

—¡Me niego a perder más de un solo tercio! —exclamó.

—¡Vamos, vamos, no sea cobarde!

—Está bien —dijo Cugel—. Me arriesgaré; pero esas cartas están sucias y estropeadas. Da la casualidad de que tengo unas nuevas en el bolsillo.

—¡Magnífico! —comentó otro—. ¡Que empiece el juego!

Dos horas después, los tres gunds arrojaron sus cartas sobre la mesa, lanzaban a Cugel fieras miradas, y como un solo hombre se ponían en pie y salían de la taberna. Al contar sus ganancias, Cugel vio que estaba en posesión de treinta y dos tercios y unas pocas monedas de cobre. Con alegre disposición de ánimo se retiró a su habitación para pasar la noche.

A la mañana siguiente, mientras tomaba el desayuno, Cugel advirtió que el Nolde Huruska llegaba a la posada y se ponía a hablar con el posadero inmediatamente. Pocos minutos después Huruska se aproximó a la mesa de Cugel y miró al forastero con gesto hostil, mientras Maier permanecía unos pasos más atrás, obviamente angustiado.

Cugel comenzó a hablar entonces con tono de exagerada cortesía.

—¿Y bien, de qué se trata esta vez? El sol se ha puesto. Mi inocencia en el asunto del rayo regulador ha quedado demostrada.

—He venido por otro asunto. ¿Sabe usted cuál es la pena con que castigamos el fraude?

Cugel se encogió de hombros.

—El asunto no me interesa lo más mínimo —afirmó.

—Es una pena muy severa, y puedo aplicarla en cualquier momento. Primero, conteste lo siguiente: ¿Entregó usted a Maier una bolsa que presumiblemente contenía una cantidad de gemas valiosas?

—En efecto. Esa propiedad está protegida por un hechizo, debo añadir. Si se rompe el sello, las piedras preciosas se convierten en vulgares guijarros.

Huruska mostró la bolsa.

—Observe; el sello de la bolsa está intacto —dijo—. Hice un pequeño tajo en el cuero y observé el interior. El contenido era, y es ahora, unos guijarros idénticos a los que hay en aquella carretera.

Al decir esto, Huruska volcó sobre la mesa lo que tenía la bolsa en su interior.

Cugel exclamó con aire ultrajado:

—¡Las gemas son ahora piedrecillas sin valor! ¡Le hago responsable de ello, y tiene que pagarme una indemnización!

Huruska lanzó una risa burlona.

—Si puede usted hacer que las gemas se vuelvan guijarros, podrá hacer que éstos se conviertan en gemas —manifestó—. Maier le entregará ahora su cuenta. Si se niega a pagar, le aseguro que voy a meterlo en las mazmorras hasta que cambie de parecer.

—Sus insinuaciones son a un tiempo desagradables y ridículas —declaró Cugel—. ¡Posadero, presénteme la cuenta! ¡Terminemos con este absurdo de una vez por todas!

Maier se acercó con un papel y dijo:

—El total suma once tercios, con la gratificación que estime usted oportuno.

—No habrá ninguna gratificación —aseguró Cugel—. ¿Molesta usted

siempre a sus clientes de este modo?

Depositó los once tercios sobre la mesa, y terminó diciendo:

—Tome su dinero y déjeme en paz.

Maier recogió con aire humilde las monedas, al tiempo que Huruska profería un sonido inarticulado, daba media vuelta y se alejaba. Una vez que hubo terminado su desayuno, Cugel salió una vez más a dar un paseo por la plaza. Allí se encontró con un muchacho al que reconoció como el marmitón de la posada. Cugel le hizo una seña y le dijo:

—Me pareces una persona avispada y con sentido. ¿Puedo preguntarte tu nombre?

—La gente suele llamarme Zeller.

—Imagino que conocerás bastante a los habitantes de Gundar, ¿no es eso?

—Me considero bien informado en cuanto a eso. ¿Por qué me lo pregunta?

—En primer lugar, desearía saber si te gustaría sacar provecho de ese conocimiento.

—Desde luego, si no tiene uno que indisponerse con el Nolde.

—Muy bien. He visto que hay allí una caseta abandonada que podría valer para nuestros fines. En una hora pondremos en marcha nuestra operación.

Cugel regresó a la posada, donde pidió a Maier que le proporcionase una tabla, un pincel y pintura. Luego Cugel pintó un cartel que decía lo siguiente:

EL FAMOSO VIDENTE CUGEL
ACONSEJA; INTERPRETA,
ADIVINA
¡PREGUNTE, RECIBIRÁ RESPUESTA!
CONSULTAS: TRES TERCIOS

Cugel colgó el letrero encima de la caseta, dispuso unas cortinas y esperó a que llegaran los clientes. El marmitón, mientras tanto, se escondió en la

parte trasera de la pequeña instalación.

Casi al momento, la gente que cruzaba la plaza se detuvo a leer el cartel. Una mujer de mediana edad se adelantó y dijo:

—Tres tercios es una suma respetable. ¿Qué resultados garantiza usted?

—Ninguno, a decir verdad. Soy un experimentado vidente, y conozco las artes de la magia; pero el conocimiento viene a mí desde fuentes desconocidas, que no se pueden controlar.

La mujer pagó lo estipulado y explicó:

—Tres tercios resultaría barato, si puede resolver mis dificultades. Mi hija ha disfrutado toda su vida de la mejor salud, pero ahora se encuentra decaída y triste. De nada valen los remedios que le administro. ¿Qué debo hacer?

—Un momento, señora, mientras reflexiono.

Cugel corrió unas cortinillas y se echó hacia atrás, donde podía oír al marmitón susurrándose algunas observaciones. A continuación describió la tela.

—¡He entrado en contacto con el cosmos! ¡El conocimiento se ha apoderado de mi mente! Su hija Dilian está encinta. Por otros tres tercios le diré el nombre del padre.

—Este dinero lo pago con gusto —aseguró la mujer, sombríamente.

Una vez que hubo pagado, recibió sus informes y se alejó con aire decidido.

Se acercó entonces otra mujer, pagó las tres monedas, y Cugel le preguntó por su problema.

—Mi marido —repuso ella— me dijo que tenía un bote lleno de monedas de oro para asegurarnos el futuro, pero cuando murió no pude encontrar ni una pieza de cobre. ¿Dónde lo ha escondido?

Cugel corrió las cortinillas, escuchó al marmitón y apareció de nuevo ante la mujer.

—Tengo noticias desalentadoras para usted —le dijo—. Lo cierto es que su marido, Finister, se gastó buena parte de su oro en la taberna. Con el resto compró un broche de amatistas para una mujer llamada Varletta.

La noticia de la asombrosa capacidad de Cugel se extendió rápidamente, y las consultas se sucedieron con rapidez. Poco antes del mediodía una mujer

corpulenta, embozada y velada se aproximó a la caseta, pagó los tres tercios y dijo con voz entre aguda y ronca:

—¡Dígame el porvenir!

Cugel corrió las cortinillas y consultó con el marmitón, pero éste se hallaba desconcertado.

—No es nadie a quien yo conozca —dijo el ayudante—. No puedo decirle nada.

—No importa —repuso Cugel—. Tengo una sospecha bien fundada, y lo que has dicho lo confirma.

Apartó Cugel las cortinas.

—Los pronósticos no resultan claros, por lo que no voy a aceptar su dinero —dijo, y le devolvió las monedas—. Pero puedo decirle lo siguiente: es usted una persona de carácter dominante y de no mucha inteligencia. ¿Qué hay en su futuro? ¿Honores? ¿Un largo viaje por barco? ¿La venganza frente a sus enemigos? ¿Riqueza? La imagen aparece distorsionada. Es como si leyese mi propio futuro.

La mujerona se despojó de los velos y se puso en pie, revelando ser el Nolde Huruska.

—Maese Cugel, ha sido usted afortunado al devolverme el dinero. De lo contrario le habría encerrado por prácticas engañosas. Pese a ello, califico sus actividades como nocivas y contrarias a los intereses públicos. Gundar está alborotada a causa de sus revelaciones. No continuaremos con esta situación. Recoja su cartel y considérese afortunado por haber podido escapar tan fácilmente.

—Será un placer terminar con esta empresa —afirmó Cugel, dignamente—. El trabajo era abrumador.

Huruska se alejó con aire pomposo. Cugel dividió sus ganancias con el marmitón, y con disposición de ánimo satisfecha abandonaron ambos la caseta.

Cugel cenó lo mejor de lo que había en la posada, pero luego, cuando se presentó en la taberna, descubrió una manifiesta hostilidad entre los presentes, y por fin se retiró a su habitación.

A la mañana siguiente, cuando tomaba el desayuno, llegó a la ciudad una

caravana de diez carretas. El cargamento principal parecía ser un grupo de diecisiete hermosas jóvenes que viajaban en dos de los vehículos. Otros tres carromatos servían como dormitorios, mientras que los cinco restantes se hallaban cargados con pertrechos, baúles, fardos y cajas.

El jefe de la caravana, un hombre rollizo y de afable aspecto que llevaba una amplia y sedosa barba y tenía el pelo de color castaño, ayudó a las alegres jóvenes a descender y las condujo hasta la posada, donde Maier les sirvió un abundante desayuno compuesto de gachas condimentadas con especias, mermelada de membrillo y té.

Cugel observó el grupo mientras tomaban el desayuno, y pensó que un viaje con semejante compañía, a cualquier parte que fuese, resultaría un verdadero placer.

Apareció entonces el Nolde Huruska y fue a saludar al jefe de la caravana. Los dos conversaron amistosamente durante un rato, mientras Cugel aguardaba impaciente.

Huruska se marchó al fin. Las jóvenes, que ya habían concluido su desayuno, salieron a pasear por la plaza. Cugel se aproximó hasta la mesa ante la cual tomaba asiento el jefe de la caravana.

—Señor —le dijo—; me llamo Cugel, y desearía hablar unas palabras con usted.

—¡No faltaba más! Siéntese, por favor. ¿Desea tomar un vaso de este excelente té?

—Agradecido. En primer lugar, me gustaría conocer el lugar de destino de su caravana.

El jefe del convoy no disimuló su sorpresa ante la ignorancia de que hacía gala Cugel.

—Nos encaminamos hacia Lumarth —aseguró—. Esas son las «Diecisiete Vírgenes de Symnathis», que tradicionalmente honran los Grandes Festejos.

—Soy forastero en esta comarca —aclaró Cugel—, por lo cual desconozco las costumbres locales. De todas formas, yo me dirijo hacia Lumarth, y me complacería mucho viajar con su caravana.

El jefe asintió amablemente.

—Será un placer tenerle con nosotros.

—Excelente —manifestó Cugel—. Entonces, todo queda arreglado.

El jefe de la caravana acarició su sedosa barba y añadió:

—Sin embargo debo advertirle que mis precios son algo más elevados que lo acostumbrado, a causa de lo caro que resulta el mantenimiento de estas diecisiete doncellas.

—Lo comprendo. ¿Cuánto pide usted?

—El viaje dura cerca de diez días, y yo cobro como mínimo veinte tercios por día, lo que hace un total de doscientos tercios, más un suplemento de veinte tercios que corresponde al vino.

—Eso es mucho más de lo que yo puedo pagar —aseguró Cugel, con voz débil—. De momento sólo dispongo de una tercera parte de esa suma. ¿Hay alguna forma de que pueda ganarme el importe de mi pasaje?

—Desgraciadamente, no —repuso el jefe de la caravana—. Tan sólo esta mañana se hallaba libre el puesto de guardia armado, por lo que incluso se percibe un pequeño estipendio, pero el Nolde Huruska, que desea visitar Lumarth, accedió a llenar tal cometido.

Cugel emitió un sonido de desaprobación y alzó los ojos al cielo. Cuando al fin consiguió hablar, preguntó:

—¿Cuándo piensan marcharse?

—Mañana al amanecer, con toda puntualidad. Lamento no haber tenido el placer de disfrutar de su compañía.

—Yo comparto su pesar —afirmó Cugel, quien regresó a su mesa y se sentó a reflexionar.

Por fin se encaminó hacia la taberna, donde se estaban jugando varias partidas de cartas. Cugel intentó entrar en alguna partida, pero cada una de sus peticiones fue denegada. Con humor sombrío se dirigió hasta el mostrador donde se hallaba el posadero Maier, abriendo una caja de jarras de barro. Cugel intentó iniciar una conversación, pero Maier aseguró que no podía distraer tiempo alguno de sus ocupaciones.

—El Nolde Huruska —manifestó— se va de viaje y esta noche sus amigos aprovechan la ocasión para organizar una fiesta de despedida, para la que debo llevar a cabo cuidadosos preparativos.

Cugel se llevó un jarro de cerveza hasta una mesa situada a un lado de la sala y se puso a pensar. Al cabo de unos minutos se encaminó hacia la salida posterior, y observó desde allí el panorama, que abarcaba el río Isk.

Avanzó Cugel hasta la orilla y descubrió un muelle al que los pescadores amarraban sus embarcaciones, y que les servía también para tender a secar sus redes. Cugel miró río arriba y río abajo y luego volvió a remontar el sendero que le llevaba hasta la taberna. Pasó el resto del día observando a las diecisiete doncellas mientras éstas paseaban por la plaza o tomaban té con limón en el jardín de la posada.

Se puso el sol. El crepúsculo de color vino viejo fue oscureciéndose hasta convertirse en noche. Cugel comenzó sus preparativos, que concluyeron rápidamente, pues la esencia de su plan residía en su sencillez.

El jefe de la caravana, cuyo nombre, según pudo saber Cugel, era Shimilko, reunió a su deliciosa compañía para tomar la cena, y más tarde condujo a las jóvenes hasta el carromato dormitorio, a pesar de los mohínes y las protestas de las que deseaban permanecer en la posada para disfrutar de la celebración de aquella noche.

En la taberna ya había comenzado la fiesta de despedida en honor de Huruska. Cugel tomó asiento en un oscuro rincón y al fin logró atraer la atención del sudoroso Maier. Extrajo Cugel diez tercios y dijo:

—Admito haber albergado pensamientos ingratos hacia Huruska. Por eso ahora deseo expresarle mis mejores deseos, pero en el más completo anonimato, eso sí. Cada vez que Huruska termine una jarra de cerveza, quiero que coloque otra llena delante de él, para que esta noche sea para el Nolde una fuente de incesante alegría. Si le pregunta quién le paga la cerveza, sólo tiene usted que contestar: «Uno de sus amigos desea tener con usted esta atención.» ¿Está claro?

—Desde luego. Haré lo que me ordena —contestó el posadero—. Es un gesto muy generoso, que Huruska debería apreciar.

Fue transcurriendo la velada. Los amigos de Huruska cantaban joviales canciones y proponían una docena de brindis, a todos los cuales se unía el homenajado. Y como había pedido Cugel, cada vez que Huruska terminaba un jarro, le colocaban otro delante. Cugel se maravillaba de la resistencia del

Nolde.

Por fin, Huruska pidió a sus compañeros que le disculparan. Trastabillando, salió por la puerta trasera y se encaminó hacia la caseta de piedra con un agujero debajo, que servía de mingitorio para los clientes de la taberna.

Cuando Huruska se hallaba inclinado, de cara a la pared, Cugel avanzó detrás de él y lanzó una red de pescador sobre la cabeza del Nolde. A continuación ató expertamente una cuerda en torno a los fornidos hombros de Huruska, y le hizo varios nudos y ataduras. Los rugidos del hombre quedaron ahogados por los cantos que se entonaban en su honor.

Cugel arrastró el maldiciente bulto por el camino que llevaba a los muelles, y lo introdujo en una barca. Desató luego las amarras de la embarcación, y al tiempo que la empujaba hacia la corriente del río, pensó para sus adentros: «Al menos, han resultado exactos dos puntos de mi profecía: que Huruska sería honrado, lo cual ha ocurrido en la taberna, y que iba a hacer un viaje en barca».

Regresó Cugel a la taberna, donde al fin habían notado la ausencia de Huruska. Maier expresó la opinión de que, al tener que salir por la mañana temprano, Huruska probablemente se había retirado a descansar. Todos estuvieron de acuerdo en que debía de ser así.

A la mañana siguiente Cugel se levantó una hora antes del amanecer. Tomó un rápido desayuno, pagó a Maier lo que debía, y se encaminó hacia donde Shimilko estaba ordenando su caravana.

—Le traigo noticias de Huruska —dijo Cugel—. Debido a una infortunada serie de circunstancias personales, le resulta imposible hacer el viaje, y me ha pedido que ocupe yo el puesto que usted había reservado para él.

Shimilko movió la cabeza con pesar.

—¡Es una pena! —manifestó—. Ayer parecía tan lleno de entusiasmo... Bien, es necesario mostrarse flexibles, y puesto que Huruska no puede venir con nosotros, me complace aceptarle en su lugar. En cuanto salgamos le instruiré acerca de sus deberes, que son muy precisos. Tendrá que montar guardia por las noches y descansar por el día, aunque en caso de peligro,

como es natural, espero que se una a la defensa de la caravana.

—Esos deberes se hallan por completo dentro de mi competencia —aseguró Cugel—. Estoy dispuesto a partir cuando usted lo crea conveniente.

—Cuando salga el sol —repuso Shimilko—, saldremos en dirección a Lumarth.

Diez días más tarde la caravana de Shimilko cruzó el Paso de Methune y el gran Valle de Coram se abrió delante de ellos. El caudaloso Isk serpenteaba de un lado a otro, lanzando vivos reflejos. En la distancia se cernía la larga y oscura masa del bosque de Draven. Más cerca, cinco cúpulas de intenso brillo señalaban el sitio donde se hallaba Lumarth. Shimilko se dirigió a los de la caravana y dijo:

—Allá abajo se encuentra lo que queda de la antigua ciudad de Lumarth. No os dejéis engañar por esas cúpulas; indican templos que en un tiempo estuvieron consagrados a los cinco demonios: Yaunt, Jatenave, Phampoun, Adelmarr, y Suul, y que por tanto fueron conservados durante las Guerras de Sampathissic.

»Las gentes de Lumarth son diferentes de lo que conocéis. Muchos son pequeños hechiceros, si bien Chaldet, el Gran Tururgio, ha prohibido la magia dentro de los muros de la ciudad. Podréis creer que esa gente es lánguida, decadente y apagada, lo que en parte es cierto. Pero todos son obsesivamente severos en cuanto al ritual, y siguen la Doctrina del Altruismo Absoluto, que les impulsa a la virtud y la benevolencia. Por este motivo se les conoce como “la Gente Amable”. Unas palabras finales en relación con nuestro viaje, que por fortuna se ha desarrollado sin incidente alguno. Los conductores han llevado los carros con destreza, y Cugel nos ha guardado con celo por las noches. Por todo ello me siento complacido. De modo que, ¡adelante hacia Lumarth, y que la prudencia y la discreción sean nuestros guías!

La caravana atravesó el estrecho paso que conducía al valle, y luego siguió por una calzada de piedras irregulares que discurría bajo una arcada de enormes mimosas de tronco oscuro.

Ante un esculpido portal que se abría a la plaza principal, la caravana fue detenida por cinco hombres de alta estatura con túnicas de seda bordada y tocados con la doble diadema de los Thurios de Coram, todo lo cual les confería una dignidad impresionante. Los cinco hombres tenían entre sí un gran parecido, con su piel pálida y translúcida, la nariz fina y de puente elevado, los miembros largos, y los ojos grises, de expresión pensativa. Uno de ellos, el que usaba una espléndida túnica de color amarillento con franjas carmesíes y negras, alzó dos dedos en ademán de sereno saludo.

—Mi amigo Shimilko —dijo—, habéis llegado a buen término con vuestro bendito cargamento. Nos sentimos bien servidos, y muy satisfechos.

—El Lirrh Aingh estaba tan tranquilo que casi resultaba aburrido —contestó Shimilko—. Mas para asegurarme contraté los servicios de Cugel, afortunadamente, el cual nos guardó tan bien por las noches que en ningún momento se vio interrumpido nuestro sueño.

—¡Excelente! ¡Bien hecho, Cugel! Desde ahora nos encargaremos de la custodia de las espléndidas doncellas. Mañana podéis arreglar cuentas con el tesorero. La Posada del Viajero está hacia allí, y os recomiendo sus comodidades.

—Me parece muy bien —dijo Shimilko—. A todos nos vendrán magníficamente unos pocos días de descanso.

Sin embargo, Cugel prefirió no concederse semejante reposo, y cuando llegaron a la puerta de la posada dijo a Shimilko:

—Aquí nos separamos, pues debo continuar mi camino. Me urgen mis negocios, y Almerly aún está lejos, hacia el oeste.

—¡Pero aguarde a recibir su paga, Cugel! Tiene que esperar al menos hasta mañana, cuando cobraré ciertas sumas del tesorero. Ahora carezco de fondos.

Cugel vaciló, y por fin resolvió quedarse.

Una hora después llegó un mensajero a la posada, y manifestó:

—Maese Shimilko, vos y vuestra compañía sois requeridos para presentaros al momento ante el Gran Tururgio, por un asunto de la mayor importancia.

Shimilko le miró alarmado e inquirió:

—¿Qué sucede?

—Tengo órdenes de no decir nada más.

Con semblante preocupado, Shimilko condujo su comitiva a través de la plaza hasta la galería situada ante el viejo palacio, donde Chaldet se sentaba en su recio sillón. A ambos lados estaba el Colegio de Thurios, todos los cuales miraban a Shimilko con expresión sombría.

—¿Qué significa esta citación? —preguntó Shimilko—. ¿Por qué me miráis con esa severidad?

El Tururgio habló con voz profunda.

—Shimilko —manifestó—, las diecisiete doncellas que vos habéis traído desde Symnathis hasta Lumarth han sido examinadas, y lamento deciros que de las diecisiete sólo dos pueden ser clasificadas como vírgenes. El resto, las otras quince, han sido desfloradas.

Shimilko apenas pudo hablar, a causa de la consternación que le invadió.

—¡Imposible! —exclamó—. En Symnathis tomé todas las precauciones posibles. Puedo presentaros tres documentos diferentes en los que se certifica la pureza de cada joven. ¡No hay duda posible! ¡Estáis en un error!

—No es un error nuestro, maese Shimilko. La situación es tal como la describimos, y puede ser comprobada con toda facilidad.

—Imposible e increíble son las dos únicas palabras que se me ocurren —insistió el jefe de la caravana—. ¿Habéis interrogado a las propias muchachas?

—Desde luego. Se limitan a alzar la mirada al cielo y a silbar entre dientes. Shimilko, ¿cómo vais a explicarnos semejante ultraje?

—Me siento perplejo hasta el último extremo. Las jóvenes iniciaron el viaje tan puras como lo estaban el día en que nacieron. Esa es la verdad. Y mientras estuve despierto, ni un instante se mantuvieron alejadas de mí. Eso es también verdad.

—¿Y mientras vos dormíais?

—También era poco menos que imposible. Los conductores se retiraban en grupo, y yo compartía mi carromato con el jefe de conductores, por lo que nos vigilábamos mutuamente. Cugel, mientras tanto, se encargaba de custodiar nuestro campamento.

—¿Él solo?

—Un solo guardia es suficiente, aunque las horas nocturnas resulten lentas y aburridas. Cugel, sin embargo, nunca se quejó de ello.

—¡Cugel es evidentemente el culpable!

Shimilko movió la cabeza sonriendo, al tiempo que respondía:

—Las obligaciones de Cugel no le dejaban tiempo para cualquier actividad ilícita.

—¿Y no podía Cugel eludir sus obligaciones?

Shimilko contestó pacientemente:

—Recordad que cada joven se hallaba aislada en su compartimiento privado, con una puerta que la separaba del exterior y de Cugel.

—Bien; en tal caso, ¿no podía Cugel abrir suavemente la puerta y entrar en el compartimiento?

Shimilko reflexionó unos momentos, con gesto de duda, y tirándose de la sedosa barba respondió:

—En tal caso, imagino que el asunto quizá fuera factible.

El Gran Tururgio volvió esta vez su mirada hacia Cugel, y manifestó:

—Os conmino a que hagáis una declaración precisa acerca de este triste asunto.

Cugel se puso a gritar, indignado:

—¡Esta investigación es una farsa! ¡Mi honor ha sido ultrajado!

Chaldet observó a Cugel con ojos benévolos, aunque algo fríos. Entonces dijo:

—Se os permitirá una reparación. Thurios, pongo a este hombre bajo vuestra custodia. ¡Procurad que tenga todas las ocasiones posibles para que recupere su dignidad y la estima en su propia persona!

Cugel rugió una protesta que el Gran Tururgio ignoró. Desde su alto estrado, el anciano miró pensativamente a través de la plaza e inquirió:

—¿Estamos en el tercero o el cuarto mes?

—Por la cronología acabamos de abandonar el mes de Yaunt para entrar en el tiempo de Pampoun.

—Que así sea. Con dedicación, este licencioso bellaco podrá llegar a ganarse nuestro afecto y nuestro respeto.

Una pareja de Thurios tomó a Cugel por los brazos y le condujeron a través de la plaza. Cugel trató de soltarse pero no le valió de nada.

—¿Adónde me lleváis? —inquirió—. ¿Qué significa esta tontería?

Uno de los Thurios respondió con voz amable:

—Os llevamos al Templo de Pampoun, y eso no es ninguna tontería.

—Me importa poco lo que me digáis —aseguró Cugel—. Quitadme las manos de encima. Pienso abandonar Lumarth en seguida.

—Ya se os ayudará a ello.

El grupo ascendió por una escalera de desgastados peldaños de mármol y atravesó luego un enorme portal en forma de arcada para llegar a un amplio salón en el que resonaba el eco de cualquier ruido, y que se distinguía sólo por su elevada cúpula y una especie de altar situado en el extremo opuesto a la entrada.

Llevaron a Cugel hacia un recinto lateral que iluminaban unas elevadas lucernas circulares y estaba revestido de madera de color azul oscuro. Un anciano de túnica blanca entró en la estancia y preguntó:

—¿Qué tenemos aquí? ¿Una persona que sufre alguna aflicción?

—Sí —le contestaron—; Cugel ha cometido una serie de delitos abominables, que él mismo desea purgar.

—¡Eso es faltar a la verdad! —exclamó Cugel—. No se ha aportado prueba alguna contra mí, sino que se me ha engañado y traído contra mi voluntad.

Sin prestarle más atención, los Thurios se marcharon, y Cugel quedó a solas con el anciano, el cual avanzó trabajosamente hasta un banco y se sentó en él. Cugel comenzó a hablar, pero el viejo alzó una mano.

—¡Tranquilizaos! —dijo—. Debéis recordar que somos un pueblo benévolo, desprovisto de toda clase de malicia. Sólo existimos para ayudar a otros seres vivientes. Si una persona comete un grave delito, nos sentimos abrumados de pena por el delincuente, al que consideramos como la verdadera víctima. Entonces trabajamos sin desmayo para que llegue a sentirse renovado.

—Un punto de vista lleno de altruismo —aseguró Cugel—. ¡Ya me estoy sintiendo regenerado!

—¡Magnífico! Vuestras observaciones van de acuerdo con nuestra doctrina. Sin duda habéis alcanzado lo que yo llamo la Fase Primera del programa.

Cugel frunció el ceño y preguntó:

—¿Acaso hay más fases? ¿Son realmente necesarias?

—Desde luego. Se trata de las Fases Segunda y Tercera. Debo explicar que Lumarth no siempre se ha adherido a semejante política. Durante el período de apogeo de los Grandes Magos, la ciudad cayó bajo el dominio de Yasbane el Obviador, quien hizo aberturas en cinco reinos infernales y construyó los cinco templos de Lumarth. Ahora os encontráis justamente en el Templo de Pampoun.

—Resulta extraño —aseguró Cugel—, que gentes tan benévolas sean tan fervientes seguidores del demonio.

—Nada está más lejos de la verdad. Lo cierto es que el Amable Pueblo de Lumarth desterró a Yasbane y estableció la Era del Amor, que ahora debe persistir hasta la desaparición final del sol. Nuestro amor se extiende a todos los seres, incluso a los cinco demonios de Yasbane, los que esperamos rescatar de su malignidad. Vos seréis el último de una larga serie de nobles individuos que han colaborado a dicho fin, y ésa es la Fase Segunda.

Cugel quedó decaído, lleno de consternación, y manifestó:

—Semejante labor va más allá de mis posibilidades.

—Todo el mundo piensa lo mismo —aseguró el anciano—. De todas formas, Pampoun debe ser instruido por vos en el afecto, la consideración y la honradez. Al realizar ese esfuerzo, conoceréis una fuente de feliz redención.

—¿Y la Fase Tercera? —graznó Cugel, desalentado—. ¿En qué consiste?

—¡Cuando terminéis vuestra misión, seréis gloriosamente aceptado por nuestra hermandad! —exclamó el anciano, que haciendo caso omiso del quejido lanzado por Cugel, prosiguió diciendo—: Dejadme pensar ahora; el mes de Yaunt está concluyendo, y entramos en el mes de Pampoun, tal vez el más irascible de los cinco demonios, debido a la sensibilidad de sus ojos. Pampoun se encoleriza en cuanto percibe el más tenue reflejo, por lo cual vos deberéis intentar la persuasión en la más completa oscuridad. ¿Tenéis alguna

pregunta que hacer?

—¡Claro que sí! Suponed que Pampoun se niega a enmendarse.

—Esa es una forma de pensar negativa, que el Amable Pueblo de Lumarth se niega a reconocer. ¡Ignorad todo cuanto hayáis escuchado respecto a las macabras costumbres de Pampoun! ¡Id allí pletórico de confianza!

Cugel dijo, lleno de angustia:

—¿Cómo podré volver para gozar de los honores y las recompensas?

—No hay duda de que Pampoun, cuando esté arrepentido, os enviará de vuelta por los medios que tenga a su disposición. Y ahora, os deseo buena suerte.

—¡Eh, un momento! ¿Dónde está la comida y la bebida? ¿Cómo voy a subsistir?

—De nuevo dejamos esos asuntos en manos de Pampoun.

El anciano pulsó un botón y se abrió el suelo bajo los pies de Cugel, el cual se precipitó en una caída en espiral a velocidad vertiginosa. El aire se hizo cada vez más denso. Cugel dio contra una capa invisible que resonó como una botella al ser descorchada, y de pronto se vio en una estancia de medianas dimensiones, iluminada tan sólo por el fulgor de una lámpara.

Cugel permaneció quieto, rígido, osando apenas respirar. Sobre un estrado que se hallaba al otro lado de la sala, Pampoun dormitaba en un pesado sillón, con dos semiesferas negras protegiendo sus enormes ojos de la luz. El grisáceo torso tenía casi la misma anchura que el sillón. Las piernas robustas se afirmaban pesadamente sobre el suelo. Los brazos, tan gruesos como el mismo cuerpo de Cugel, terminaban en unas manos con dedos de metro y medio de largo, cada uno de ellos cargado con un centenar de anillos. La cabeza de Pampoun era tan grande como la rueda de una carreta, y tenía un hocico enorme y una boca descomunal, con excrecencias carnosas. Los dos ojos, cada uno del tamaño de una bandeja, no podían ser vistos debido a las semiesferas protectoras.

Cugel retuvo el aliento a causa del miedo, y también por el hedor que llenaba el aire. Echó un vistazo a su alrededor. Vio una cuerda que desde la lámpara cruzaba por el techo para terminar colgando al lado de los dedos de

Pampoun. Casi como un reflejo, Cugel desató la cuerda de su unión con la lámpara. Vio una única salida de la cámara; se trataba de una puerta baja de hierro que estaba situada justamente detrás del sillón de Pampoun. La abertura por la que había entrado no era visible en ese momento.

Las excrecencias de la boca de Pampoun se movieron y alzaron. Un homúnculo que crecía en el extremo de la lengua de Pampoun observó a su alrededor, y luego miró a Cugel con ojillos como cuentas negras.

—¡Vaya, qué rápido ha pasado el tiempo!

La criatura se inclinó hacia adelante, observó una marca que había en la pared y agregó:

—En efecto; me he dormido, y Pampoun va a montar en cólera. ¿Cómo te llamas y cuáles son tus delitos? Esos detalles resultan de interés para Pampoun, que es como decir yo mismo, si bien por capricho me doy el nombre de Pulsifer, como si fuera un ser diferente.

Cugel habló con voz que expresaba a la vez valentía y seguridad.

—Soy Cugel —dijo—, inspector del nuevo régimen que ahora domina en Lumarth. He descendido para comprobar si Pampoun se encuentra cómodo, y como veo que así es, ahora voy a marcharme. ¿Por dónde está la salida?

—Entonces, ¿no tienes ningún delito que declarar? —preguntó Pulsifer, con tono decepcionado—. Vaya, es una triste noticia. Tanto Pampoun como yo gozamos ante los grandes endemoniados. No hace mucho, cierto mercader cuyo nombre no puedo recordar ahora nos mantuvo en vilo con sus explicaciones durante más de una hora.

—¿Y qué sucedió?

—Es mejor que no lo sepas —contestó Pulsifer, al tiempo que se aplicaba diligentemente a dar brillo con un escobillón a uno de los colmillos de Pampoun.

Luego echó la cabeza hacia atrás y escrutó el rugoso semblante que había por encima de él.

—Pampoun aún duerme profundamente. Ingirió una comida descomunal antes de dormirse. Perdona, pero voy a supervisar la digestión de Pampoun.

Pulsifer desapareció detrás de las excrecencias de la boca de Pampoun, y se reveló por la vibración que pudo advertirse en el grisáceo cuello del

demonio. Al cabo de un rato se dejó ver de nuevo.

—Según parece, otra vez vuelve a tener hambre. Será mejor que le despierte. Querrá conversar contigo antes de que...

—¿Qué?

—No, no tiene importancia.

—Un momento —manifestó Cugel—. Me interesa más conversar contigo que con Pampoun.

—¿Ah, sí? —dijo Pulsifer, puliendo con vigor el colmillo del demonio—. Bueno, eso es algo agradable de oír. Recibo muy pocos cumplidos.

—¡Qué extraño! Observo en ti muchas cosas que alabar. Es evidente que tu existencia corre pareja con la de Pampoun, pero imagino que tendrás algún objetivo personal, alguna ambición, ¿no es cierto?

Pulsifer apartó un labio de Pampoun con el escobillón y descansó en el hueco allí formado.

—A veces pienso que me gustaría ver algo del mundo exterior. Hemos subido varias veces a la superficie, pero siempre era de noche y cuando densas nubes cubrían las estrellas. Aun entonces Pampoun se quejaba del excesivo resplandor, por lo que volvía en seguida abajo.

—Es una lástima —comentó Cugel—. Durante el día hay muchas cosas que ver. Los alrededores de Lumarth son muy agradables. Las Amables Gentes están a punto de celebrar sus Grandes Festejos de los últimos contrastes, que según dicen son algo maravilloso.

Pulsifer movió la cabeza con envidia.

—Dudo de que pueda llegar alguna vez a ser testigo de tales acontecimientos. Pero dime, ¿has sido tú testigo de muchos crímenes espantosos?

—Claro que sí. Por ejemplo, recuerdo el caso del enano del bosque de Batvar, el cual cabalgaba en un asno y...

Pulsifer le interrumpió con un gesto.

—Un momento —le dijo—, Pampoun querrá oír esto.

Se inclinó precariamente por el exterior de la cavernosa boca para mirar hacia los protegidos globos oculares.

—¿Estará él, o más bien, estaré yo despierto? —manifestó—. Creo que

he notado un estremecimiento. De todas formas, aunque me resulta placentera nuestra charla, debo cumplir con nuestros deberes. Vaya, la cuerda de la lámpara se ha desatado. No dudo de que tendrás la amabilidad de apagar la luz.

—Bien, no hay demasiada prisa —aseguró Cugel—. Pampoun duerme apaciblemente; déjale que disfrute de su descanso. Por mi parte, tengo algo que enseñarte. Se trata de un juego de destreza y de azar a la vez. ¿Sabes jugar al zampolio?

Pulsifer movió negativamente la cabeza, y Cugel sacó las cartas.

—Observa atentamente —dijo—. Te entrego cuatro cartas y yo tomo otras cuatro. Cada uno debemos impedir que las vea el otro.

Cugel explicó entonces las reglas del juego, y luego añadió:

—Es indispensable que juguemos por monedas, oro o algo parecido, a fin de hacer más interesante el juego. Por lo pronto, apuesto cinco tercios, que debes igualar.

—Ahí hay dos sacos con el oro de Pampoun, o lo que es lo mismo, de mi oro, puesto que formo parte integrante de esta amplia mole. Saca oro suficiente como para igualar tus tercios.

Continuó el juego. Pulsifer ganó la primera mano, para su satisfacción. Luego perdió la segunda, lo que hizo que llenase el ambiente de comentarios quejumbrosos. Después volvió a ganar, hasta que Cugel manifestó que había quedado sin fondos.

—Eres un magnífico jugador —dijo a Pulsifer—, y constituye una satisfacción enfrentar mi habilidad con la tuya. De todas formas, creo que aún podría ganarte si tuviera la bolsa de monedas que dejé arriba, en el templo.

Pulsifer, sumamente envanecido, respondió con sarcasmos a la jactancia de Cugel.

—Me temo que soy demasiado astuto para ti —aseguró—. Vamos, te devuelvo tus monedas; empezaremos a jugar otra vez.

—No, no es ése el modo en que procede un verdadero jugador. Yo soy demasiado orgulloso para aceptar un regalo de dinero. Déjame que sugiera una solución para el problema. Arriba, en el templo, se encuentra mi bolsa de monedas de a tercio, así como un saco de confites que te complacerá mucho

saborear mientras jugamos. Vamos a buscar todo eso, ¡y te desafío a que me ganes, como antes!

Pulsifer se inclinó hacia fuera, de nuevo, para observar el rostro de Pampoun.

—Parece estar cómodamente dormido, aunque sus tripas están rugiendo de hambre.

—Sí, duerme profundamente —declaró Cugel—. Démonos prisa. Si se despierta se habrá acabado el juego.

Pulsifer vaciló y dijo:

—¿Qué haremos con el oro de Pampoun? Nunca lo dejamos sin vigilancia.

—Lo llevaremos con nosotros, y así no estará lejos de nuestras miradas.

—Muy bien; ponlo entonces aquí, en el estrado.

—Ya está. ¿Cómo subimos al exterior?

—No tienes más que apretar la bolita de plomo que hay en el brazo del sillón. Pero, por favor, no des ninguna sacudida. Pampoun podría llegar a exasperarse si despertase y se viera en un lugar desacostumbrado.

—Pocas veces habrá dormido tan apaciblemente como ahora. Bien, ¡vamos arriba!

Cugel oprimió el botón. El estrado se agitó suavemente, crujió algo y ascendió flotando por un oscuro pozo que se abrió encima de ellos. Luego atravesó la especie de válvula de naturaleza constrictora por la que Cugel penetrara en su caída anterior. Al momento divisaron un destello de luz escarlata en el pozo, y un instante después el estrado se detenía cerca del altar del templo de Pampoun.

—Veamos —dijo Cugel—. ¿Dónde habré puesto mi bolsa de monedas? Esta por allí, me parece. Fíjate, Pulsifer; a través de las grandes arcadas puedes ver la plaza mayor de Lumarth, y éstos son la Gente Amable, que va a sus menesteres cotidianos. ¿Qué opinas de todo esto?

—Muy interesante, aunque no estoy acostumbrado a panoramas tan amplios. A decir verdad, casi noto una sensación de vértigo. Pero dime, ¿cuál es la fuente de ese intenso resplandor rojizo?

—Es la luz que emana de nuestro viejo sol, que se acerca al poniente.

—Eso no me atrae demasiado. Por favor, resuelve rápidamente tu asunto; de pronto me estoy sintiendo bastante inquieto.

—Me daré prisa —afirmó Cugel.

El sol, hundiéndose en el horizonte, enviaba un rayo de luz a través del portal, que dio de lleno en el altar. Cugel, situándose detrás del macizo sillón, retiró las dos semiesferas que protegían los ojos de Pampoun, y las lechosas esferas oculares quedaron reluciendo ante la luz del sol.

Durante un instante Pampoun permaneció quieto. En seguida sus músculos se agarrotaron, sus piernas se estremecieron y su boca se abrió por completo, emitiendo un sonido que era como una explosión, un alarido rechinante que empujó a Pulsifer hacia adelante y le hizo ondear como una bandera bajo un vendaval.

Pampoun avanzó desde el altar y fue a caer de bruces en el suelo del templo, donde rodó mientras seguía exhalando sus atronadores rugidos. Consiguió ponerse en pie, y percutiendo las losas con sus enormes pies, corrió de aquí para allá, hasta que al fin irrumpió a través de las paredes de piedra como si fueran de papel, en tanto que las Gentes Amables que había en la plaza le contemplaban petrificados de asombro.

Cugel, llevándose los dos sacos de oro, salió del templo por un acceso lateral. Durante un momento observó cómo Pampoun galopaba por la plaza, sin dejar de gritar y de bambolearse al sol. Pulsifer se aferraba desesperadamente a un par de colmillos, tratando de conducir al enloquecido demonio, que haciendo caso omiso de toda indicación corrió hacia el este cruzando la ciudad, derribando árboles y atravesando las casas como si fueran de papel.

Cugel avanzó a buen paso en dirección al río Isk y llegó hasta un muelle. Allí observó las embarcaciones y eligió un bote de buenas dimensiones, provisto de mástil, vela y remos, y se preparó a subir a bordo. Entonces se acercó por el río una lancha de fondo plano, que impulsaba vigorosamente con una pértiga un hombre corpulento, de harapientas vestiduras. Cugel se volvió un poco, fingiendo un superficial interés por todo lo que le rodeaba, a fin de que la lancha atracase sin que él llamara la atención al tripulante.

La embarcación tocó en el muelle y el que la conducía trepó por la

escalerilla. Cugel siguió mirando por encima de la corriente, afectando indiferencia por cuanto divisaba.

El otro hombre, jadeando y gruñendo, se detuvo de pronto. Cugel notó su mirada escrutadora, y al fin se volvió a observarle. Se encontró con el rostro congestionado de Huruska, el Nolde de Gundar, sí bien el semblante era ahora escasamente reconocible, debido a las picaduras de insectos que había sufrido en los marjales de Lallo.

Huruska se quedó mirando un buen rato a Cugel, con gesto feroz.

—¡Este es el momento que estaba esperando! —exclamó con voz ronca—. ¡Temí que no volvería a verte nunca! Sólo de pensarlo creí que iba a enloquecer. Pero ¿qué es lo que llevas en esos sacos de cuero?

Arrebató una bolsa a Cugel, mientras añadía:

—Por el peso parece ser oro. ¡Tú profecía se ha cumplido totalmente! Primero, honores; luego un viaje embarcado, y por último riqueza y venganza. ¡Prepárate a morir!

—¡Un momento! —exclamó Cugel—. Se ha olvidado usted de amarrar como es debido la lancha. ¡Eso supone una conducta negligente!

Huruska se volvió a mirar, y Cugel le dio un empujón, haciéndole caer al agua. Mientras lanzaba denuesos y maldiciones, Huruska manoteó tratando de alcanzar la orilla. Entretanto Cugel se puso a desatar los nudos del bote que había elegido. El cabo quedó suelto al fin, en el instante en que Huruska llegaba cargando por el muelle como un toro. Cugel no tuvo tiempo para embarcar las sacas del oro. Se limitó a saltar a la embarcación, la empujó lejos de la orilla y comenzó a remar, mientras Huruska quedaba en el embarcadero agitando los brazos como un poseso.

Cugel izó la vela con aire pensativo. El viento le llevaba río abajo, doblando un recodo. La última imagen que tuvo de la ciudad de Lumarth, a la luz del sol poniente, incluyó las relucientes cúpulas de los templos demoníacos, y la oscura silueta de Huruska, que seguía amenazando con un puño en el muelle. Desde más lejos aún llegaban los bramidos de Pampoun, y de cuando en cuando se oía el estrépito de alguna pared que se derrumbaba.

LAS PREPERSONAS

Philip K. Dick

Philip K. Dick es uno de los autores más desconcertantes de la SF actual. Sus relatos parecen a menudo apresurados borradores (probablemente muchos lo sean realmente, teniendo en cuenta la extraordinaria fecundidad de Dick) en los que los aciertos se alternan con las incongruencias, los cabos sueltos y los puntos oscuros. Y en su contradictoria —aunque casi siempre interesante— obra tampoco parecen incompatibles la crítica radical con sorprendentes ramalazos de reaccionarismo, como en el caso del siguiente relato, en el que una muy válida denuncia se diluye en una serie de consideraciones irracionales matizadas de misoginia.

Walter, que había estado jugando al Rey de la montaña, vio el camión blanco más allá de la arboleda de cipreses y lo tomó como lo que era. «Se trata del camión de los abortos —pensó—. Vienen para llevarse a algún chico a un posparto allá, en el lugar donde hacen los abortos.»

Y volvió a pensar:

«Tal vez lo hayan llamado mis padres. Para mí.»

Corrió entonces y se ocultó entre las zarzamoras. Y aunque notaba los pinchazos del matorral, pensaba: «Esto es mejor que el que le sorban a uno el aire de los pulmones. Así es como lo hacen; realizan las P. P. en todos los chicos al mismo tiempo. Tienen una gran habitación, para los niños que nadie quiere.»

Después de introducirse más adentro entre las zarzamoras, Walter trató de adivinar si el camión se detenía. Oyó su motor.

—Soy invisible —murmuró en voz baja, recitando las palabras que había aprendido en el quinto grado de la escuela, y que pertenecían al *Sueño de una noche de verano*.

Después de eso nadie podría verle. Quizá era cierto, quizá la mágica frase servía en la vida real, de modo que la repitió otra vez:

—Soy invisible.

Pero se dio cuenta de que no era así. Aún podía verse los brazos, las piernas y los zapatos. Y comprendió que ellos, cualesquiera que fuesen, pero especialmente los hombres del camión de los abortos, podían verle asimismo. Si miraban.

Si era él a quien buscaban en esta ocasión.

Deseó ser un rey. Deseó tener polvo mágico a su alrededor, y una

hermosa corona que reluciese. Deseó poder dominar a las hadas, y tener a los Puck para confiar en ellos, para pedirles consejo, incluso. Pero aun cuando fuese rey, se pelearía con Titania, su mujer.

«Eso quisiera», pensó, como el que dice algo que no es verdad.

El sol caía ardiente sobre él, y sus ojos bizquearon un poco. Pero seguía escuchando el motor del camión de los abortos, que continuaba emitiendo su sonido. Su corazón recobró las esperanzas al advertir que el sonido no se detenía. Era a otro niño, al que llevaban a la clínica de abortos, y no a él. Alguien carretera arriba.

Salió con dificultad de los matorrales, aún temblando y con arañazos en diversas partes del cuerpo. Avanzó entonces paso a paso en dirección a su casa, y mientras andaba empezó a llorar, en parte por el dolor de los arañazos, pero también por el miedo que había sentido, y el posterior alivio.

—Ah, santo cielo —exclamó su madre, al verle—. ¿Qué has estado haciendo, en nombre de Dios?

Y él respondió, tartamudeando:

—He..., he visto... el camión... de los abortos.

—¿Y creíste que era para ti?

Asintió en silencio.

—Escucha, Walter —dijo Cynthia Best, arrodillándose y cogiendo las manos temblorosas del niño—. Yo te prometo, tu padre y yo te prometemos que nunca serás enviado a la Institución del Condado. Además, tú ya eres demasiado mayor. Sólo aceptan niños hasta los doce años.

—Pero Jeff Vogel...

—Sus padres le enviaron poco antes de que se pusiera en vigor la nueva ley. No podrían haberlo hecho ahora, legalmente. Por eso no pueden llevarte. Mira, tú tienes un alma. La ley afirma que los chicos tienen un alma a partir de los doce años, por eso no pueden ir a la Institución del Condado, ¿te das cuenta? No tienes nada que temer. Cada vez que veas el camión de los abortos, piensa que es para otro, y no para ti. ¿Está eso claro? Es para otro niño, uno pequeño que aún no tiene alma, una prepersona.

Mientras miraba hacia abajo, sin mirar a su madre, el chico manifestó:

—Yo no me siento ahora como si tuviese alma. Me siento como siempre.

—Es un asunto legal —afirmó vivamente la madre—. Es algo que se refiere estrictamente a la edad. Y tú ya has pasado de los doce. La Iglesia de los Observadores consiguió que el Congreso aprobase esa ley. En realidad, aquella gente de la iglesia quería que se aprobara una edad menor; aseguraban que el alma entra en el cuerpo a los tres años, pero hubo un acta de impugnación. Lo importante es que tú estás ahora legalmente a salvo, por mucho miedo que tengas. ¿Comprendes?

—Está bien —repuso él, asintiendo con la cabeza.

—Tenías que haberte dado cuenta de eso.

Walter estalló, lleno de ira y de pena:

—No puedes saber lo que es estar esperando día tras día a que alguien venga y te meta en una jaula de alambres, dentro de un camión, y...

—Tu miedo no tiene ningún fundamento —le aseguró su madre.

—Yo vi cómo se llevaban a Jeff Vogel aquella vez. Estaba llorando, y el hombre abrió la puerta de atrás del camión, le metió dentro y volvió a cerrar.

—Eso fue hace dos años —dijo la madre, y mirándole con dureza agregó—: Eres débil. Tu abuelo te habría azotado, si te hubiese oído hablar así. Tu padre, no. Se hubiera limitado a sonreír y a decir algo estúpido. Dos años más tarde, y cuando sabes que has pasado ya la edad máxima legal...

La mujer hizo un esfuerzo por encontrar la palabra adecuada.

—Te estás *degradando* —dijo al fin.

—Jeff nunca volvió.

—Tal vez alguien que deseaba un niño fue a la Institución del Condado, le vio y le adoptó. Quizá ahora tenga unos padres mejores, que cuiden realmente de él. Mantienen allí a los chicos treinta días antes de eliminarlos.

Se corrigió a sí misma y dijo:

—Antes de ponerlos a dormir, quiero decir.

Walter no estaba muy tranquilo, porque sabía que «ponerlos a dormir» era un término de la Maña. Se alejó de su madre, pues no deseaba ya su consuelo. Le había desilusionado. Había demostrado cómo era ella, y la fuente de sus creencias y de sus actos. Los actos de todos ellos.

«Sé que no soy diferente respecto a hace dos años —pensó—, cuando era un niño pequeño. Si tengo ahora un alma, como dice la ley, entonces también

la tenía en aquel tiempo. De lo contrario, no tenemos alma; sólo existe un horrible camión pintado, con unos alambres en las ventanillas, que se lleva a los niños que no quieren sus padres. Estos hacen uso así de la extensión de una antigua ley de aborto que permitía matar a los niños no deseados, porque no tenían “alma” o “identidad”. Los aspiraban por medio de un sistema de vacío, en menos de dos minutos.»

Un médico solía hacer hasta cien de estas operaciones al día, y era legal porque los niños no nacidos no eran «seres humanos». Eran prepersonas. Lo mismo pasaba ahora con el camión; se limitaban a establecer una edad, por anticipado, acerca del momento en que entraba el alma.

El Congreso había creado un sencillo *test* para establecer la edad aproximada en que entraba el alma en el cuerpo. Residía en la capacidad para resolver ciertos ejercicios de matemáticas, como los de álgebra. Hasta entonces sólo había cuerpo e instintos animales, propios del cuerpo, así como reflejos animales y respuestas a unos estímulos. Lo mismo que los perros de Pavlov cuando veían un poco de agua filtrarse bajo la puerta del laboratorio de Leningrado. «Sabían», pero no eran humanos.

«Yo sé que soy un ser humano —se dijo Walter, y observó el rostro grisáceo y severo de su madre con ojos fríos y sombríamente críticos—. Creo que soy como tú —pensó—. Vaya, resulta agradable sentirse un ser humano —siguió diciéndose—. Al menos no tiene uno miedo de que venga el camión.»

—Ya te sientes mejor —observó la madre—. He bajado tu umbral de ansiedad.

—No soy tan raro —dijo Walter.

Aquello había terminado. El camión se acababa de marchar y no se lo había llevado.

Pero volvería al cabo de pocos días. Estaba viajando continuamente.

De todas formas, disponía de algunas jornadas. Pero el volver a verle... «Si yo no hubiera sabido que sorbían el aire de los pulmones de los niños que llevan allí —pensó—. Si no hubiera sabido que los eliminan de esa forma. ¿Por qué lo hacen así?» Era más barato, le había dicho su padre. Ahorros para el contribuyente.

Pensó entonces en los contribuyentes y el aspecto que tendrían. Debían de ser gentes que mirasen con el ceño fruncido a los niños, que no respondieran a sus preguntas. Un rostro delgado, surcado de arrugas provocadas por la preocupación, y ojos movedizos. O tal vez un rostro gordo; lo uno o lo otro. Era el individuo delgado el que le atemorizaba, porque no amaba la vida. Captaba su mensaje: «Muérete, desaparece, no existas.» Y el camión de los abortos era la prueba —o el instrumento— de ello.

—Mamá —preguntó Walter—, ¿cómo se hace para cerrar una Institución del Condado? Ya sabes, la clínica de abortos, donde llevan a los niños pequeños.

—Hay que ir a hacer la petición ante la legislatura del Condado —repuso la madre.

—¿Sabes lo que pienso hacer? —agregó el chico—. Aguardaré hasta que no haya niños allí dentro, sólo empleados, y pondré una bomba incendiaria.

—¡No hables de esa forma! —manifestó la madre, severamente, y él vio en su rostro las severas arrugas del contribuyente delgado.

Eso le asustó. Su propia madre le asustaba. Los fríos y opacos ojos no reflejaban nada, como si no hubiese un alma dentro. Entonces pensó: «*Eres tú quien no tiene alma*; tú, con tus absurdos pensamientos.»

Después echó a correr al exterior, para ir a jugar de nuevo.

Un buen grupo de chicos había visto también el camión, y permanecían reunidos, hablando de cuando en cuando, pero casi siempre dando patadas a las piedras o a los terrones, y a veces aplastando algún bicho nocivo.

—¿A quién ha venido a buscar el camión? —preguntó Walter.

—A Fleischhacker. Earl Fleischhacker.

—¿Se lo han llevado?

—Claro que sí. ¿No oíste los gritos?

—¿Estaban sus padres en casa, en ese momento?

—No; salieron temprano diciendo que «iban a llevar a engrasar el coche».

—¿Fueron *ellos* quienes llamaron al camión? —preguntó Walter.

—Desde luego, así lo dice la ley. Tienen que ser los padres. Pero eran

demasiado gallinas para quedarse allí cuando llegara el camión. Rayos, cómo gritaba. Creo que tú estabas demasiado lejos para oírlo, pero gritaba a más no poder.

—¿Sabéis lo que debiéramos hacer? —dijo Walter—. Poner una bomba en el camión y eliminar al conductor.

Todos los demás chicos le miraron desdeñosamente. Uno de ellos aseguró:

—Te encerrarían en el manicomio para toda la vida, si hicieras eso.

—A veces hacen eso —corrigió Pete Bride—, pero en otras ocasiones te cambian la personalidad y te dan una nueva, socialmente aceptable.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Tú tienes doce años; estás a salvo.

—Pero imaginad que cambiaran la ley.

Fuera como fuese, Walter no se sentía realmente seguro. El camión seguía llevándose a otros, y eso le asustaba. Pensó en los chicos pequeños que se encontraban ahora en la Institución, mirando a través de la valla hora tras hora, día tras día, aguardando y marcando el paso del tiempo, y deseó que llegase alguien a adoptarlos.

—¿Has estado allí alguna vez, en la Institución del Condado? —le preguntó a Pete Bride—. Aquellos pequeños, como criaturas algunos de ellos, a veces sólo tienen un año y no saben lo que les aguarda.

—A los más pequeños los adoptan —afirmó Zack Yablonski—. Son los mayores los que no tienen probabilidades. Los de la Institución hablan a la gente que llega y montan una comedia, como si fueran chicos agradables. Pero la gente sabe que no estarían allí si no fueran, bueno, indeseables.

—Podríamos pincharle los neumáticos —dijo Walter, cuya cabeza seguía trabajando.

—¿Al camión? Eh, ¿y no sabéis que echando una bola de naftalina en el tanque del combustible, al cabo de una semana el motor no funciona? Podríamos hacer eso.

Dijo Ben Blaire:

—Pero entonces se echarían encima de nosotros.

—Ya lo hacen ahora —manifestó Walter.

—Creo que debiéramos poner una bomba incendiaria en el camión —intervino Harry Gottlieb—. Pero imaginad que hay chicos dentro. Se quemarían con el camión. Este recoge, no lo sé muy bien, unos cinco niños al día de distintas partes del condado.

—¿Sabéis que también se llevan perros? —manifestó Walter—. E incluso gatos. Dedicán el camión a eso una vez por mes. Le llaman entonces el camión corral. Lo demás es igual: meten a los animales en una gran cámara, les sorben el aire de los pulmones y se mueren. ¡Hacen eso hasta con los animales! ¡Con los animales pequeños!

—Lo creeré cuando lo vea —dijo Harry Gottlieb, con una expresión burlona en el rostro—. Un camión que se lleva a los perros...

Sin embargo, él sabía que era cierto. Walter había visto el camión corral en dos ocasiones distintas. «Gatos, perros, y sobre todo nosotros —pensó sombríamente—. Claro está que si empiezan con nosotros, es natural que se lleven a los animalillos de la gente, también. No hay tanta diferencia, al fin y al cabo.» Pero ¿qué clase de persona haría eso, aunque sea legal? «Algunas leyes han sido hechas para respetarlas, y otras para quebrantarlas», recordó haber leído en un libro. «Tendremos que poner una bomba al camión lo primero —se dijo—. Eso es lo peor, el camión.»

¿Por qué, se preguntó Walter, cuanto más desvalida es una criatura, más quieren eliminarla algunas personas? Es como un crío en la matriz. Los primeros abortos, los «prepartos», las «prepersonas», como los llamaban ahora. ¿Cómo podrían defenderse por sí solos? ¿Quién hablaría por ellos? Todas esas vidas, un centenar por médico cada día... Todos desvalidos, silenciosos, y luego todos muertos.

«Los muy malditos —pensó—. Por eso lo hacen, porque saben que pueden hacerlo. Se aprovechan de su poder. Y así, una cosa pequeña que deseaba ver la luz del día, queda vaciada en menos de dos minutos. Y entonces el médico se dedica a la persona siguiente.»

Tendría que haber una organización, parecida a la Mafia, siguió reflexionando. Liquidación de asesinos, o algo así. Un hombre con un

contrato se acerca a uno de esos médicos, extrae un tubo y sorbe al médico en el interior del mismo, donde queda encogido como un niño sin nacer. Sería entonces un feto de médico, con un estetoscopio del tamaño de una cabeza de alfiler. Se echó a reír al pensar en eso.

Los niños parecen no saber nada, pero lo saben todo. Demasiado, a veces. El camión de los abortos, mientras avanzaba, iba tocando una canción alegre:

*Jack y Jill
subieron al monte
por un cubo de agua.*

Era una grabación que emitía el sistema sonoro del camión, el cual había sido creado especialmente por Ampex para GM. La canción resonaba a todo volumen cuando el vehículo no se dedicaba a una captura. Pero en este caso, el conductor interrumpía la emisión y el camión se deslizaba en silencio hasta que hallaba la casa correspondiente. Una vez que tenía al niño no deseado en la parte trasera del camión, o bien regresaba a la Institución del Condado, o iniciaba otra recogida de una prepersona, el chófer volvía siempre a poner la canción:

*Jack y Jill
subieron al monte
por un cubo de agua.*

Hablando para sus adentros, Oscar Ferris, el conductor del camión Número Tres, terminó la tonada: «*Jack cayó y se rompió la testa, y Jill le siguió dando tumbos.*» «¿Qué demonios sería la testa?», se preguntó Ferris. «Probablemente alguna parte privada», pensó sonriendo. «Tal vez Jack estuvo jugando con aquello, o bien Jill, o los dos a la vez. ¿A buscar agua? Un jamón —se dijo—. Sé muy bien a qué fueron al bosque. Lo malo es que Jack se cayó, y se le rompió la cosa.»

—Mala suerte, Jill —dijo en voz alta, mientras conducía hábilmente su

camión, que tenía ya cuatro años, por las sinuosas curvas de la carretera Número Uno de California.

«Los chicos son así —pensó Ferris—. Sucios y acostumbrados a jugar con cosas sucias.»

Aquello era campo abierto, y numerosos niños aislados deambulaban por las quebradas y los descampados. Ferris mantuvo el ojo avizor, y como había previsto, hacia su derecha escapó un pequeño, de unos seis años, que trataba de esconderse. Ferris pulsó en seguida el botón que activaba la sirena del camión. El niño quedó inmovilizado por el miedo y aguardó hasta que el vehículo, que aún emitía las notas de *Jack y Jill*, se acercó a él y se detuvo.

—Enséñame tu tarjeta A —le dijo Ferris sin salir del camión.

El conductor sacó un brazo por la ventanilla, para que se viera su uniforme color castaño y la insignia, símbolo de su autoridad.

El chiquillo estaba muy flaco, como muchos escapados, pero, por otra parte, usaba gafas. Rubio, con pantalones vaqueros y camisa de algodón, se quedó mirando lleno de pavor a Ferris, sin acertar a hacer movimiento alguno para sacar su documentación.

—¿Tienes la tarjeta A, o no? —inquirió Ferris.

—¿Qué..., qué es..., es una tarjeta A?

Con su tono oficial, Ferris explicó al chico sus derechos bajo la ley:

—Tu padre, o bien tu tutor, llena un Formulario 36 W, que es una declaración formal de Aprobación, por la que se te considera persona aceptable. ¿Tienes eso? Si no lo tienes, te conviertes en un descarriado, aun cuando tus padres quieran tenerte con ellos. Se les impone una multa de quinientos dólares.

—Ah —dijo el pequeño—; bueno, la he perdido.

—Entonces tendrán una copia en los archivos. Hacen micro fotografías de esos documentos. Te llevaré dentro...

—¿A la Institución del Condado? —preguntó el niño, y sus delgadas piernecillas temblaron de pavor.

—Tienen treinta días para reclamarte, llenando el Formulario 36 W. Si no lo hacen para entonces...

—Mi madre y mi padre nunca se ponen de acuerdo. Ahora estoy con mi

padre.

—Pero no te ha entregado una tarjeta A para que te identifiques.

Montado transversalmente en la cabina del camión se hallaba un fusil. Siempre había la posibilidad de que surgieran complicaciones cuando recogía algún descarriado. Con aire reflexivo, Ferris echó un vistazo al arma. Sólo la había utilizado cinco veces durante su carrera de agente de la ley. El arma podía desintegrar en moléculas a un hombre.

—Tengo que llevarte dentro —dijo, abriendo la puerta del camión y sacando las llaves—. Ahí hay otros chicos, de modo que podéis haceros compañía.

—No —dijo el niño—, no voy a entrar.

Parpadeando, el pequeño se enfrentó a Ferris, tozudo y rígido como una piedra.

—Vaya, probablemente has oído un montón de historias acerca de la Institución del Condado. Son todo mentiras de los muy malditos, eso de que os hacen dormir. Cualquiera muchacho de aspecto normal es adoptado. Os cortamos el pelo y os acicalamos para que tengáis un aire agradable. Deseamos encontraros una casa. Esa es la verdadera idea. Tan sólo unos pocos, los que, bueno, los que están enfermos mental o físicamente... En cuanto a ti, alguna persona bien situada te adoptará en un minuto, ya lo verás.

»Entonces no tendrás que ir por ahí solo, sin padres que te guíen. Tendrás nuevos padres, y escucha bien esto, pagarán bastante por ti, de modo que se tomarán mucho interés en cuidarte. Demonios, incluso van a *inscribirte*. ¿Lo ves? Se trata de un alojamiento temporal, el lugar a donde vamos a llevarte ahora. Un sitio donde puedan ir a buscarte tus futuros padres.

—Pero si no me adopta nadie en el plazo de un mes...

—Demonios, también puedes caerte desde un risco aquí, en Big Sur, y matarte. Pero no te preocupes. La oficina de la Institución se pondrá en contacto con tus padres actuales, y lo más probable es que acudan con el Formulario de Aprobación dentro de poco, incluso hoy mismo. Mientras tanto, te darás un paseo y conocerás a muchos otros muchachos. Por otra parte...

—No —dijo el niño.

—Te informo —declaró Ferris, con tono diferente— que soy un funcionario del Condado.

Así diciendo, abrió la puerta del camión, saltó fuera y enseñó la insignia de metal al chico.

—Soy el Agente de Paz Ferris, y te ordeno que entres en la parte trasera del camión.

En ese momento se aproximó un hombre alto, que andaba con aire cansino. Lo mismo que el niño, usaba pantalones tejanos y una camisa de algodón, aunque no llevaba gafas.

—¿Es usted el padre del chico? —preguntó Ferris.

Con voz ronca, el hombre inquirió a su vez:

—¿Se lo lleva a la jaula?

—Lo consideramos como un refugio para la protección de los niños —aseguró Ferris—. El término «jaula» es propio de una jerga de *hippies*, y deforma deliberadamente el cariz de nuestra misión.

—Tiene usted niños encerrados en esa jaula, ¿no es cierto?

—Me gustaría ver su tarjeta de identidad —dijo Ferris—. Dígame también si ha sido detenido anteriormente.

—¿Detenido y hallado inocente, o detenido y hallado culpable?

—Conteste a mi pregunta, señor —ordenó Ferris, enseñando su carnet negro de identificación, el que enseñaba a los adultos para que le reconociesen como Agente de Paz del Condado.

Ferris insistió:

—Veamos, ¿quién es usted? Vamos, enseñe su tarjeta de identidad.

—Me llamo Ed Gantro —repuso el hombre—, y estoy fichado. Cuando tenía dieciocho años robé cuatro cajas de «Coca-Cola» de un camión estacionado.

—¿Le detuvieron en el momento del robo?

—No; cuando fui a devolver las botellas vacías para cobrar los envases. Entonces me detuvieron. Estuve en la cárcel seis meses.

—¿Tiene usted una tarjeta de Aprobación para el niño aquí presente? —preguntó Ferris.

—No podemos gastar los noventa dólares que cuesta.

—Bueno, ahora le costará quinientos. Tenía que haberla sacado a su debido tiempo. Le aconsejo que hable con un abogado.

Ferris avanzó hacia el niño, diciéndole con tono oficial:

—Será mejor que te reúnas con los otros jóvenes que hay en la sección posterior del vehículo.

Luego se dirigió al hombre y le dijo:

—Pídale que haga lo que se le ha ordenado.

El hombre vaciló un momento y manifestó:

—Tim, entra en el maldito camión. Buscaremos un abogado y sacaremos la tarjeta A para ti. No se adelanta nada con crear desórdenes. Desde el punto de vista legal eres un descarriado.

—Un descarriado —repitió el niño, mirando a su padre.

—Exactamente —terció Ferris—. Tiene usted treinta días, señor, ya lo sabe, para elevar la...

—¿También cogen gatos? —preguntó el chico—. ¿Hay gatos ahí dentro? A mí me gustan mucho los gatos.

—Yo sólo me ocupo de casos P. P., como el tuyo —dijo Ferris, y con una llave abrió la puerta trasera del vehículo, después de lo cual añadió—: Trata de no hacer tus necesidades ahí dentro. El olor resulta insoportable, y no hay forma de quitar las manchas.

El niño no pareció comprender lo que le decían, y miró perplejo a su padre y luego a Ferris.

—No hagas lo que en el lavabo, mientras te encuentres en el camión —le explicó su padre—. Quieren conservarlo limpio, porque así gastan menos dinero.

Dijo estas últimas palabras con acento colérico y sombrío.

—A los perros y gatos sin dueño —explicó Ferris— se les dispara cuando se los ve, o se les da cebo envenenado.

—Ah, sí, ya conozco ese asunto —declaró el padre del chico—. El animal come durante una semana, y luego se desangra por dentro.

—Sin ningún dolor —apuntó Ferris.

—No es mucho mejor, que aspirarles el aire de los pulmones, ¿verdad? —dijo Ed Gantro—. Esto último supone asfixiarlos en masa.

—Bueno, con los animales, las autoridades del Condado...

—Me refiero ahora a los niños, como Tim.

Su padre permaneció detrás del pequeño, y ambos miraron hacia el interior del vehículo. Dos formas oscuras se apreciaban tenuemente, encogidas y con el mayor aspecto de desesperación.

—¡Fleischhacker! —exclamó Tim—. ¿No tenías una tarjeta A?

—Debido a la falta de materias primas y de combustibles —estaba explicando Ferris al padre de Tim—, es necesario cortar radicalmente el crecimiento de la población. De lo contrario dentro de diez años no habrá comida para nadie. Esta es una fase de...

—Yo tenía una tarjeta A —aseguró Earl Fleischhacker—, pero mis padres me la quitaron. Ya no me quieren, así que después de retirármela llamaron al camión de los abortos.

Tenía la voz gangosa. Era evidente que había estado llorando.

—¿Y cuál es la diferencia entre un feto de cinco meses y lo que tenemos aquí? —proseguía diciendo Ferris—. En ambos casos lo que se tiene es una criatura a la que no se quiere. Simplemente, han ampliado el alcance de esa ley.

El padre de Tim le miró y dijo:

—¿Está usted de acuerdo con esa ley?

—Bueno, eso corresponde a Washington, y lo que deciden contribuirá a resolver nuestras necesidades en estos días de crisis —aseguró Ferris—. Yo sólo ejecuto sus edictos. Si esa ley cambiase... demonio, me vería acarreando cajas vacías de leche para el nuevo proceso de elaboración, o algo parecido, y de todas formas me sentiría igualmente feliz.

—¿Igualmente feliz? —inquirió el padre del chico—. Entonces disfruta usted con este trabajo, ¿verdad?

Ferris dijo maquinalmente:

—Me ofrece la oportunidad de moverme mucho y de conocer a bastante gente.

—Está usted loco —dijo Ed Gantro, el padre de Tim—. Este plan del aborto de posparto y de las leyes de aborto anteriores al mismo, por las que un niño no nacido carecía de derechos legales, merecía ser extirpada como un

tumor. Vea en lo que ha quedado. Si se puede matar a un niño no nacido sin el debido proceso, ¿por qué no hacerlo con uno que ya ha nacido? Lo que yo veo de común en ambos casos es la impotencia. El organismo al que se da muerte no tiene oportunidad ni capacidad para defenderse. ¿Sabe una cosa? Voy a pedirle que me meta ahí dentro también, en la parte trasera del camión, con los tres chicos.

—Pero es que el presidente y el Congreso han declarado que cuando se ha cumplido los doce años ya se tiene un alma. No puedo llevarle. No sería legal.

—Yo no tengo alma —aseguró el padre de Tim—. Cumplí los doce años y no me ocurrió nada. Lléveme usted, a menos que encuentre mi alma.

—¡Vaya! —exclamó Ferris.

—Sí, a menos que pueda enseñarme mi alma —insistió Ed Gantro—; a menos que pueda localizarla. De lo contrario, lléveme, porque no soy distinto de esos niños.

—Tendré que utilizar la radio para ponerme en contacto con la Institución del Condado y ver lo que dicen —manifestó Ferris.

—Hágalo —dijo el padre de Tim, que subió trabajosamente a la parte posterior del camión, y ayudó luego a Tim a hacer lo propio.

Junto con los otros dos chicos aguardaron mientras el Agente de Paz Ferris, tras establecer su identificación oficial, hablaba por la radio.

—Tengo aquí a un varón de raza blanca —decía Ferris por el micrófono—, de aproximadamente treinta años. Insiste en que debe ser trasladado a la Institución del Condado con su hijo. Asegura no tener alma, lo cual le coloca en la categoría de los menores de doce años. No llevo conmigo nada, ni conozco prueba alguna para detectar la presencia de un alma. Al menos, no sé de nada que resultase satisfactorio ante un tribunal. De todas formas, creo que tal vez pueda solucionar algunos problemas de álgebra. Parece tener una mente inteligente, pero...

—Afirmativo, en cuanto a traerle aquí —declaró la voz del superior del agente, por el emisor receptor—. Nosotros trataremos con él.

—Le atenderán en la Institución —dijo Ferris al padre de Tim, el cual estaba en cuclillas junto a las otras tres pequeñas figuras en la parte posterior del vehículo.

Ferris cerró de un golpe la puerta, la aseguró con llave —precaución excesiva, pues los chicos iban ya asegurados con fajas electrónicas— y puso en marcha el camión.

*Jack y Jill subieron al monte
por un cubo de agua.
Jack cayó y se rompió la testa.*

Sin duda iban a romperle la testa a alguien, pensó Ferris mientras conducía por la sinuosa carretera; y ése no iba a ser él, precisamente.

—No sé nada de álgebra —oyó que decía el padre de Tim a los tres niños—. De modo que no puedo tener alma.

El chico Fleischhacker dijo con voz llorosa:

—Yo sí sé álgebra, pero sólo tengo nueve años. ¿De qué me vale, entonces?

—Eso es lo que voy a usar como argumento en la Institución —prosiguió diciendo el padre de Tim—. Hasta las divisiones largas resultan complicadas para mí. Así que no tengo alma. Estoy bien aquí con vosotros tres, pequeños.

Ferris dijo en voz alta, hablando con los que estaban atrás:

—No quiero que ensucien el camión, ¿comprendido? Nos cuesta...

—No me lo diga —manifestó el padre de Tim—, porque no lo comprendería. Resulta para mí demasiado complicado, eso de los beneficios, gastos, prorrateo y otros términos fiscales semejantes.

«Vaya, tengo un problema ahí atrás», pensó Ferris y se alegró de haber montado el fusil y de tenerlo cerca.

—Ya saben que el mundo se está quedando sin materias primas —añadió el agente en voz alta—. No hay combustible, ni pan, ni carne. Es necesario conservar bajo el nivel de la población. Y los problemas de la píldora...

—Ninguno de nosotros sabe nada de eso —le interrumpió el padre de Tim.

Irritado al sentir que podían estar burlándose de él, Ferris dijo:

—Un cese del crecimiento de la población; ésa es la respuesta a la carencia de energía y de alimentos. Es lo mismo... bueno, casi lo mismo que cuando introdujeron el conejo en Australia. No tenía enemigos naturales, y de ese modo se multiplicó desmedidamente, como las personas...

—Comprendo lo que es multiplicación —aseguró Ed Gantro—, y también suma y resta. Pero eso es todo.

«Cuatro conejos locos ahí atrás —pensó Ferris—. La gente contamina el medio natural —siguió diciéndose—. ¿Qué aspecto tendría aquella parte del país antes del predominio del hombre? Bueno, con los abortos de posparto en todos los condados de Estados Unidos, tal vez lleguemos a ver un día semejante. Quizá podamos contemplar de nuevo una tierra virgen.

»Nosotros —se dijo—. Pero sospecho que no habrá ningún nosotros. Quiero decir, que unas computadoras gigantes y sensibles observarán el paisaje con sus cámaras y receptores de vídeo, y hallarán agradable el panorama.»

El pensamiento no le alegró demasiado.

—¡Tengamos un aborto! —declaró Cynthia llena de excitación, cuando entraba en su casa con los brazos llenos de sintocomestibles—. ¿No te parece bonito? ¿No resulta interesante?

Su marido, Ian Best, contestó secamente:

—Pero antes será necesario que quedes embarazada. De modo que concierta una entrevista con el doctor Guido, eso me costará sólo cincuenta o sesenta dólares, y que te saque el IUD.

—Quizá si... —se interrumpió, y movió alegremente su cabello fuerte y oscuro, y añadió después—: Probablemente no va bien desde el año pasado, de modo que tal vez esté ya encinta.

—Puedes insertar un anuncio en *Prensa Libre* que diga: «Se desea hombre para pescar IUD con gancho de percha.»

—Pero tienes que comprenderlo —declaró Cynthia, siguiendo a su marido hasta el armario empotrado, donde él colgó la corbata, exponente de su categoría, y la chaqueta, símbolo de su nivel social—; eso está de moda ahora, lo de tener un aborto. ¿Qué te parece, lo tenemos? Ahora tenemos a Walter. Pero cada vez que viene alguien de visita y le ve, sé que estará preguntándose: «¿De dónde lo has sacado?» Resulta molesto. Por otra parte, la clase de abortos que hacen ahora, para mujeres en la primera etapa del embarazo, sólo cuestan cien dólares... ¡El precio de cuarenta litros de gasolina! Y puede uno hablar de eso prácticamente con todo el mundo que venga, durante horas y horas.

Ian volvió hacia ella el rostro y dijo con voz monótona:

—¿Piensas conservar el embrión? ¿Vas a traerlo a casa en una botella, o pulverizado con una pintura luminosa especial, a fin de que reluzca por la noche como una lamparilla?

—¡Y del color que uno quiera!

—¿El *embrión*?

—No, la botella y el color del líquido. Es una solución preservativa, de modo que se trata de una adquisición para toda la vida. Incluso la entregan con una garantía escrita, según creo.

Ian se cruzó de brazos para mantener la calma: posición estado alfa.

—¿Sabes que hay gente que quiere tener un hijo —manifestó él—, aun cuando sea un chico torpe? ¿Sabes que los hay que van a la Institución del Condado semana tras semana, en busca de una criatura recién nacida? Ya conoces esas ideas; ha habido un pánico mundial acerca de la superpoblación. Nueve billones de seres humanos hacinados como ratones en los bloques de casas de cada ciudad. Bueno, si eso continuara... Pero lo que ocurre ahora es que no hay *bastantes* niños. ¿Acaso no ves la televisión, ni lees el *Times*?

—Es un fastidio —repuso Cynthia—. Por ejemplo, hoy llegó Walter a casa asustado porque había visto pasar el camión de los abortos. Es un fastidio tener que cuidarse de él. Para ti es fácil, porque vas a tu trabajo, pero yo...

—¿Sabes lo que me gustaría hacer con ese camión Gestapo de abortos? Pues llevarme a dos viejos amigos de las juergas de antes, armados con

barras, y apostarnos a los lados de la carretera. Entonces, cuando el carromato pasara...

—Es un furgón con aire acondicionado, no un carromato.

El hombre la miró irritado y luego se encaminó al bar de la cocina para prepararse una bebida. Se decidió por un whisky escocés. Whisky escocés con leche. Eso sería un buen aperitivo para la cena.

Mientras preparaba la bebida, entró su hijo Walter con el semblante extrañamente pálido.

—El camión de los abortos pasó por aquí hoy, ¿no es cierto? —preguntó Ian.

—Creí que tal vez...

—Es imposible. Aunque tu madre y yo viéramos a un abogado y quisiéramos redactar un documento legal, un formulario anti-A, ya tienes demasiada edad. De modo que puedes quedarte tranquilo.

—Ya lo sé —dijo Walter—, pero...

—No trates de saber por quién dobla la campana; ésta no dobla por ti —citó Ian, incorrectamente—. Escucha, Walt, déjame que te diga una cosa.

El padre tomó un prolongado trago de whisky con leche, y prosiguió diciendo:

—El nombre de todo eso es *matar*. Matarlos cuando tienen el tamaño de una uña, o de una pelota de béisbol, o más adelante. Aspirar el aire de los pulmones a un chico de diez años y dejarle morir. Hay cierto tipo de mujeres que abogan por eso. Suele llamárselas «hembras castradoras». Quizá una vez fuera ése el término adecuado. Pero lo cierto es que esas mujeres, esas frías y duras mujeres, no sólo quieren que... Bueno, van contra todo chico u hombre; los quieren muertos, y no sólo la parte que hace de ellos un varón. ¿Comprendes?

—No —repuso Walter, aunque entreveía tenuemente algo confuso y espantoso.

Otro sorbo a su bebida, y Ian continuó:

—Y ocurre que tenemos a una de éstas viviendo aquí justamente, Walter. Aquí, en nuestra casa.

—¿Qué tenemos aquí en casa?

—Lo que los psiquiatras suizos llaman una *kindermörder* —manifestó Ian, eligiendo deliberadamente un término que resultaba incomprensible para su hijo; y agregó después—: ¿Sabes qué podemos hacer? Tú y yo podemos tomar un coche «Amtrak» y dirigirnos hacia el norte, siempre hacia el norte hasta que llegemos a Vancouver, en la Columbia Británica. Tomaríamos allí un transbordador hasta la isla de Vancouver y nunca volverían a vernos por aquí.

—Pero ¿y mamá?

—Le enviaría todos los meses un cheque. Con eso sería muy feliz.

—Hace mucho frío allí, ¿no es cierto? —dijo Walter—. Quiero decir que apenas si hay combustible, y usan...

—Bah, es poco más frío que San Francisco. De todos modos, ¿te da miedo tener que ponerte varios jerseys, y sentarte junto al fuego? ¿Lo que has visto hoy ha llegado a asustarte de ese modo?

—Sí —contestó el niño, sombríamente.

—Podríamos vivir en una islita cercana a la isla de Vancouver, y procurarnos nuestra propia comida. Podrás plantar lo que quieras, para que crezca. El camión no llegará hasta allí. No volverás a verlo. Tienen leyes distintas. Las mujeres de esa tierra son diferentes. Conocí a una chica, cuando estuve allí hace bastante tiempo. Tenía el pelo moreno y largo, fumaba cigarrillos «Players» continuamente, no comía nada y no dejaba de hablar. Por aquí estamos viendo una civilización en la cual las mujeres desean destruir su propio...

Ian se interrumpió cuando su mujer entró en la cocina.

—Si continúas bebiendo eso —le dijo ella—, vas a echarlo todo a perder.

—Está bien —manifestó Ian, irritado—. ¡Está bien!

—No me grites —dijo Cynthia—. He pensado que sería una gran cosa, si nos llevas fuera a cenar. Dal Rey dijo en la televisión que tienen filetes para los que lleguen temprano.

—Lo que tienen son ostras crudas —replicó Ian, arrugando la nariz.

—Espléndido —aseguró Cynthia—. Con media concha y servidas sobre hielo. Adoro las ostras. ¿Te parece bien, Ian? ¿Está decidido?

Ian explicó a su hijo Walter:

—Ciertas clases de ostras tienen todo el aspecto de lo que el cirujano...

Se interrumpió y guardó silencio. Cynthia le miró airadamente, y el chico pareció desconcertado.

—Está bien —dijo Ian—. Pero yo pediré el filete.

—Yo también —terció Walter.

Una vez que hubo terminado su bebida, Ian manifestó más serenamente:

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste una cena para los tres aquí en casa?

—Os hice orejas de cerdo con arroz el viernes —aseguró la mujer—. La mayor parte de la cena se fue a la basura porque era algo nuevo, no el menú tradicional. ¿Te acuerdas de eso, *querido*?

Ignorando el sarcasmo de su mujer, Ian añadió, dirigiéndose a su hijo:

—Claro está que también ese tipo de mujer se encuentra a veces, a menudo, incluso, por aquellas tierras. Ha existido en todas las épocas y todas las culturas. Pero como Canadá no tiene leyes que permitan el posparto... — se interrumpió y dijo, ahora a su mujer—: Es la leche, la que me hace hablar. Ahora la adulteran con azufre. No prestes atención a lo que digo, o entabla juicio contra alguien. Lo que prefieras.

Cynthia le observó y repuso:

—Ya estás pensando en otra de tus fantasías, como de escapar, ¿verdad?

—Los dos —intervino Walter—. Papá piensa llevarme con él.

—¿Adónde? —preguntó Cynthia, sin conceder mucha importancia al asunto.

—Hasta donde lleguemos por la ruta del Amtrak —aseguró el marido.

—Vamos a ir a la isla de Vancouver, en Canadá —explicó Walter.

—¿Ah, sí? —dijo Cynthia.

Después de una pausa, Ian declaró:

—Es cierto.

—¿Y qué demonios pensáis que voy a hacer cuando os hayáis marchado? ¿Buscarme clientes en el bar cercano? ¿Cómo voy a pagar todo lo que...?

—Te enviaré por correo los cheques —dijo Ian—. De bancos importantes.

—Claro. Seguro que lo harás.

—Puedes venir con nosotros —añadió el marido—. Podrás capturar peces zambulléndote en la English Bay, para luego matarlos a mordiscos con tus agudos dientes. Serías capaz de aniquilar todos los peces de la Columbia Británica de la noche a la mañana. Aquellos pobres peces, preguntándose vagamente lo que pudo haber sucedido... Nadando en cierto momento, y en seguida este... ogro, este monstruo destructor de peces, con un ojo único y luminoso en el centro de la frente, cae sobre ellos y los tritura hasta reducirlos a pulpa. Pronto surgiría una leyenda. Las noticias como éstas no tardan en divulgarse. Al menos se divulgarán entre los pocos peces que queden.

—Sí, papá —dijo Walter—; pero supón que no quedasen peces supervivientes.

—Entonces todo habría sido en vano, excepto para el placer personal de tu madre, al haber dado muerte a mordiscos a toda una forma de vida de la Columbia Británica, donde la pesca es la industria más importante, y donde tantos otros animales dependen de los peces para su supervivencia.

—En tal caso, toda la gente de la Columbia Británica quedaría sin trabajo —apuntó Walter.

—No —declaró su padre—. Meterían en latas los pescados muertos y los venderían a los norteamericanos. ¿Ves, Walter? En épocas anteriores, antes de que tu madre la emprendiera a mordiscos hasta matar a todos los peces de la Columbia Británica, los sencillos rústicos permanecían en las orillas con un palo en la mano, y cuando pasaba nadando un pez, le daban en la cabeza. De modo que esto *crearía* trabajo, en lugar de quitarlo. Millones de latas, adecuadamente etiquetadas...

—¿No te das cuenta —dijo Cynthia, con calma— que el chico se cree todo lo que le dices?

—Lo que le cuento es la verdad.

Lo era, aunque en sentido literal no lo pareciese, pensó Ian, y añadió, dirigiéndose a su mujer:

—Os llevaré a cenar. Coged vuestros vales de racionamiento, y tú ponte esa blusa azul de punto que deja ver tus ubres. De ese modo llamarás tanto la atención que tal vez no se acuerden de pedirnos los vales.

—¿Qué significa ubre? —preguntó Walter.

—Es algo que está pasando rápidamente de moda —aseguró el padre—. Lo mismo que el «Pontiac GTO». Sólo vale como ornamento para ser admirado y manoseado. Su verdadera función desaparece.

«Lo mismo que nuestra raza —pensó Ian—, una vez que se dé vía libre a los que quieren destruir a los niños por nacer, en otras palabras, a los seres más desvalidos que existen.»

—La ubre —dijo Cynthia severamente a su hijo— es una glándula mamaria que poseen las hembras y con la que proporcionan leche a sus hijos.

—Generalmente son dos —añadió Ian—. La ubre operativa y la de reserva, para el caso de que se produzca un fallo de funcionamiento en la operativa. Sugiero que se elimine un paso en toda esta manía abortiva de prepersonas. Lo mejor sería enviar todas las ubres del mundo a la Institución del Condado. La leche, si la hubiera, les sería aspirada por medios mecánicos, desde luego. De ese modo las ubres quedarían inútiles y vacías, y las criaturas morirían naturalmente, privada de la fuente principal de nutrición.

—Pero hay fórmulas parecidas, como el «Similactis» y otras —aseguró Cynthia—. Bueno, voy a cambiarme para que podamos ir a cenar.

Así diciendo, dio media vuelta y se dirigió a su dormitorio.

—¿Sabes? —dijo Ian a su mujer, ya en la otra habitación—. Si hubiera una forma de que pudieras hacerme clasificar como prepersona, me enviarías allí, a la Institución del Condado.

Y pensó que no sería el único marido de California que iría a tal sitio. Le acompañarían muchos otros, en parecida situación que él.

—Vaya, no me parece mal plan —oyó decir a Cynthia, cuya voz llegó débilmente, lo cual demostró que le había oído.

—No se trata sólo de un odio hacia los indefensos —aseguró Ian Best—. Hay algo más en ello. Hay odio, pero ¿a qué? ¿A todo lo que se desarrolla?

«Los debilitáis —se dijo Ian—, antes de que sean lo bastante grandes como para tener músculos, y experiencia y habilidad para la lucha; lo bastante grandes como soy yo respecto a ti, con mi musculatura y mi peso plenamente desarrollados. Es mucho más fácil cuando la otra persona —debiera decir prepersona— se encuentra flotando y soñando en el líquido amniótico, y no sabe nada acerca de la forma de defenderse.

»¿Adónde se habrán ido las virtudes maternas? —se preguntó Ian—. Esas virtudes por las cuales las madres protegían especialmente todo aquello que era pequeño, débil e indefenso, ¿dónde habrán ido?

»Nuestra sociedad competitiva es así —pensó—. La supervivencia de los fuertes. No de los aptos, sino sólo de los que tienen el poder. Y no iban a rendirse a la siguiente generación. Era el poder y la maldad de lo antiguo contra la impotencia y la debilidad de lo nuevo.»

—Papá —dijo Walter—. ¿De verdad iremos a la isla de Vancouver, en Canadá, y plantaremos plantas para alimentarnos, y no tendremos nada que temer?

Como si hablase consigo mismo, Ian manifestó:

—Lo haremos en cuanto tenga el dinero necesario.

—Ya sé lo que significa eso. Es como decir siempre «lo haremos mañana». No vamos a ir, ¿verdad? —dijo el chico, y miró expectante a su padre—. Ella no nos dejará hacerlo. No querrá que abandone la escuela, ni nada de eso. Siempre se sale con la suya, ¿no crees?

—Llegará el día —aseguró Ian, con aire decidido—. Tal vez no sea este mes, pero llegará la ocasión, te lo prometo.

—¿Y dices que no hay camiones de abortos allí?

—No, ninguno. Las leyes canadienses son diferentes.

—Haz que sea pronto, papá, por favor.

El hombre se preparó un segundo whisky con leche y no contestó. Tenía el rostro sombrío y triste, casi como si estuviese a punto de llorar.

En la parte trasera del camión de los abortos los tres niños y el adulto se bamboleaban y sacudían por efectos de la marcha del vehículo. En una ocasión cayeron contra el alambre de contención que les separaba y el padre de Tim Gantro sintió una honda desesperación al verse alejado de aquel modo de su propio hijo. Una pesadilla durante el día, pensó el hombre. Enjaulados como animales. El noble gesto no había hecho más que crear más sufrimientos; para él, precisamente.

—¿Por qué dices que no sabes álgebra? —le preguntó Tim, de pronto—.

Sé que haces cálculos y sabes trigo... no sé qué. Has estudiado en la Universidad de Stanford.

—Quiero demostrar —repuso el padre— que o tienen que matarnos a todos o a ninguno. Pero sin dividirnos con esas líneas burocráticas, como «cuando el alma entra en el cuerpo». ¿Qué clase de concepto es ése, en nuestros días? Es algo medieval.

A decir verdad, pensó, se trata de un pretexto, un pretexto para abusar de los desvalidos. Y él no era un desvalido. El camión de los abortos había recogido a un adulto plenamente desarrollado, con todos sus conocimientos y su astucia. «¿Cómo actuarán conmigo? —se preguntó—. Evidentemente, poseo lo mismo que los demás hombres. Si ellos tienen alma, yo también. Si no la tienen, yo tampoco. Pero ¿con qué base fundada pueden “ponerme a dormir”? No soy débil ni pequeño. No soy un niño sin conocimientos ni falta de experiencia, que se inclina inerme. Puedo argumentar y responder a las sutilezas legales ante los mejores abogados del Condado. Ante el mismo fiscal del distrito, si es necesario.

»Si me pisotean —se dijo—, tendrán que pisotear a todo el mundo, sin excluirse ellos mismos. Y eso no es todo. Este es un juego de pillos por el cual los que están arriba, los que ya están en posesión de los puestos económicos y políticos, mantienen a los jóvenes lejos del juego... matándolos, si es necesario. Hay en esta tierra un odio de los adultos contra los más jóvenes. Odio y temor. Por consiguiente, ¿qué pueden hacerme? Yo soy de su misma edad, y me tienen enjaulado en este camión de los abortos.

»Tal vez constituyo —pensó— una clase de amenaza distinta: soy uno de ellos, pero alineado en el otro bando, junto con los perros y los gatos vagabundos, y los niños y las criaturas. Dejemos que piensen eso. Dejemos que un nuevo Santo Tomás de Aquino se levante para enmendar esta situación.»

—Lo único que sé —dijo en voz alta—, es dividir, multiplicar, sumar y restar. Hasta tengo dificultades con las fracciones.

—¡Pero tú sabías todo eso! —exclamó Tim.

—Tiene gracia cómo llega uno a olvidarlo cuando abandona el colegio —afirmó Ed Gantro—. Es probable que vosotros, chicos, lo sepáis mejor que

yo.

—Papá, van a asfixiarte —dijo su hijo Tim, espantado—. Nadie querrá adoptarte, y menos a tu edad. Ya eres demasiado viejo.

—Veamos —manifestó Ed Gantro—. El teorema del binomio, ¿cómo era? No lo recuerdo bien. Era algo acerca de a y b .

Y mientras se estrujaba la cabeza, lo mismo que su alma inmortal, se rió para sus adentros. «Yo no podría pasar la prueba del alma —pensó—. Soy como un perro en el arroyo, como un animal en una zanja.»

El error principal de las gentes que abogaban por el aborto, se dijo, era la arbitraria línea que trazaban. Un embrión no puede hallarse en posesión de los Derechos Constitucionales norteamericanos, y un médico tiene que matarle legalmente. Pero un feto fue un «ser humano» con derechos, al menos durante un tiempo. Luego la camarilla proaborto resolvió que ni siquiera un feto de siete meses era un ser humano, y podía ser eliminado legalmente por un doctor.

Y cierto día se dijo que el recién nacido era poco más que un vegetal; no podía enfocar la visión, no entendía nada, no hablaba... Así argumentó la pandilla ante los tribunales, y ganó con su razonamiento de que el recién nacido era sólo un feto expulsado de la matriz accidentalmente o por un proceso orgánico.

Pero aun entonces, ¿dónde se hallaba la línea de separación? ¿Era cuando el niño sonreía por vez primera? ¿Cuándo decía su primera palabra o se notaba que sentía satisfacción ante algún juguete? El límite legal fue empujado cada vez más allá, implacablemente. Y ahora, el más feroz y arbitrario de los requisitos: saber matemáticas.

Eso hacía de los antiguos griegos del tiempo de Platón unos seres prehumanos, puesto que desconocían la aritmética. Sólo dominaban la geometría. En cuanto al álgebra, fue una invención de los árabes, y llegó mucho más tarde. *Arbitrariedad*. Y no era de tipo teológico, tampoco, sino un mero concepto legal. La Iglesia había preconizado, ya desde el principio, que hasta el esperma, y el embrión que le seguía, eran formas de vida sagrada, como todo lo que andaba sobre la Tierra. No era posible imaginar lo que habrían dicho de conceptos tan arbitrarios como «ahora entra el alma en el

cuerpo», o en términos modernos, «ahora es una persona que recibe la plena protección de la ley, como todo el mundo».

Lo que resultaba más triste era ver a los niños pequeños jugar valientemente en la calle, tratando de mantener una esperanza, fingiendo una confianza que no tenían.

«Bien —se dijo—, ya veremos lo que hacen conmigo. Tengo treinta y cinco años, y una licenciatura de la Universidad de Stanford. ¿Me meterán en una jaula durante treinta días, con un plato de plástico y un grifo, y un lugar para hacer mis necesidades? Si nadie me adopta, como es de imaginar, ¿me someterán a una muerte automática, junto a los demás?

»Es mucho lo que arriesgo —siguió pensando—. Pero me arrebataron hoy a mi hijo, y allí empezó ya el riesgo; cuando me lo quitaron, no cuando subí al camión y me convertí en una víctima de mí mismo.»

Miró a los tres asustados pequeños, y procuró pensar algo que pudiera decirles; no sólo a su hijo, sino también a los otros dos.

—Escuchad —dijo, citando una frase—: «Os revelaré un sagrado secreto. No dormiremos todos en la muerte. Nosotros...»

Pero no pudo recordar el resto. «Torpe», pensó con angustia.

—«Nos despertaremos —prosiguió, haciendo un esfuerzo— en un segundo. En un abrir y cerrar de ojos.»

—Menos ruido —gruñó el conductor del camión, desde el otro lado de la reja de alambre—. No puedo concentrarme en esta condenada carretera. ¿Sabéis?, puedo llenar de gas el lugar donde estáis, y todos perderéis el conocimiento. Es para las prepersonas demasiado molestas que a veces recogemos. De modo que ¿vais a callaros, o abro el gas?

—No diremos nada —dijo Tim rápidamente, con una mirada de aterrada súplica a su padre, pidiéndole que no siguiera hablando.

El padre se calló. La mirada de silencioso ruego de su hijo era más de lo que podía soportar, y capituló.

No obstante, se dijo, lo que sucediera en el camión no era definitivo. Lo importante empezaría cuando llegaran a la Institución del Condado, donde a la primera señal de que hubiera un problema aparecerían los reporteros de los periódicos y la televisión.

Así pues, el vehículo prosiguió con sus pasajeros en silencio, cada uno alimentando sus propios temores, sus propios pensamientos. Ed Gantro maduraba un plan acerca de lo que iba a hacer, de lo que *tenía* que hacer. Y no sólo por Tim, sino también por todos los candidatos al aborto de posparto. Así continuó pesando mientras el camión seguía su marcha entre sacudidas y balanceos.

En cuanto el vehículo se hubo detenido en la zona de aparcamiento de Ja Institución del Condado y se abrió la puerta trasera, Sam B. Carpenter, el encargado de toda aquella operación, se aproximó y dijo:

—Tiene usted a un adulto aquí, Ferris. En realidad, ¿sabe lo que ha traído? Un rebelde, eso es lo que tiene encerrado.

—Sin embargo, insiste en que no sabe de matemáticas más que sumar —repuso el conductor.

Entonces, Carpenter dijo, dirigiéndose a Ed Gantro:

—Entrégueme su documentación. Deseo conocer su nombre, número de Seguridad Social y clave de la policía regional. Vamos, quiero saber quién es realmente usted.

—Es justo el tipo rural —aseguró Ferris, mientras observaba a Gantro entregar su abultado billetero.

—Además, deseo confirmar las huellas de sus pies —añadió Carpenter—. En seguida y a fondo; prioridad A.

Le gustaba hablar de aquella forma.

Una hora después recibía de vuelta los informes de una selva de computadoras de datos de seguridad interrelacionados, desde la falsamente puritana zona de Virginia.

—Este individuo —dijo Carpenter— se graduó en la Universidad de Stanford con una licenciatura en matemáticas. Luego se doctoró en psicología, lo cual ha tratado de emplear con nosotros, sin duda. Tenemos que echarlo de aquí.

—Yo tenía un alma —aseguró Gantro—; pero la he perdido.

—¿Cómo fue? —inquirió Carpenter, que no vio nada al respecto en la

ficha oficial de Gantro.

—Una perturbación. La parte Cortical de mi cerebro, donde se hallaba alojada mi alma, resultó destruida cuando por accidente aspiré las emanaciones de un fuerte insecticida. Por eso he estado viviendo en descampado, comiendo raíces y animalillos, con mi hijo Tim, aquí presente.

—Le haremos un EEG —dijo Carpenter.

—¿Qué es eso? —preguntó Gantro—. ¿Una de esas pruebas para el cerebro?

—La ley asegura que el alma entra en el cuerpo a los doce años —declaró Carpenter, hablando ahora con Ferris—. Y usted nos trae a este varón adulto que ya ha pasado bien los treinta. Podrían acusarnos de asesinato. Tenemos que librarnos de él. Le conducirá justamente hasta el lugar en que le halló y le obligará a salir. Si no abandona voluntariamente el camión, le someterá al gas y luego le echará fuera. Esa es la orden de la Seguridad Nacional. Su trabajo depende de ello, lo mismo que su expediente ante el código penal de este estado.

—Debo quedarme aquí —insistió Ed Gantro—. Soy un disminuido mental.

—Y en cuanto a su chico —prosiguió Carpenter—, tal vez sea un mutante mental matemático, como los que se ven en la televisión. Probablemente ya han puesto sobre aviso a su ambiente. Lleve a todos éstos de vuelta al Sitio en que los encontró, aplíqueles gas y arrójelos en algún lugar donde no sean fácilmente visibles.

—Está perdiendo usted el dominio de sus nervios —dijo Ferris, irritado—. Haga que practiquen el EEG y el examen cerebral a Gantro, y probablemente tengamos que soltarlo. Pero estos tres jóvenes...

—Todos genios —aseguró el funcionario—. Forman parte de una conjura. Sólo usted es lo bastante imbécil para no darse cuenta de eso. Será mejor que los eche ahora mismo del camión y de nuestras instalaciones, y que niegue, ¿me entiende?, que niegue haber recogido a cualquiera de los cuatro. Insista en afirmar siempre eso.

—Vamos, fuera del camión —ordenó Ferris, al tiempo que oprimía el botón mediante el cual se abrían las puertas traseras del vehículo.

Los tres chicos salieron rápidamente, pero Ed Gantro permaneció dentro.

—No quiere salir voluntariamente —declaró Carpenter—. Está bien, Gantro, vamos a echarle por la fuerza.

Hizo una seña a Ferris y los dos hombres entraron en la parte posterior del furgón. Un momento después bajaban a Ed Gantro sobre el suelo de la zona de aparcamiento.

—Ahora es usted de nuevo un ciudadano corriente —dijo el funcionario, con alivio—. Puede reclamar cuanto quiera, que no tiene ninguna prueba.

—Papá —intervino Tim—. ¿Cómo vamos a llegar ahora a casa?

Los tres pequeños estaban reunidos en torno a Ed Gantro.

—Podemos llamar a alguien por teléfono desde aquí —propuso el hijo de Fleischhacker—. Apuesto a que si Walter Best tiene gasolina suficiente vendrá a buscarnos. Hace viajes muy largos y tiene unos vales especiales.

—Él y su mujer, la señora Best, se pelean mucho —añadió Tim—. De modo que a él le gusta conducir a solas por la noche. Es decir, sin ella.

Ed Gantro, por su parte, insistió:

—Quiero quedarme aquí. Deseo que me encierren en una celda.

—Pero si ya podemos irnos —protestó Tim, y rápidamente tiró de la manga de su padre—. De eso se trataba, ¿no? Ellos nos han dejado marchar en cuanto tú has intervenido. ¡Lo conseguiste!

—Insisto en que me encierren con las demás prepersonas que tiene usted ahí —dijo Ed Gantro a Carpenter, al tiempo que señalaba hacia el imponente edificio de color verde de la Institución del Condado.

Esta vez Tim habló con Sam B. Carpenter y le dijo:

—Llame al señor Best, que vive en la península. Tiene el número 669 de prefijo. Dígale que venga a buscarnos, y lo hará. Se lo aseguro. Por favor.

El chico de Fleischhacker agregó:

—Sólo hay un señor Best en la guía telefónica con el prefijo 669. Por favor, señor.

Carpenter se dirigió al interior del edificio, a una de las numerosas cabinas telefónicas, buscó el número de Ian Best y llamó por teléfono.

—Ha llamado usted a un número que está algo estropeado —dijo la voz de un hombre, evidentemente bebido.

Como fondo a estas palabras, Carpenter oyó la voz tajante de una mujer que increpaba furiosa a Ian Best.

—Señor Best —declaró Carpenter—. Hay varias personas conocidas de usted que se encuentran perdidas en las calles Cuarta y A, de Verde Gabriel. Son Ed Gantro, su hijo Tim, un chico identificado como Ronald o Donald Fleischhacker, y otro chico sin identificar. El menor de los Gantro asegura que usted no tendrá inconveniente en venir aquí a buscarlos y llevarlos hasta sus casas.

—Calles Cuarta y A —dijo Ian Best, y tras una pausa inquirió—: ¿No es eso la jaula?

—La Institución del Condado —corrigió Carpenter.

—Ah, hijo de perra, claro que iré a buscarles. Aguarde unos veinte minutos. De modo que tiene usted a Ed Gantro ahí como prepersona, ¿no? ¿Sabe usted que es licenciado por la Universidad de Stanford?

—Sabemos todo eso —afirmó Carpenter, impasible—. Pero no se encuentran detenidos. Están únicamente... aquí. Repito que no están bajo custodia.

Ian Best, de cuya voz había desaparecido el tono gangoso, añadió:

—Habrán reporteros de todos los medios informativos antes de que yo llegue ahí.

Se oyó un chasquido. Había cortado la comunicación.

De vuelta al exterior, Carpenter dijo a Tim:

—Vaya, parece que me has engañado perfectamente al hacerme notificar vuestra presencia aquí a un rabioso activista antiaborto. Qué bien, qué bien lo habéis hecho...

Al cabo de pocos minutos, un «Mazda» de vivo color rojo se detuvo junto a la entrada de la Institución. Un hombre alto, de barba rubia, salió del interior del coche con una cámara fotográfica y un magnetófono, y avanzó con desenvoltura hacia Carpenter.

—Tengo entendido que tiene usted aquí, en la Institución del Condado, a un licenciado en matemáticas por la Universidad de Stanford —dijo el recién llegado con voz anodina—. ¿Puedo entrevistarle para un posible artículo?

—No tenemos inscrita a semejante persona —aseguró Carpenter—.

Puede examinar nuestros registros.

Pero el periodista estaba ya observando a Ed Gantro, rodeado por los tres pequeños.

—¿El señor Gantro? —dijo el reportero, en voz alta.

—Sí, señor —repuso el aludido.

«Cielos —pensó Carpenter—. Le encerramos en uno de nuestros vehículos oficiales y le trasladamos hasta aquí. Eso saldrá en todos los periódicos.»

Para entonces, un camión azul, con el rótulo de una emisora de televisión, entraba lentamente en la zona de aparcamiento. Detrás venían dos coches.

INSTITUCIÓN ABORTIVA CAPTURA A UN LICENCIADO DE STANFORD

Tal era el titular que apareció en la mente de Carpenter. Y también:

INSTITUCIÓN ABORTIVA DEL CONDADO ENVUELTA EN UNA TENTATIVA ILEGAL PARA...

Y todo así. Una noticia en el telediario de la noche. Cuando llegase Ian Best, que sin duda era abogado, vendría rodeado de magnetófonos, micrófonos y cámaras de televisión.

«Hemos dado un resbalón imperdonable. Imperdonable. Los de Sacramento van a recortar nuestras funciones. Nos dejarán reducidos de nuevo a cazar perros y gatos vagabundos. Como antes. Imperdonable.»

Cuando llegó Ian Best en su «Mercedes Benz» con motor de vapor, estaba aún un poco mareado. Le dijo a Ed Gantro:

—¿Te importaría que diéramos un rodeo antes de volver?

—¿Por dónde? —inquirió Ed Gantro, que ya estaba deseando salir de allí.

La mayor parte de los periodistas le habían entrevistado y se habían

marchado. Su propósito estaba conseguido, y ahora se sentía agotado y anhelaba regresar a casa.

—Podríamos volver por la isla de Vancouver, en la Columbia Británica.

Con una sonrisa, Ed Gantro manifestó:

—Mira, estos niños tienen que ir derechos a la cama. Mi pequeño y los otros dos. Demonios, si ni siquiera han comido en mucho tiempo.

—Nos detendremos en uno de los establecimientos de hamburguesas de MacDonald —explicó Ian Best—, y luego seguiremos hacia el Canadá, donde hay peces, y numerosas montañas con nieve en sus cumbres, incluso en esta época del año.

—Claro que sí —dijo Gantro, sonriendo complacido—. Podemos ir allí.

—¿De veras lo deseas? —preguntó Ian Best, observándole atentamente—. ¿Quieres hacerlo?

—Arreglaré unas pocas cosas, y luego podemos marcharnos allí.

—Condenado —dijo Best, con un gesto significativo—. Serías capaz.

—Desde luego. Pero debo conseguir antes la aprobación de mi mujer. No puede uno trasladarse al Canadá si la esposa no firma un documento por el que no se compromete a seguirle. Entonces uno se convierte en lo que se llama un inmigrante temporal.

—En tal caso yo también tendré que conseguir el permiso escrito de Cynthia.

—Ella te lo dará. Dile tan sólo que vas a enviarle dinero suficiente.

—¿Crees que aceptará? ¿Crees que me dejará marchar?

—Desde luego —aseguró Gantro.

—Piensas que nuestras mujeres accederán, ¿verdad? —dijo Ian Best mientras él y Gantro conducían a los niños hasta el «Mercedes»—. Apostaría a que tienes razón. A Cynthia le alegrará librarse de mí. Ya sabes cómo me llama delante de Walter, ¿no? Me llama «cobarde agresivo», y cosas por el estilo. No siente el menor respeto por mí.

—Nuestras mujeres nos dejarán marchar —repitió Gantro.

Pero lo pensó mejor. Observó al gerente de la Institución, Sam B. Carpenter, y al conductor del camión, Ferris, del que el primero había dicho a la prensa que quedaba despedido desde aquel momento, y añadió:

—No, no nos dejarán marchar. Ni la una ni la otra nos lo permitirán.

Lentamente, Ian Best manipuló los complejos mecanismos que controlaban el motor de vapor del coche, que funcionaba con carbón, y manifestó:

—Pues yo creo que consentirán que lo hagamos. Mira, están allí, y no pueden hacer demasiado, después de lo que tú dijiste a la televisión, y de lo que escribió aquel periodista para su artículo.

—Estoy preocupado —repuso Gantro, con voz monótona.

—Podemos huir.

—Estamos atrapados —dijo Gantro—. Atrapados y sin posibilidad de escapar. Puedes pedirselo a Cynthia, de todos modos. Vale la pena probar.

—Nunca veremos la isla de Vancouver y los grandes transbordadores oceánicos desapareciendo entre la bruma. Eso me temo —afirmó Ian Best.

—Al final quizá lo consigamos —manifestó Gantro, pero sabía que estaba mintiendo.

Aquello era una completa mentira, del mismo modo que uno sabe a veces que algo que dice, sin conocer la razón, es totalmente verdad.

Salieron del aparcamiento de la Institución, hacia la calle.

—Es una gran cosa —dijo Ian Best— sentirse libre, ¿no lo creéis así?

Los tres pequeños asintieron, pero Ed Gantro no respondió. Libre, se dijo. Libre para volver a casa. Atrapado en una jaula más grande, encerrado en un camión de mayores dimensiones que el de la Institución del Condado.

—Este es un gran día —aseguró Ian Best.

—Sí —admitió Ed Gantro—. Un gran día en el cual se ha asestado un noble y eficaz golpe a todo lo que va contra el que se halla indefenso, contra todo lo que uno puede decir que «está vivo».

Mientras observaba a su compañero bajo la luz cambiante de la carretera, Ian Best declaró:

—No quiero volver a casa. Deseo marcharme al Canadá ahora mismo.

Tenemos que volver a casa —le recordó Ed Gantro—. Al menos temporalmente, para arreglar las cosas. Para solucionar el aspecto legal y recoger lo necesario.

Ian Best, mientras conducía, dijo:

—Nunca llegaremos allí, a la Columbia Británica, a la isla de Vancouver, a Stanley Park, a English Bay, donde cultivan hortalizas y crían caballos; donde navegan los transbordadores oceánicos.

—No, no lo conseguiremos —manifestó Ed Gantro.

—¿Ni ahora ni nunca?

—Nunca —dijo Ed Gantro.

—Eso es lo que yo me temía —respondió Best, con voz quebrada y mientras conducía extrañamente—. Eso es lo que temí desde el principio.

Prosiguieron en silencio, entonces, sin nada que decirse. Ya no había nada que decir.

Notas

[1] Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

<<

[2] *Graser*, en inglés, Gamma Ray Amplification by Stimulated Emission of Radiation. <<

[3] Actual nombre polaco de la ciudad llamada Danzig en alemán. (N. del T.)

<<

[4]

Tres Anillos para los Enjutos reyes, bajo el cielo;
siete para los Señores enanos en sus salas de piedra;
nueve para los mortales destinados a morir.

Uno para el Oscuro señor, en su negro trono
de la Tierra de Mordor, donde yacen las sombras.

Un anillo para gobernarlos a todos,
un anillo para encontrarlos,
un anillo para atraerlos y en la oscuridad dominarlos
en la Tierra de Mordor, donde yacen las sombras. <<